

El plebiscito en Chile / Un partido socialista de masas / Malvinas y los monstruos familiares / Vamos a votar / Menem y el menemismo / Viaje por la pobreza argentina / La izquierda como contracultura de la modernidad / Martin Heidegger a los ochenta años / Juliana y la tolerancia

Suplemento 6: El estado y la cuestión social

Driben, Godio, Grossi, Bufano, Franzé, Ortiz, Sarlo, Di Tella, Roselli, Golbert, Isuani, Tenti, Bauman, Azubel, Arendt

La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Directores: José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula

Número 12, septiembre-octubre de 1988

▲ 25.



J. Guadalupe Posada

Un puente entre la plebe y la cultura oral

Ni que hubiera llevado la marca de su destino en el nombre: Guadalupe —usado en México para designar a mujeres y hombres— es, como se sabe, el nombre de la virgen morena, patrona de un pueblo devoto y herje como pocos, o ninguno. "Si Tablada es el modernista, el innovador del arte literario y el cronista de una sociedad que amaba la belleza, Posada es el pintor de un pueblo "criminal nato": imagen de la perezosa y el *desorden*" dice Fernando Benítez. "Su mundo es el mundo demonizado, el que trata de conjurar el porfiriismo, (...) el de los borrachos, de las puñaladas, de los fusilados, de las víctimas de los caciques (...), el mundo de los condenados de la tierra".*

De origen obrero —su padre era oficial panadero— José Guadalupe Posada nació el 2 de febrero de 1852 en Aguascalientes, cinco años después de la intervención norteamericana que despojó a México de buena parte de su territorio. Creció en medio de las luchas desastadas por las Leyes de Reforma, la ocupación francesa, el gobierno de Juárez y, posteriormente, la dictadura de Porfirio Díaz. Sus primeras ilustraciones de corridos, viñetas para cajas de cigarrillos, programas de toros y gallos, romances populares y religiosos, salieron de la imprenta de Trinidad Pedroza para adornar las casas más

humildes, anunciar festejos o promulgar moralejas. Pedroza fue asimismo responsable de *El Jicote*, uno de los tantos periódicos en los que Posada dibujó sus sátiras mordaces y jocosas sobre los sucesos políticos de la época. Más tarde, cuando aproximadamente en 1887 se trasladó al Distrito Federal, se convierte en el grabador de las primeras manifestaciones antireaccionistas de 1892 contra el régimen de Díaz, y en 1911, un célebre grabado de Posada documentará la entrada de Madero a la ciudad de México. Otro —entre los 20.000 producidos por él, casi todos sobre placas de plomo y zinc mediante una técnica similar a la de la cinematografía— registrará la figura de Emiliano Zapata. Pero Posada no fue sólo el observador gráfico de una causa a la que adhería; en sus imágenes se juntan con el mismo, legendario valor, el candillo revolucionario de Morelos y el bandido decimonónico Benito Canales —aquél que en un corrido dice: "Mataron a un gallo fino que respetaba al Gobierno"— así como el "horrorísimo crimen del horrosísimo hijo que mató a su horrosísima madre". Conocedor de esa leyenda en extremo violenta como imaginativa de su pueblo, Posada transformó —escribe Carlos Monsiváis— los "crímenes más notorios" en "nuevos cuentos de hadas" que actuaban a modo de ejemplo de lo

que no debía hacerse. Dibujó la fiesta y el dolor y al hacerlo, interrogó instintivamente esa naturaleza contradictoria en esencia —que mezcla en la misma olla a la Virgen y al Diabolo— tan propia de los mexicanos. Al mismo tiempo que los sectores cultos influidos por las tendencias europeizantes del porfiriismo lo ignoraban, Posada ingresaba a los hogares proletarios y de baja clase media a través de sus ilustraciones en hojas sueltas y en periódicos de circulación masiva. Eso durante cuarenta años, hasta que la nueva estética visual del muralismo lo recoge como su más claro y fundamental antecedente.

"El nuestro ha sido siempre un pueblo muy novelero, última forma de un carácter religioso donde los dioses y sus dobles, los príncipes guerreros, realizaban hazañas mitológicas y por lo tanto normativas de su conducta" (Fernando Benítez). Noveleros y con una larga, antiquísima tradición visual —no olvidemos que su primera escritura, la de los códices prehispánicos, se concretaba con figuras— los mexicanos encontraron un espejo de sí mismos en las composiciones siempre acompañadas por texto del artífice de Aguascalientes. "De sus grabados —apunta Monsiváis— se desprende una insistencia: lo 'social' es, en nuestras condiciones, lo natural y a un pueblo sin el impulso o la malicia o la información suficientes para entender los anhelos de 'respectabilidad' le resultan enormemente naturales el crimen y el pecado (...), el miedo a la muerte y el amor a las calaveras, la dictadura y la crítica a la dictadura, la confusión de (...) milagros con hechos históricos (...). Posada se convierte en magnífico registro de la cultura *campesinista* en un "puente entre la plebe y la cultura oral". Y porque él es parte de esa naturaleza amplia —y hay en toda su obra una asombrosa y benéfica carenta de juicios morales".

El elemento clave que unifica a la producción de Guadalupe Posada es que todas sus figuras humanas están representadas en forma de calaveras, *calaca* en lenguaje popular. Todos los años, justo el día de muertos, los cementerios de México abren sus puertas para que allí se encienda la gran fiesta: los deudos visitan a sus muertos, comen y beben sobre sus tumbas, les dedican canciones. Asimismo, en casas y calles chicos y grandes se disfrazan de calaveras, comen cráneos de azúcar, juegan con judas de cartón. Las fechas que el calendario azteca destinaba al sacrificio de numerosos seres humanos en ofrenda a los dioses para que éstos otorgaran la continuidad de la vida, significaban una suspensión del tiempo y el orden cotidianos para ingresar al tiempo del ritual, de la fiesta, del desorden, desorden análogo al producido por la cópula amorosa y por la muerte. El carácter que los mexicanos de hoy imprimen al día de noviembre se enlaza con aquel sentido originario. Las calaveras de Posada ríen, bailan, pelean, mueren y resucitan; y al constituirse en constantes emblemáticas de su obra no sólo llevan a un grado paroxístico la representación universal de la muerte sino que, sobre todo, perpetúan en íteruos artísticos el sentido colectivo de ambigüedad en cuya huesuda apariencia se entreteje la carnadura mestiza de la nación mexicana. Tal el legado a la historia del arte y a la historia de los pueblos de José Guadalupe Posada, muerto el 20 de enero de 1913, semanas antes de Huerta traidora y asesinar al presidente Madero.

* Las citas fueron extraídas de la carpeta José Guadalupe Posada, editada por el Instituto Nacional de Bellas Artes, Secretaría de Educación Pública, México, 1980.

Leila Driben

La Ciudad Futura

B. Mitre 2094 - 3º (1039) T.E. 953-1581

Dirección: José Arió, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula.
Consejo de Redacción: Javier Artigues, Sergio Bufano, Javier Franzé, Julio Godio, Antonio Marimón, Gustavo Merino, Guillermo Ortiz.

Comité Asesor: Emilio de Ipolo, Jorge Dotti, Rafael Filippelli, Oscar R. González, Jorge Kors, Carlos Kreimer, Marcelo Lozada, Ricardo Nudelman, Juan Pablo Renzi, Oscar Terán, Héctor Leis.
Diagramación: Laura Rey.

La Ciudad Futura recibe toda su correspondencia, cheques y giros en Casilla de Correo No 177, Sucursal 12, (1412) Buenos Aires. Composición e impresión: Gráfica Integrada, C.A. de 1955, Cap. Fed. Distribuidora Bío Bío, interior: Distribuidora Río IV, California 2587, Cap. Fed. Distribución en kioscos de Capital: Sinfín, Saavedra 710, Cap. Fed. Distribuidor en librerías: Punto Sur, Julio A. Roca 751, 4º C, Cap. Fed.

No de Registro de la Propiedad intelectual: 107.629.
Suscripción en el exterior (seis números) que incluye flete aéreo: u\$s 30.- Cheques y giros a la orden de Arnaldo Martín Jáuregui.

Sumario

- 2 Leila Driben: Un puente entre la plebe y la cultura oral
- 3 Julio Godio: Crónica de un emergente esperado
- 4 María Grossi: Una opción positiva
- 6 Sergio Bufano: Contradicciones de un cronista
- 7 Javier Franzé: Interna peronista: los afiliados y el aparato
- 8 Guillermo Ortiz: Malvinas y los monstruos familiares
- Debate sobre la izquierda
- 9 Beatriz Sarlo: Algunas consideraciones propias sobre "La izquierda en tres tiempos"
- 11 Torcuato Di Tella: Hacia un partido socialista de masas
- Suplemento / 6
El estado y la cuestión social. Un conflicto de interpretaciones
- 13 Laura Golbert: El welfare state a la argentina
- 16 Emilio Tenti: Contra el estado pobre para los pobres
- 19 Ernesto Aldo Isuani: La crisis de acumulación
- 21 Carlo Roselli: ¿Qué está en juego?
- 22 Javier Franzé: Reformas democráticas y proleistas
- 25 José Arió: Cincuenta años después... (con motivo del centenario de la muerte de Sarriemto)
- 27 Zygmunt Bauman: La izquierda como contracultura de la modernidad
- 31 Antonio Marimón: Un examen de conciencia. La cola del diablo de José Arió
- 32 Oscar Terán: Foucault de David Couzenz Hoy (comp.) Carlos Domingo Martínez: El antiguo alimento de los héroes de Antonio Marimón
- 33 Hannah Arendt: Martín Heidegger a los ochenta años.
- 36 La Ciudad Futura: Juliana y la tolerancia
Alicia Azubel: El retorno de lo siniestro

Sobre Menem y el menemismo

Crónica de un emergente esperado

Julio Godio

Los límites de la renovación encabezada por Antonio Cafiero abrieron en el interior del peronismo la posibilidad de la reconstrucción de un agrupamiento que, como el "menemismo", revitalizara los viejos mitos movilizadores. El peligro para la frágil democracia argentina es que vuelva a instalarse en la vida nacional una mayoría impotente para controlar las tensiones que genera todo intento de gobierno de la crisis.

el poder) de "socialdemócrata", "zurdos", etcétera.

La fórmula Menem-Duhale es de origen renovador. Pero el "menemismo" analizado según la composición política de su núcleo dirigente, es un conglomerado de grupos peronistas ortodoxos desplazados por la crisis. Una buena parte de los 800.000 y pico votos logrados para vencer expresan, en parte, "a los sumergidos", ese 30% de la población empobrecida, a la que la segmentación económico-social y la crisis, amenazan con dejar fuera de la sociedad argentina. El menemismo es el ubaldinismo instalado en la jefatura partidaria, en el sentido de que ambos fenómenos expresan bajo modalidades "milenaristas" a ese sector social que, con razón, se resiste a ser socialmente excluido. Pero, recordando como Perón en 1973 impuso el desmoronamiento de los montoneros, la pragmática élite del menemismo se prepara para desactivar la bomba de las expectativas populares si, eventualmente, el peronismo triunfa en las elecciones nacionales de 1989.

"Hacia afuera" el menemismo promete "salvación" y "revolución productiva", porque debe encarar el legítimo deseo de una sociedad empobrecida y humillada de alcanzar rápidamente niveles de vida aceptable. Pero, "a adentro", la élite menemista ejercita fríos cálculos para gobernar la crisis económica que seguirá generando marginamiento social. Menem conversa con los capitales de la industria, pero al mismo tiempo, deja que algunos de esos lirteos (por ejemplo su bien en Grecia a Amelita Fortabat) se filtren al público, para dar confianza a la City. Dentro de esta estrategia se localizan las excelentes relaciones con el peronismo de *El Financiero*. El "peligro" del menemismo radica en que puede reinstalar en la sociedad —que puede reinstalar en la sociedad— ese 30% como "tumulto", como puro "sentimiento", pero con una dirección política conservadora.

El menemismo ha venido en una elección. Pero, en caso de triunfo no significa que se ha cerrado el ciclo de cerramiento que excluye la distribución. De allí que para

También es evidente que un peronismo embanderado en el estado corporativo y patetico de la ortodoxia, difícilmente atráerá los aliados de centrouizquierda vitales para vencer en 1989. El piso electoral del PJ son 4.000.000 de votos, pero necesita 9.000.000 para vencer en las elecciones nacionales y esta cifra difícilmente será alcanzada con un partido lleno de cicatrices internas y con un estilo político similar a 1983. "Dejará Menem y, luego, podrá saltar la cerca y representar al peronismo renovado que triunfó el 6 de setiembre de 1987? Se trata de una operación difícil. Por lo tanto lo decisivo es consolidar el sistema político como dique contenedor de comportamientos irracionales por parte del peronismo.

La derecha argentina no teme un triunfo del PJ si éste es dirigido por "chamitas" y aventureros. Fuerzas políticas neoliberalas, con eje en la Ucedé y partidos provinciales conservadores y sectores radicales de derecha pueden estar disponibles para encabezar un amplio movimiento cívico-militar restaurador "de la democracia" frente a un eventual desorden provocado por el populismo corporativo que encarna hoy el menemismo. Como otras veces en nuestra historia, como con Uriburu, Lonardi, Onganía, el pequeño *staff* nacionalista de las FFAA puede tomar la iniciativa atrayendo incluso a una parte del aparato sindical "negociados". La derecha político-militar sabe, desde ahora, que con un gobierno populista pueden crearse condiciones "parecidas" a las que condujeron al golpe de Estado de setiembre de 1955: que amplios sectores de clase media y sectores intelectuales inútilmente humillados (over por "preferir" los libros a las alparagas, hoy en su legítima obsesión de instalarse en la modernización) sirvan de base social a un proyecto autoritario pero crucialmente modernizador como el que aplicó en el país durante la Década Infame. El curso histórico del surgimiento inmediato podría ser el de un impulso menemista autoritario que excluya la distribución. De allí que para

la élite conservadora la UCR sea disfuncional en tanto se propone armonizar modernización con democracia política y libre accionar de movimiento sindical. La emergencia del menemismo exigirá una fuerte dosis de sangre fría a todos aquellos que no desamamos un destino tragico para el país. Para esto es necesario, ante todo, eludir los cantos de sirena del antiperonismo, tratando de gravitar en el interior del peronismo para que el proceso renovador se atrinchere y se recupere. Al mismo tiempo es necesario explicar con claridad que el "neodesarrollismo" menemista carece de futuro, tratando de gravitar en aquellos sectores menemistas que intuyen que "la plebe" puede terminar en un "rodrigazo". Por último es necesario insistir en la necesidad de un pacto político y en la reforma de la Constitución Nacional como medidas fundamentales para que las transformaciones socio-económicas necesarias sean ejecutadas como parte de la consolidación de la democracia política.

Se acercan horas decisivas para la Argentina: el caduco modelo de capitalismo dependiente con eje en el capital financiero se resiste a aceptar ser sustituido por una economía mixta agrícola-industrial integrada, con eje en el mercado interno (economas regionales) pero competitiva e integrada en el mercado mundial, base de una sociedad solidaria y pluralista. Pero, tal pasaje sólo será posible como transformación de la democracia política en democracia económica, social y política. Tal tarea sólo puede ser realizada por un amplio consenso popular. El 30% sumergido sólo puede ser parte positiva de esa tarea histórica si una nueva hegemonía nacional-popular, asentada en el mundo trabajador, canaliza sus anhelos de justicia social en un proyecto nacional consociador. Esta tarea resume lo esencial de un proyecto socialista plural.

Es también importante subrayar que los ataques del menemismo a la socialdemocracia empujan a esta importante fuerza política internacional (no sólo europea, sino también latinoamericana) a tomar distancia del peronismo. Tampoco atrae a la URSS y China, que no desean comprometerse con un movimiento político errático y con componentes anticomunistas. Por último los demócratas norteamericanos, fuertemente liberales, no ven con buenos ojos a un partido que puede ser la antelata de crisis y descomposición del actual sistema político argentino. El aislamiento internacional que promete el menemismo es, sin embargo, interesante para círculos reaccionarios de los EEUU, el tatcherismo, etc., que saben que un gobierno aislado deberá recurrir necesariamente al apoyo de los EEUU.

El "milenio" menemista puede concluir en otra experiencia trágica. Por eso es decisivo alertar desde ahora al peronismo que para 1989 no habrá tantos ingenuos idealistas como los hubo entre 1970-1974.

Vamos a votar (II)

Una opción positiva

María Grossi

Cuando nos proponemos reflexionar sobre las opciones electorales que se presentan en la Argentina para 1989 hay por lo menos dos puntos de partida que sin ser incompatibles son distintos y quizás sea útil separarlos.

El primero es antes que nada ideológico. En estos planteos llama la atención el hecho de que desde distintas posiciones ideológicas parecería haber una actitud compartida que es la de quien se decide en definitiva por el mal menor. El punto común es entonces la percepción de ausencia de opción política. Es, por ejemplo, la postura de Sergio Bufano (v. La Ciudad Futura/11) cuando afirma que de esta falta de opciones políticas no se puede culpar a nadie ya que las existentes son el reflejo de la sociedad (y yo agregaría también del sistema político y partidario). La pregunta obvia es entonces: ¿qué sociedad y qué sistema político?

El segundo punto de partida es entonces más bien analítico. Se que esta forma de presentar la cuestión se presta a equívocos. Sería absurdo pretender una opción electoral que fuera neutral en materia ideológica. Mi pretensión, y reconozco que no es nada fácil, es tratar de combinar las dos posturas. La dificultad se la dejamos a los personalistas, se encuentra en las propias limitaciones de la ciencia política y en consecuencia del análisis político. Comentando el golpe de 1973 en Chile, Sartori dice que "estamos viviendo—incluso los científicos políticos— muy por encima de nuestro intelecto político, o sea, de nuestra capacidad de comprender y controlar los imposibles y los inevitables de la política".

El sistema político

Teniendo entonces como telón de fondo estas salvadas tratamos de preguntarnos qué características del sistema político argentino y de su sistema partidario las opciones electorales estarían "reflejando". Habría que empezar señalando cierta tendencia a la interpretación rápida y algo simplista de estos "imponderables" de la política que resultan difíciles de explicar. Así, por ejemplo, frente a la victoria alfonsínista en 1983 se empezó a hablar del cambio de la cultura política. Parece difícil suponer cambios tan fundamentales que se consoliden en tan poco tiempo por un lado y por otro— aún admitiendo que pudiesen ocurrir— es más fácil imaginarnos como consecuencia que como causa de la consolidación democrática. El hecho de que, terminado un período de autoritarismo tan salvaje como el que caracterizó la Argentina entre 1976 y 1983, haya una reacción defensiva ("nunca más este pasado") no puede ser tomado como indicador decisivo—aunque por supuesto contribuya— a cambios en la cultura política, de fuerza para gravitar sobre la dinámica de todo el sistema. Es cierto que la memoria histórica—en este caso tan negativa— desempeñó un papel decisivo en el comienzo de la transición argentina, pero el problema que se plantea hoy es el de saber si y cuándo tal memoria puede transformarse

En La Ciudad Futura/11, y frente a la pregunta de por quién votar, Sergio Bufano intentó definir las opciones que se le plantean al progresismo laico y a una izquierda democrática. ¿Pero es verdad que votar por el radicalismo es decidirse por el mal menor? Continúa un debate que deseamos prolongar en los números próximos.



en cultura política.

Cuando ya se daba por consolidado este cambio de la cultura política, ocurre la victoria de Menem en la interna peronista. Ella es vista por algunos como la vuelta al peronismo de 1945 y 1973 y de ahí que vuelva a plantearse la pregunta de si nada cambia en este país.

Ni la cultura política argentina se volvió predominantemente democrática y tolerante, ni estamos irremediablemente sumidos en la barbarie. El simple hecho es que la designación de Menem como candidato del peronismo a las elecciones presidenciales sea el resultado de una elección interna es una prueba de que algo, por lo menos algo, cambió en el peronismo. Y este cambio quizás no sea el producto de las transformaciones de los dirigentes no democráticos de ayer en democráticos de hoy. Las transformaciones que vienen ocurriendo en el peronismo responden a la dinámica política posterior al Proceso, al tipo de demandas que aparecen como mayoritarias, al rol jugado

por el radicalismo en la transición y además a la dificultad de mantener la ambigüedad entre el partido y el movimiento de la izquierda.

La renovación fue justamente esta tentativa de fortalecer las características de partido (que siempre tuvo el peronismo) en detrimento del movimiento. Buscar una causa única para la victoria de Menem (voto castigo o resultado del voto de los marginales al resurgimiento del federalismo, etc.) en el sistema partidario argentino es su enorme heterogeneidad, a raíz de las grandes diferencias entre el peronismo y el radicalismo, que se fundaron y desarrollaron en base a matrices ideológicas muy distintas, constituyéndose alrededor de cada uno de ellos subculturas fuertes y relativamente cerradas. Pero, sobre todo, estos partidos tuvieron siempre dos estilos distintos de hacer política.

Dos lógicas distintas

El sistema político argentino es un sistema dual en el cual conviven dos lógicas

distintas de toma de decisiones. Una es básicamente fundamentalista en los mecanismos de representación política y la otra se basa más bien en los mecanismos de la representación de intereses sectoriales organizados.

Mientras la primera busca su legitimidad en las mayorías electorales, la segunda la busca en el apoyo de las corporaciones. Así, en un caso tenemos como actores privilegiados a los ciudadanos atomizados, mientras en otro las corporaciones se transforman en protagonistas.

Por supuesto estas dos lógicas y estos dos mecanismos coexisten en cualquier sistema político. El problema consiste en saber si alguna de éstas dos lógicas subordina totalmente a la otra y, en el supuesto de que convivan, cómo se integran.

Una característica de la sociedad moderna es el peso que adquirieron las corporaciones, lo cual significó cambios en el sistema liberal clásico de representación. La vasta literatura sobre el neocorporativismo ha tratado de dar cuenta de estos cambios. Como dice Bobbio, aunque la teoría democrática siempre sostuvo la representación política en contra de la representación de interés, en la práctica este dominio no se da. Pero como también señala Bobbio, la relación entre ambos se produce a través de los partidos y del sistema partidario. Aquí es donde el problema se plantea ya que tal no es el caso argentino. En primer lugar, porque tradicionalmente el sistema político argentino estuvo dominado por el peso de las corporaciones, empujando por la incorporación mérito que ha suprimido durante largos períodos el funcionamiento de las instituciones de representación política. Siendo la más importante, no es sin embargo la única. Cuando Dellich habla del pacto corporativo está justamente a hablar de la relación de competencia que se estableció entre los dos partidos. Lo que está en juego en la competencia no son solamente ni fundamentalmente políticas distintas sino más bien estilos políticos distintos, volviendo difícil la alternancia, ya que en el límite se trata de alternativas de régimen. Este estilo de competencia llevó en el pasado al continuo deterioro de las relaciones entre gobierno y oposición, lo cual a su vez, al mismo autor, el esfuerzo más serio intentado hasta el presente de fundar y consolidar un peronismo democrático en toda la historia de esta fuerza política.

Otro problema que tiene que ver más directamente con el tema de la opción electoral es cómo se insertan los dos partidos mayoritarios y el sistema partidario en este sistema político.

En la cultura política argentina que define el sistema partidario argentino es su enorme heterogeneidad, a raíz de las grandes diferencias entre el peronismo y el radicalismo, que se fundaron y desarrollaron en base a matrices ideológicas muy distintas, constituyéndose alrededor de cada uno de ellos subculturas fuertes y relativamente cerradas. Pero, sobre todo, estos partidos tuvieron siempre dos estilos distintos de hacer política.

A la visión de la articulación ciudadana de la democracia liberal que el radicalismo hace suya, el peronismo contraponen una articulación orgánica con tintes corporativos. A la idea de un partido que

controla un gobierno, el peronismo contraponen la idea de un estado corporativo que controla al partido. A la idea de un partidario de un partido que debe organizarse para llegar a transformarse en un movimiento nacional (por la fuerza del partido), Perón contraponen la del gran movimiento nacional del cual el partido no es más que una parte. La visión de democracia del radicalismo enfatiza las instituciones republicanas y la representación individualizada en el voto. La expresión "partido de ciudadanos" alude a todo esto y también a la dificultad que siempre mostró el radicalismo para tratar con intereses sectoriales definidos.

El peronismo, en cambio, construye su legitimidad prioritariamente alrededor del tema de la justicia social y de las transformaciones estructurales. Su legitimidad no se funda en la democracia política como valor central, sino más bien en la representación de los intereses sociales (en particular de los sectores populares) por Perón y por el estado peronista corporativo. Se generaron entonces dos concepciones de democracia muy distintas que llevaron a estilos y valores políticos conflictivos, lo cual generó también un conflicto entre tipos distintos de legitimidad.

La dinámica de la competencia

Estas modalidades influyeron siempre en la dinámica de la competencia partidaria en la Argentina. De hecho los dos partidos no logran definir un espacio ideológico común ni reglas de juego y valores fundacionales compartidos. A lo contrario, una parte no despreciable de la competencia se articuló siempre en torno al tema de la legitimidad. A nivel partidario esto se expresó como un intento de cada uno de los partidos de crear un sistema de partido predominantemente excluyendo el otro para imponer su estilo político. Al conjunto, La Argentina presenta a partir de 1946 un formato partidario bi-partidista con una dinámica (una mecánica) polarizada que no corresponde al bipartidismo. Así contrariamente a la interpretación más corriente según la cual la Argentina carece de un sistema partidario y que las identidades políticas se fundan en la negación del adversario, creo que la dificultad de consolidación del sistema partidario se encuentra justamente en la particular relación de competencia que se estableció entre los dos partidos. Lo que está en juego en la competencia no son solamente ni fundamentalmente políticas distintas sino más bien estilos políticos distintos, volviendo difícil la alternancia, ya que en el límite se trata de alternativas de régimen. Este estilo de competencia llevó en el pasado al continuo deterioro de las relaciones entre gobierno y oposición, lo cual a su vez, al mismo autor, el esfuerzo más serio intentado hasta el presente de fundar y consolidar un peronismo democrático en toda la historia de esta fuerza política.

La lucha entre estilos políticos y modelo de legitimidad que dominó la relación entre el peronismo y el radicalismo se desplaza entonces hacia el interior del peronismo. Esta batalla pareciera resolverse favorablemente a la renovación que logra controlar el aparato partidario a partir de fines de 1987 e imponer una mayoría de candidatos renovadores para las elecciones legislativas y para gobernadores del mismo año.

Algunos se apuraron a declarar por "consolidado" el sistema democrático ahora sí con un bipartidismo menos atípico. Si bien la victoria de Menem en las internas no significaba que hayamos vuelto a punto cero significa sin duda que el

camino recorrido fue corto o en todo caso que el punto de llegada está mucho más lejos.

una posibilidad de transformación del sistema partidario. Tan desde el punto de vista del radicalismo como del peronismo el desafío era grande, pero si pensamos en las tradiciones ideológicas en las cuales se alimentan los dos partidos la tarea parecía más fácil para el radicalismo. Se trataba de controlar la tentación de hegemonía, la vocación "briatista" para usar un feliz expresión de Torcuato Di Tella, y si había sectores renuentes a controlar esta fantasía el partido fue "ayudado" en ello por los resultados de las elecciones de 1985 y sobre todo de 1987.

El desafío parecía mayor para el peronismo. A raíz de la derrota electoral de '83, se abrió un período de crisis y de conflicto con dos corrientes muy claramente enfrentadas: el peronismo renovador y los llamados ortodoxos.

Lo que ha venido haciendo el peronismo renovador, con gran dificultad por cierto, es tratar de consolidar aquellas modificaciones iniciadas en la década del '70 en el sentido de compartir las reglas de la alternancia política, consolidando así un espacio político común.

Para eso era necesario renunciar al movimiento, fortalecer sus características de partido, lo cual implicaba darle un rol predominante a los políticos en detrimento de la rama sindical, "coluna vertebral del movimiento". Era necesario renunciar también al predominio de la representación orgánica, eufemismo que escondía el corte corporativo del peronismo en sus inicios y que alcanzó muy fuertes raíces en el partido.

Cambiando en esta dirección, no caben dudas de que el peronismo renovador se iba diferenciando cada vez menos del radicalismo y esta semejanza tanta veces criticada dentro del peronismo, desde el punto de vista del sistema político, no podía sino ser salutar como una buena señal. La diferencia y la competencia dejarían de versar sobre estilos políticos y sobre la definición del régimen para situarse en el mismo campo donde se explicita un régimen democrático: en las propuestas políticas. En el límite, en los modelos sociales, pero no ya en el modelo de régimen.

La opción electoral

Retomemos ahora la cuestión inicial sobre la opción electoral. En el pasado, como señalé, por sus características el asumí la competencia entre el radicalismo y el peronismo la tendencia fue hacia el progresivo deterioro de la relación gobierno-oposición lográndose muchas veces a la oposición francamente desleal y al vaciamiento de la arena electoral como lugar donde dirimir el conflicto.

El sector del peronismo que acompaña a Menem es justamente aquel que reclama el carácter mayoritario del peronismo, lo que identifica con la Nación y con el pueblo, recurriendo frecuentemente a las viejas dicotomías entre populismo y oligarquía. Comparten con los mismos que consideran que la victoria radical fue un accidente o un error histórico y que el pueblo peronista ya va a reparar. Este sentimiento está tan presente en el peronismo que más de una vez los mismos renovadores han cedido a la tentación de abandonar el sillón de Perón (por el sillón de Rivadavia) y de la casa de Perón (por la Casa Rosada).

Si el peronismo en el gobierno actualiza estos sentimientos y los materializa en una devaluación sistemática del rol de la oposición, el riesgo de que el radicalismo ocurra también en viejas categorías de oposición es, por supuesto, abastante serio. Sin embargo creo que las dificultades mayores para el peronismo hegemonizado por Menem, una vez en el gobierno (y para el sistema), vendrán menos del radicalismo que el interior mismo del peronismo.

La situación actual es de fuertes fracturas internas con un grado importante de enfrentamiento entre las tendencias. Como a pesar suyo Menem no es Perón, puede encontrarse desde el inicio del gobierno en una situación que—respetando todas las diferencias— sea análoga a la de Isabel después de la muerte de Perón. Pero en dicho contexto el entorno pasa a ser decisivo y el consejero del príncipe empieza a ser un lugar disputado. Sin tener que enfrentarse con un movimiento armado como lo tuvo que hacer Isabel, Menem deberá conciliar la "derecha" del peronismo con los grupos proclamados de izquierda que pueden creer legítimamente el momento de la liberación nacional de la mano del "nuevo Perón". ¿Qué espacio les quedará a los renovadores, a la extrañamente llamada "la política al partido"? ¿Los tocará resignarse a la figura política de Luder al final del gobierno de Isabel, impotente para evitar la debilidad que se va venir?

De todos modos, y sin que sea necesario asumir la posición de profeta de la catástrofe y prever un golpe, lo que sí parece difícil es imaginar que el peronismo radicalismo no tendrá un momento de resurrección del pacto corporativo y la reaparición de un estilo de hacer política que tiene poco que ver con la consolidación de reglas democráticas. En este sentido el aparente fracaso de la renovación tiene consecuencias que lamentablemente se repiten más allá del peronismo y amenazan con impedir una vez más la consolidación de un sistema partidario funcional para la democracia.

¿Un mal menor?

Hace un tiempo y apostando a la consoli-

dación de la renovación como corriente mayoritaria en el peronismo, fuimos varados por los cambios que una victoria de la oposición en las próximas elecciones presidenciales—prueba mucho más decisiva que las legislativas o de ejecutivos provinciales— consolidaría el sistema democrático. La victoria de Menem obliga a estar mucho menos seguros de esta afirmación. Desde mi punto de vista el enfrentamiento entre Angeloz y Cafiero podría haber significado que por primera vez en la Argentina desde 1946 estaríamos asistiendo a elecciones en las cuales estaría en juego el gobierno: ¿qué partido tendría y en base a qué propuestas? Tal no es la situación y en este sentido tal habría muchas dudas en afirmar que hubo retroceso. A mi juicio, el mayor de los riesgos en estas elecciones es el de que no se esté votando entre políticas alternativas sino una vez más por alternativas de régimen político, ya que resulta difícil imaginar que el peronismo renemista (más allá del candidato) esté dispuesto a jugar las reglas del juego democrático y a renunciar a las pretensiones de hegemonía, al populismo de tintes corporativos. A juzgar por el resultado de las internas los renovadores no están por ahora en condiciones de asegurar. Fuerza es reconocer, entonces, que no estamos como en Francia eligiendo entre opciones socialistas, comunistas, liberales de centro y de derecha e incluso, sin que ello ponga en juego el sistema, opciones populistas de una derecha nacionalista y fascista.

Y en este punto me gustaría retomar la afirmación según la cual se va a votar en ausencia de opciones políticas y transformarla más bien en una pregunta. Si la situación fuera la de una democracia consolidada tendría también tendencia a lamentar la escasez de ofertas. Sin embargo el riesgo mayor después de la victoria de Menem, es que la alternativa se siga planteando en los mejores términos. Si ello es así, importa menos que entre el peronismo y el radicalismo no haya muchas diferencias (en cuanto a programa y propuestas políticas) e incluso que no haya opciones reales desde el punto de vista de la izquierda.

Si la opción sigue siendo entre modelos políticos diferentes y conflictivos, en el límite entre tipos de regímenes, es difícil hablar de ausencia de opciones políticas. Por todo lo dicho—y aunque nos pese y no nos guste—, lo que otra vez está en juego en estas elecciones, a partir de la victoria de Menem, es rodar la consagración del régimen democrático. Frente a ello, reconociendo las frustraciones dejadas por la gestión radical en muchos campos, e incluso admitiendo que Angeloz pueda significar una cierta "alberización" de los partidos, no tendría duda en afirmar que el radicalismo, mucho más que el peronismo renemista, es el partido que tiene mayores y mejores condiciones de asegurar la consolidación.

Resumiendo, si lo que está en juego en estas elecciones es todavía el afianzamiento del sistema democrático, la opción por el radicalismo no tendrá un momento favorable para quienes nos vemos como progresistas y no tendrá tampoco que ser vista solamente como la opción por el mal menor.

Bibliografía

- Norberto Bobbio, "Representanza e interessi" in *Figure e problemi della democrazia* (compilador), Roma, Laterza, 1988.
- Sergio Bufano, "Vamos a votar", en *La Ciudad Futura*, 11, junio de 1988.
- Emilio de Ipoli, "La difícil apuesta del peronismo democrático", en José N. Juan Carlos Portantino (comp.), *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*, Bs. As., Puntosur, 1987, p. 333.
- Giovanni Sartori, *Partidos y sistemas de partidos*, Madrid, Alianza, 1976.

Viaje por la pobreza argentina

Contradicciones de un cronista

Sergio Bufano

L a acuecia maloliente transporta, morosamente, sin apuro, la materia fecal que se incorporará al gran afluente del Riachuelo. Este, mucho más lentamente todavía, la entregará al amarronado Río de la Plata, nombre que evoca aguas dulces y prosperidades incumplidas. Pero antes de llegar a aquel hermoso río, el excremento está aquí, en este lugar, en esta acuecia donde —precisamente ahora— acaba de caer la pelota de fútbol. Uno de los chicos se acerca, mete las manos en el líquido, y la saca para seguir jugando.

El padre, en la puerta de su casa, observa. Es un domingo soleado que anticipa la llegada del verano. Cuando eso suceda, cuando enero caiga verticalmente, rencoroso, en un mediodía de este barrio, el olor de la materia corrompida se multiplicará y se adherirá a los cuerpos, la ropa, las paredes, las sábanas.

La pelota empapada reinicia su trayecto hacia el arco instalado en el barrio y este cronista espera —ingenuo, claro, que el padre le ordene a su hijo que se lave las manos. Por supuesto, eso no ocurrirá.

Hace veintidós años que vivo aquí; trabajo en un frigorífico, tengo cuatro hijos. Los dos mayores ya están en la secundaria y trabajan. Mi esposa también. No, no nos alcanza. A veces, cuatro horas de mi trabajo apenas sirven para pagar los títulos que le piden a uno de mis hijos. Y los cuatro estudian.

Más preocupado por aspectos económicos que por la asepsia en las manos de su hijo, este hombre vive. Podríamos decir que orgánicamente vive. Su corazón bombea la sangre necesaria para que se cumpla el circuito arterial, los pulmones aspiran y expulsan el aire suficiente. Oye, ve, funciona su olfato. Camina. También piensa. No obstante, detrás de esa figura humana, detrás de esa figura humana, detrás de ese par hombre, hermanito brota un mundo tan abyecto, tan sumido en el infortunio, que basta mirarlo para que irrumpen confusos sentimientos de rebelión, zozobra, desaliento y también —despreciosamente, aunque eso, compacto— un antiguo resentimiento que este cronista creía haber desterrado para siempre.

Hace veinte años quien esto escribe pasó por aquí. Llegó por la avenida General Paz, cruzó el Puente de la Noria y bordeó el Riachuelo hasta encontrarse el barrio e instalarse en él. Lindante a las casas un considerable basural que día y noche los despojos de cada jornada de comida y sobras, comida y sobras, río obligado. Hace veinte años este sitio estaba igual que ahora; los habitantes memoraban sus figuras porque así son las cosas de la vida. Se agrietaron los rostros, se inflaron los abdomenos, se amarillaron los dientes. Pero el barrio, sus casas, sus olores ácidos, su lastimoso escenario, sigue igual. Exactamente igual. Entre paréntesis del tema. Quizás unos metros más de pavimento en algunas cuadras, quizás unos cables nuevos de luz, quizás una escuela más;

Un cronista regresa, veinte años más tarde, a un barrio de trabajadores cuya fisonomía no ha cambiado. La pobreza, la mugre, la indignidad siguen presentes aunque es probable que existan soluciones para mejorar la calidad de vida. Apelando a la imaginación y a las experiencias de otros países, pero también llevando a la práctica la solidaridad que se pregona.



pero el escenario, el sitio, la densidad de la mugre donde desaparece todo atisbo de dignidad humana, no ha cambiado. En veinte años no ha cambiado, aunque desde 1968 han pasado dos dictaduras militares y dos gobiernos democráticos. Aunque en este lapso nosotros, los argentinos, ganamos dos mundiales de fútbol, gobernémos, inventamos premios nobel y arrojamos a dos generaciones al océano. Al exilio o a los peccos. Pero en este territorio que bordea nuestro querido e inmundado Riachuelo, nada ha cambiado.

En la época de Onganía yo salía todos los fines de semana con mi señora y podía comer afuera. Paga, además, la cuota de la heladera y el televisior; ahora no pago ninguna cuota, nunca como afuera y le juro que no me alcanza.

Este cronista confiesa que se siente avergonzado al escuchar que un trabajador recuerde el período de Onganía como el de mayor prosperidad económica de su familia. Quiéiera escuchar otra cosa; y como eso no ocurre trata de interpretarlo con patrones sociológicos, imagina curvas descendentes en el ingreso per cápita, variaciones en el precio del mercado de trabajo, en fin, busca la explicación científica, racional, en los viejos manuales que registra la memoria. Busca

de a un semejante sólo se lo reconoce porque el profesor, en algunos casos, similitudes físicas con el resto de los hombres. Conciente de que corre el riesgo de caer en el realismo de mal gusto, este cronista se aventura a narrar que ha visto a niños con parte de su rostro devorado por las ratas a los cien kilómetros del villorrio D. El gobierno facilitó los materiales y los sueldos de trabajo. Concluida la tarea en la población C, todos iban —la semana siguiente— a la población A. Esto, que no es otra cosa que el ejercicio de la solidaridad y la participación, dio espectaculares resultados. Este cronista puede asegurar que diez mil personas organizadas trabajando simultáneamente puede modificar la geografía de cualquier sitio en muy poco tiempo. En un fin de semana diez mil personas pueden hacer cualquier reforma: instalar cloacas, postes de luz, pavimentos y, además, construir casas decentes y pintarlas. Esto puede parecer obvio. Y efectivamente lo es. Hay numerosos ejemplos

Por qué este alarde de conocimientos sobre la miseria? Porque este cronista cree que la pobreza en la Argentina posee un carácter diferente de la mayoría de los países latinoamericanos.

Que si existiera una escala de la indignidad, la Argentina se ubicaría entre los países más afortunados. Dentro de los niveles de pobreza, —los sístos más importantes— que existen en este territorio son considerablemente mejores que en la mayoría de los países latinoamericanos. Las enfermedades masivas, la carencia de agua potable, la violencia descontrolable, la marginación y el altísimo crecimiento demográfico que se registran en otras naciones son infinitamente superiores. La degradación humana en América ha alcanzado niveles desconocidos en la Argentina.

Si esto es así, si las cifras no desmenten la impresión personal de este cronista, si a eso añadimos que no es éste el país que quiere salir de la pobreza, el sentido común nos indica que si no se ha mejorado la calidad de vida de una buena parte de los argentinos que viven en estas condiciones es, sencillamente, porque se carece de imaginación —en el mejor de los casos—, o porque el tema importa muy poco a los gobernantes.

Este cronista quiere relatar un ejemplo muy interesante que le tocó observar en México cuando todavía era presidente José López Portillo. En el Estado de México, equivalente a la provincia de Buenos Aires, donde vive una población de millones, existen miles de pequeños villorrios que carecen de agua, pavimento, luz, etcétera. El gobernador de ese entonces le relató a este cronista que había viajado a China en misión oficial. Allí conoció a Mao Tse Tung y charló con él acerca de cómo resolver problemas que involucran a millones de personas si a mismo tiempo se carece de recursos.

«China y México —decía el gobernador—, son países que tienen dificultades similares: alto índice de natalidad, mucha pobreza, escasos recursos. Este señor Mao me dijo que la falta de dinero había que suplirla con el esfuerzo humano. Me contó un par de experiencias realizadas en China y ahora las aplico en mi Estado.

Para evitar cualquier sospecha, el gobernador se apresuró a dejar en claro que él era profundamente autonomista. No era necesario que lo aclarara ya que se advertía a simple vista. No obstante, añadió que era un pragmático y que las cuestiones ideológicas le aburrían. Cuando fue elegido gobernador copió el modelo chino y creó el llamado Ejército del Trabajo, una entidad que llegó a congregarse a un millón de personas que trabajaban gratuitamente para solucionar sus propios problemas de vivienda. Este cronista pudo visitar las poblaciones, revisar la bibliografía, conversar con los protagonistas, verlos trabajar y observar las filmaciones que se hicieron durante un año.

El sistema es sencillo y carece de secretos. Ingenieros y arquitectos del Estado organizaban a las poblaciones de acuerdo con un calendario. Todos los miembros de los villorrios A, B y C trabajaban un viernes, sábado y domingo en el villorrio D. El gobierno facilitó los materiales y los sueldos de trabajo. Concluida la tarea en la población C, todos iban —la semana siguiente— a la población A. Esto, que no es otra cosa que el ejercicio de la solidaridad y la participación, dio espectaculares resultados.

Este cronista puede asegurar que diez mil personas organizadas trabajando simultáneamente puede modificar la geografía de cualquier sitio en muy poco tiempo. En un fin de semana diez mil personas pueden hacer cualquier reforma: instalar cloacas, postes de luz, pavimentos y, además, construir casas decentes y pintarlas. Esto puede parecer obvio. Y efectivamente lo es. Hay numerosos ejemplos

históricos en los que la mano de obra ha creado prodigios de ingeniería. Sin embargo, la emigración que provoca ser testigo de un año así concierne resulta difícil de transmitir. Se intentará hacerlo con economía de palabras: en tres días, diez mil, veinte mil personas, las que fueran necesarias, eran capaces de transformar un villorrio miserable en una población digna que contaba con todos los servicios.

Ahora bien, narrada esa experiencia, es posible preguntarse: si un gobernador antiomnista es capaz de copiar un modelo socialista que, por otro lado, no tiene nada de novedoso; si la obra resulta muy económica porque el Estado —como se ha dicho— sólo aporta materiales y organización; si eso se realizó en México, donde el grado de pobreza es considerablemente más grave que en la Argentina; si ese ensayo revela que un año se puede solucionar el problema de vivienda y de calidad de vida a cientos de miles de personas, ¿por qué razón no se practican soluciones de esta naturaleza en la Argentina, donde sin duda alguna habría muchos ingenieros, arquitectos, profesionales de todas las disciplinas que colaborarían gratuitamente?

Este cronista lo ignora, pero sospecha que la calidad de vida de una buena parte de los argentinos no le interesa a los gobernantes; sospecha que la pobreza ha sido incorporada al paisaje como un elemento más del decorado. Ahí está, estatua suburbana de la indiferencia social, condeada a permanecer allí para siempre. Pero es probable que convenga aclarar

Interna peronista: los afiliados y el aparato

Javier Franzé

Conocidos los resultados de la interna justicialista, comenzó a circular esa interpretación que acentúa la independencia del electorado peronista respecto del aparato político partidario. Una explicación que por repetida es un lugar común. ¿Y el papel del aparato sindical? ¿Qué relación se estableció entre los afiliados y la estructura gremial?

Cuando comenzaron a escucharse las primeras resonancias nacidas de las grietas que sacaban el edificio dictatorial, en aquel agosto del '82 envuelto de nieblas, una fantasía política que daba cuenta de ese tan poco arquitectónico descalabro se instaló en la sociedad civil. No trata la buena nueva: no eran otros sino nosotros mismos quienes habíamos asientado los más ajustados golpes a los cimientos autoritarios. Y los nocturnos seis años transcurridos desde 1976 no podían ser leídos como pasividad mórbida. Es que nuestro olfato nos había recomendado el repliegue táctico hasta esperar el instante preciso para provocar el porrazo castrense.

Claro, era éste un relato en el cual los roles del escritor, narrador, protagonista y lector se hallaban, cuanto menos, superpuestos: todos y cada uno de ellos los desempeñábamos, a gusto, nosotros. De ahí que la fábula nos sentara a medida. (Favores de la autogestión ficcional, se dirá).

Este té sobrestimatorio de las conductas vicivas, inclinado a la construcción mitológica, parece asomar una vez más en algunos costados de las interpretaciones sobre el triunfo de Menem en la interna justicialista.

Se ha coincidido, más allá de las ópticas particulares de cada análisis, en señalar algunos motivos que explicarían políticamente la victoria de Menem dentro del peronismo. Entre éstos, se destacó el que acentúa al carácter dependiente y crítico del electorado frente a la coacción de las estructuras partidarias. Dicho de otro modo, la impotencia del «aparato» de dirección frente a la voluntad individual del afiliado. Sobre este punto argumental, digamos que el resultado mismo de la elección interna, esto es, el triunfo de Menem apoyado en una estructura que le proporcionó el sindicalismo ortodoxo cuando en las 62 Organizaciones, permitiría colocar legítimamente en el terreno de la duda el verdadero cariz político del aparato de dirección justicialista. Se trata de ver, en definitiva, que de acuerdo a cómo se estructuró una formación política, es decir, bajo la forma de «movimiento» o la de «partido», variará su modo de acumulación de fuerzas dentro de la sociedad, lo que a su vez determinará el carácter de su dirección.

rar un punto: este cronista no está planteando crear nuevas fuentes de trabajo, ni eliminar la desocupación, ni que se distribuya mejor la renta nacional. Esos son otros temas. Aquí está planteando que con los escasos recursos que se cuenta se puede mejorar infinitamente la calidad de vida de cientos de miles de personas. Una cosa es un desocupado que vive en una casa sin cloacas, sin agua, con las alcantarillas inundadas de excrementos, con el barro que llega hasta su puerta, y otra —muy diferente—, es el mismo desocupado en un barrio pavimentado, con agua, luz, cloacas y vivienda decente.

Como se podrá advertir, no es intención de este artículo esgrimir una sola opinión al tema de los salarios del trabajo, en fin al tema de la economía nacional. Ni siquiera se ha mencionado en estas notas la cuestión del hambre o de la falta de proteínas en la alimentación de los sectores de escasos recursos. No. La cuestión es otra. ¿Es posible resolver el problema de vivienda y de servicios elementales aún cuando los grandes temas económicos del país sigan sin solucionar-se? La experiencia demuestra que sí.

Yo no fui a la escuela —se disculpa el padre, cargando acaso con la responsabilidad de haber vivido veinte años en este sitio. Afirma que él nunca fue a escuela. Dice mientras se cruza de brazos y muestra unas manos desproporcionadamente grandes para su cuerpo delgado. Imagina —qué duda cabe— un mejor suerte para sus hijos. Después de todo, él no estudió.

En la escuela, en un espacio adonde el barro no alcanzó a formar un gran charco, muchachos de poco más de veinte años

impugna —con la presencia— su pensamiento. Cuando este cronista pasó por aquí por primera vez, esos muchachos jugaban como juegan hoy los hijos de este hombre. Y ahí está. No han podido salir aunque todos terminaron las escuelas, aunque todos trabajaban, aunque todos soñaron —lo hacen todavía— con desprenderse de la mugre.

Este cronista advierte que lejos está de su espíritu preconizar forma alguna de violencia de clase. Tiene un profundo convencimiento, en cambio, de que es posible imaginar soluciones cuyos principios estén basados en la solidaridad y la participación. Tiene la certeza de que puede haber proyectos de cooperación humana que trasciendan intereses sectarios para ubicarse en el puntual objetivo de mejorar la vida.

Sin embargo, si por motivos que escapan a la racionalidad, si por causas más atenuadas que bibliotecas casings divinos que la razón, este cronista se encontrara mañana viviendo en ese sitio y fueran sus hijos los que recogen la pelota de fútbol de la acuecia con excrementos, si fueran él y sus hijos los condenados a sobrevivir en esa deleznable condición animal, si así fuera, si esto ocurriera, este cronista confiesa que trataría de salir de allí sea como sea.

Es fácilmente advertible la manifiesta contradicción entre lo que este cronista elabora intelectualmente y lo que admite que haría si el destino lo sancionara a vivir en el barrio que acaba de visitar.

Peculiar contradicción. Este cronista confiesa, que no logra resolverla.

Una formación política de tipo «partido», tiende a acumular fuerzas sociales entre los ciudadanos (y, principalmente, entre reuniones de éstos como grupos de interés). Dada la naturaleza de la representación ciudadana/civil, su dirección será centralmente política, esto es, formada por ciudadanos políticos representantes de ciertos intereses civiles.

En cambio, si una formación política se organiza como «movimiento», tiende a acumular fuerzas sociales entre las principales corporaciones como tales, dejando a un lado la representación ciudadana. Esta lógica representacional corporativa imprimirá a su dirección un cariz menos «político», e inclinado a conformarse a partir de «delegados» representantes de las corporaciones (gremialistas, industriales, militares, etc.).

En otras palabras, la construcción del poder social que da sustento a toda formación política, es decir, su anclaje en ciertos lugares societarios donde cobrará fuerza en función del apoyo de los grupos de interés, en un «movimiento» se realiza a partir de las corporaciones, que son su núcleo fundante.

El esquema precedente, que hemos trazado a grandes rasgos, nos permite devolver a superficie nuestro primer interrogante acerca del carácter verdaderamente «político» del aparato de dirección justicialista. Como se puede ver en cuenta que el peronismo, en tanto formación política, se organiza bajo la forma de «movimiento», veremos que su aparato de dirección tiende a tomar perfiles corporativos en desmedro de los políticos, en la medida en que la fuente de su poder social son las corporaciones más que los grupos de interés ciudadanos. Brevemente, el aparato directivo de un movimiento se rige por su lógica típicamente corporativa. En el justicialismo, esa dinámica la imponen las asociaciones gremiales, que son las corporaciones con las que ha estrechado históricamente los más fuertes lazos.

Esto es, el triunfo de Menem, en tanto candidato del aparato gremial (las 62 Organizaciones, estructura del poder corporativo y así de dirección real del movimiento), expresa no tanto una independencia política como una subordinación del afiliado al conjunto de tradiciones y simbologías clásicas del peronismo. Esta lealtad simbólica se canaliza, en la práctica, en un voto que reproduce la existencia de un poder de dirección corporativo.

Hubrá que rastrear las causas del triunfo menemista por otros senderos. Pero, esta vez, desprovistos de ese tic que sobrestima nuestras propias conductas.

Los militares y la sociedad

Malvinas y los monstruos familiares

Guillermo Ortiz

Que la actualidad (esa criatura multiforme y escurridiza inventada por los medios) goza de buena salud, no es ninguna novedad en la Argentina. Así es que además de mitigar la espesa melancolía cotidiana que nos invade, por obra de la crisis, también, nos acostumbra al sobresalto. Visto así, el hábito es a todas luces profanático, ya que despierta el instinto de conservación. Lo cierto es que por estas pampas desmesuradas, especie de mar seco que nos toca, sea por prejuicio o ignorancia o bien por su pasmosa simbiosis, siempre hay alguna razón para desesperar. Qué otra alternativa cabe si, como bien lo intuyó Borges, cada país es un mundo "provisto de lealtades y queridas memorias". A partir de este aserto, todo es posible. Hasta el prócer venerado y el aniversario exacto. Ensayamos un racconto. Que en estas riberas occidentales del Plata, la obstinación verde oliva que salpicó el calendario de este año y tal vez nos llama a la reflexión. O a la viñeta pintoresca: pensemos en el último verano, torrido en suspicacias y estallidos y que alcanzó su climax en ese televisivo saínete jugado en clave correntina. Una crispación de uniformes y proclamas destempladas.

Más cerca, las novedades de nuestro otoño-invierno que para no ser menos deshojaron un friso que abarcó la detención (y reciente liberación) del dirigente ultraderechista Biondini hasta los allanamientos de guardias y arsenales varios, con epílogo en el episodio del militante Vera que resultó abatido. Las imágenes de la habilitación del desafortunado y sus obligados afiches de Malvinas. Toda una clave. Y estas últimas semanas en que el tema readquirió sinistral actualidad a raíz del juicio oral y público, con declaraciones y rostros familiares. Y es bueno detenerse en Malvinas, símbolo inequívocamente recurrente que, más allá de operar como evidente hilo conductor y consistista de bandadas clandestinas y no tanto, permanece irresuelto en el imaginario de los argentinos.

Pero vamos por partes: se trata de vincular recuerdos y dar algunas aproximaciones.

De Lito Nebia a la soberanía inalienable

Más allá de las alternativas del juicio queda el pasaje sin desperdicio del abogado De Vitta, defensor del ex-sicario general Galieri, quien en pleno alegato en la Cámara Federal recorrió a los versos del popular cantante Lito Nebia para señalar que "si la historia la escriben los que ganan, quiere decir que hay otra historia... Y esta defensa va a narrar esa otra historia, no la historia oficial de la Comisión Rattenbach".

Queda claro entonces que, tal como pensaba Camus en sus desparpados de postguerra, "no es de hoy que Caín mata a Abel. Pero es de hoy que Caín mata a Abel y reclama luego la Legión

de Honor", coincidían o no con esta afirmación másmosos famosos o militares contrariados. Tampoco es cuestión de detenerse demasiado en lo que implicó la desproporcionada respuesta del Reino Unido en su momento. Si la actitud argentina fue una agresión que se viste de "defensa" o lo de la señora Thatcher una defensa que terminó en agresión. La arrogancia militar manifestada por el gobierno conservador es junto a sus sueños de orden y firmeza para defender posesiones alden de los mares, la única forma de virtud que les es preciso reconocer. Por más que el boecillo de la soberanía inalienable que cumplen en deletrarse todos por igual, no haga otra cosa que reforzar la inevitabilidad del sostenimiento de fuerzas militares "aptas" y en el caso argentino, contribuir además para legitimar a través de la trascendentalización del patriotismo, un poder ilegítimo.

Pero al punto a señalar (y también sin detenernos en el lamentable espectáculo brindado por la oposición argentina en ocasión de la contienda) reside fundamentalmente en el impacto que "Malvinas" como sueño colectivo produce en el aparato gnimico-sentimental-ideológico de la sociedad. Allí reposa el nudo central de nuestra preocupación. Y por dos motivos: porque es en el interior de los socialdo discursos y políticas que adquieren certificación (y por lo tanto dinamiza democrática) y porque fue esta misma sociedad (en sus aspectos más visibles) la que hace algo más de cinco años extendió su complicidad y enforzavizado aval al devaneo bélico de la misma dictadura que la oprimía, en caso más que sabroso para la psicología social.

De Ubaldi a Shopenhauer

Y nada ha cambiado: de aquel abril fatídico de fríos incipientes y una plaza popular hecha de lirios, júbilo y escarpela al pronunciamiento del consejo nacional justicialista en pro de una movilización militar, cuando la maniobera británica denominada "Fire Focus" en el transcurso de este año.

También la CGT, que se expidió presurosa ante la misma contingencia, aunque en este caso no deje de llamar la atención el hecho de que una organización obrera se manifieste en temas de soberanía territorial (sea ésta sobre vastos sectores o bien pedregosas pingüineras), máxime si tenemos en cuenta que en momentos del suceso-Rico (que si la involucra al poner en jaque la continuidad de las instituciones) dio un sosoposo paso al costo argumentando que los acontecimientos eran "de estricta incumbencia militar". Pero no nos detengamos tampoco en anécdotas. "Cada nación se burla de las otras y todas tienen razón", señalaba Shopenhauer desmundando sabiduría la raíz de un oscuro artilugio sin salida. Refugio, en síntesis, de un nacionalismo de ribetes extremos que encarama la idea de Nación como esencia

inmutable y supraindividual que se agota en sí misma y clausura toda tentativa crítica. Se dice "las Malvinas son argentinas" como si aludáramos a una sustancia sagrada que viene desde el fondo de los tiempos envuelta en vapores blanquecieles.

La decepción y un relato mentiroso

El tema es: las vueltas de desagrado posteriores a la guerra del '82 (mediante las que la sociedad pretendió lavar sus alarmantes niveles de corresponsabilidad) surgieron no ya de un conjunto de ciudadanos en pleno ejercicio autocrático merced a la observación despaionada de sus propios comportamientos, sino de un grupo de argentinos "desengañados". La queja fundamental que se les enrostra a los uniformados, surge ante la falta de un incidente que ver con la hipótesis castrense. Favorecida, claro está, por el manejo del aparato informativo, "que había que escuchar radio Colonia", etc., etc. Vale decir, que decían que ganábamos cuando en realidad perdíamos. Ahí está todo. El drama se reduce a que un insensatos relato nos transmitía los goles al revés. Porque si era palpable el espíritu deportivo con el que se recibía la cantidad de buques hundidos del enemigo. De ahí que a partir de esa decepción comenzara a navegar por el corazón atribulado de los argentinos un sentimiento parecido a la abulia culpable. Que hoy algunos observadores y por qué no decirlo, organizaciones de ex-combatientes que incurren en la misma hipocresía, repudian como "indiferencia". Y no es así. En términos generales la sociedad no contradice el esquema estatutario entronizado por los militares: patria, soberanía, afán de conquista, fronteras, identidad nacional y todo el entramado de un ideal tercermundista que, como expresa gráficamente alguna vez el escritor español Fernando Savater, está hecho de "demagogia nacionalista y populismo alfabético".

Son todos ellos conceptos compartidos que los militares en nuestro nombre no supieron defender. La sociedad no se encuentra en oposición conceptual con las Fuerzas Armadas en torno a este tema. Está traicionada. Sencillamente.

El problema fue el 15 de junio... no el 2 de abril. El examen enfatiza la gestión incorrecta del hecho más que un planteo que problematiza su homología en sí. Claro que algunos se desplazaron más allá y observaron que el momento escogido para tamaña empresa no fue el oportuno. Dejando abierta así, la táctica posibilidad de un enfrentamiento

armado para cuando soplaran mejores vientos.

Toda consideración introspectiva, por decirlo de alguna manera, no rebasó el umbral de los detalles táctico-estratégicos junto a la conducta de los superiores en el frente de batalla. El asunto se circunscribe a la incidencia (desde ya condenable) de que los militares maltrataban a la tropa y retaceaban cigarrillos. Es un primer escalón quizá necesario en el proceso de observación que proponemos, pero de ningún modo suficiente. No pensamos si los argentinos son buenos o malos militares, sino por qué con inusitada insistencia (hasta cíclica, diríamos) las fuerzas armadas son protagonistas de nuestra historia. No pensemos la incompetencia de los militares, pensemos lo militar y a partir de esas conclusiones tal vez se allane el camino hacia una sociedad más racional.

En este contexto, y como forma de acentuar la pesadumbre, las pretendidas izquierdas no contaron a civilizar los términos de la política en la Argentina, atadas como están a ideales atáuricos hoy en desuso y que siempre constituyeron patrimonio histórico de los sectores más retardatarios.

El sueño de "todos"

Peros ¿cuáles serían las trabas que nos impiden avanzar en el análisis? En este sentido existen deformaciones que aún perduran y que se relacionan con ciertos procesos de enunciación. Frente a un determinado hecho, aparece un discurso hegemónico que genera la adhesión mediante un recurso infalible: la naturalización del acontecimiento en cuestión. Y en pos de este objetivo es primordial abolir las diferencias. Tornar lo conflictivo en evidencia impuesta. Disolver la pluralidad, que siempre es amenaza de disgregación y por lo tanto de destrucción de ese "discurso dominante", tal como reflexiona Pierre Bourdieu. Lo simple aplastando lo complejo que siempre remite a un individualismo rupturista. Frases como "todos estamos embarcados" no hicieron más que mostrar la guerra como "necesaria", porque en definitiva se trataba de una respuesta "nacional", que nos incluye a "todos". Malvinas es así el privilegiado marco de referencia totalizante y cualquier palabra que rompa el encantamiento colectivo lleva el carácter singular de lo herético.

"Hay sueños de la razón que engendran monstruos", reveló Goya en uno de sus cuadros. Tal vez Malvinas (y todo su equipaje) dado la naturalidad de todo el dispositivo autotitulario y "racional", constituya aún un rubro más que ríspido para la virgen memoria crítica de los argentinos. No olvidemos a la luz de la historia, que toda fantasía criminal siempre tuvo su "raíz de ser". Que todas las ideas esconden sus "principios" y que a esta altura no es del todo descabellado sospechar que es posible matar en nombre de lo sublime.

Debate sobre la izquierda

Algunas consideraciones profanas sobre "La izquierda en tres tiempos"

Beatriz Sarlo

Continúa un debate sobre la izquierda que iniciamos en el núm. 6 (Altamirano, Valdovinos, La Porta) y al que siguieron las contribuciones de Brocato (núm. 7), Aricó, Paramio y Héctor A. Bravo (núm. 8/9), Godio y S. Rodríguez (núm. 10) y Emilio de Ipola en el número 11. En la presente entrega Beatriz Sarlo polemiza con la topología de la izquierda trazada por de Ipola en su artículo, mientras que Torcuato S. Di Tella defiende la posición de una necesaria coalición a mediano plazo del socialismo con un peronismo "renovado y anclado en el sindicalismo".

lejos del PI o del PSP. Del mismo modo, la primera conclusión, donde se afirma que "la izquierda proto-moderna está más cerca de la izquierda anárquica que de la izquierda moderna", no explica el más interesante fenómeno de que los protomodernos del PI hayan vivido todos estos años mucho más cerca del peronismo renovador (que de Ipola considera centro moderno) que del PC, con lo que estoy sugiriendo que el ordenamiento puede dejar afuera problemas ciertamente interesantes, como el de la colocación de modernos y protomodernos respecto del populismo. De Ipola, en verdad, escribe como si el populismo no atravesara a los partidos del "centro moderno", y hubiera dejado de ser una de las corrientes básicas de las ideologías políticas en la Argentina.

Quiero decir con esto que el cuadro de doble entrada es insuficiente si se trata de pensar, dentro de esa grilla un poco rígida, la política argentina. No toda formalización, me apresuro a confesar antes de que se me acuse, quizás con justicia, de empirista anárquica, permite conocer más claramente aquello que intenta formalizar. De la insatisfacción que algún lector experimente frente al cuadro de doble entrada no puede responsabilizarse sólo a de Ipola. Creo que forma parte de lo que me disculpo por llamar la retórica del arte combinatorio: sus clasificaciones dejan atribulado siempre a quien espera mayor densidad en el análisis o, para decirlo de otro modo, un movimiento menos enamorado de la simetría.

Es posible coincidir con de Ipola en el conjunto de rasgos mediante los cuales sería forzoso incorporar o expulsar a un partido o tendencia del universo de la modernidad. Enumera sucintamente seis rasgos y dictamina que cualquier fuerza que incurra en el desconocimiento de uno solo de ellos pertenece al espacio recubierto por el adjetivo "anárquico". Para salvarse de este adjetivo, la fuerza o partido deberá reconocer todos esos rasgos "en sus planteos fundamentales". Estos, que serían un elemento de prueba irrecusable para el juicio sobre si se es anárquico o moderno, permanecen (en un artículo que está obsesionado por las definiciones) sin aclaración que establezca qué se quiere decir por "planteos fundamentales". Se trata de planteos en un

sentido evidente: discursos, programas, plataformas, proyectos? ¿Los planteos influyen sobre las formas de hacer política y las relaciones reales que los partidos establecen con el estado, el gobierno, la sociedad, sus militantes? ¿El clientelismo político o los liderazgos carismáticos condicionan la incidencia de los planteos o son sólo modalidades poco significativas

y, en consecuencia, no afectan el requisito (no meramente formal) de reconocer a la democracia como eje de definición "epocal"? ¿Los estilos políticos, en suma, no caracterizan a los partidos ni a sus "planteos", siendo sólo un revestimiento exterior, una manifestación de nada?

Responder a estas preguntas quizás no sea importante si se piensa en la "izquierda anárquica", pero lo es cuando llegamos a la protomoderna y mucho más todavía cuando nos planteamos la inclusión de "algunos sectores" de la moderna en la grilla propuesta por de Ipola. Y la importancia se vuelve decisiva cuando se trata de corrientes y partidos como los mencionados en la nota 2 (el radicalismo, la UCD y el peronismo). El propósito del análisis de de Ipola quizás no justifique que se lo aborde con estas preocupaciones respecto de las formas concretas de la política. La descripción que hace desaturiza preguntas acerca de usos y costumbres, modalidades, formas de representación y resolución de conflictos y se colo-

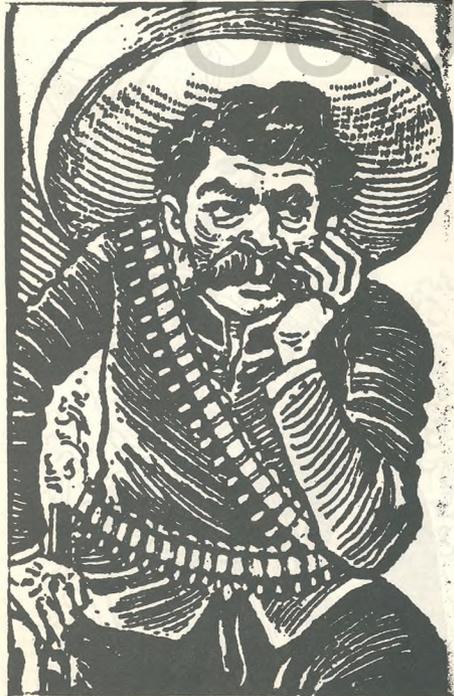


ca, más bien, en el plano de los programas explícitos. Calificar de "anacrónica" a una corriente que ignore cualquiera de los seis puntos decisivos en la clasificación, resulta un atractivo ejercicio intelectual donde se extraña la densidad de la política.

En lo que se refiere a la clasificación interna a la izquierda en "modernos", "proto-modernos" y "anacrónicos", de Ipola considera que son decisivos los puntos de vista sobre tres aspectos: la concepción de la política, la relación entre estado y sociedad y la política económico-social (el cuarto punto, respecto de los actores sociales protagonistas, puede incluirse con facilidad en el primero).

Cuando relea el artículo que estoy comentando, el Club de Trabajo Socialista fue sede de una conferencia de Jordi Boria (presentado, permítaseme agregar, dentro de la mejor tradición de lealtad intelectual e ideológica, por de Ipola). Los argumentos que desarrolló Boria en esta ocasión y los que había escuchado de Carlos Altamirano, enriquecieron mis propios objeciones al trabajo de de Ipola e inspiran algo de lo que sigue (con la obvia advertencia de que si Boria ni Altamirano deben ser responsabilizados de lo que acá yo diga).

La versión de la política de izquierda y del cambio presupuesta en el artículo de de Ipola exhibe un carácter abstracto, cuando no incorpora al análisis tanto las formas en que la política se produce y circula dentro de una sociedad, como su capacidad formadora de fuertes perfiles de identidad, de mitos e ideales colectivos.



vos que serían ineliminables de lo político, a menos que se crea que estas dimensiones puedan desaparecer subsumidas en un medio cristalino de transparencia completa (y quizás ni siquiera deseable).

Según de Ipola "la izquierda anacrónica se ha apoyado siempre sobre una concepción heroica, fundamentalista y trascendente de la política". Si esto es cierto, no se infiere necesariamente de ello que la política deba (y sobre todo pueda) ser despojada de sentimientos intensos y globalizantes, del entusiasmo, la solidaridad y el compromiso colectivo impulsores de prácticas que pueden ser heroicas pero que, al mismo tiempo, y precisamente por su vínculo con valores, creencias y sobre todo con el pasado y la historia, con las tradiciones y afinidades pre-existentes, tienen una dimensión que no se agota en la discusión racional de valores, instrumentos y objetivos (aunque siempre debería presuponerlos).

De Ipola, en una tensión hiperracionalista, pasa por alto la necesidad de la energía producida por un *compositum* de ideales y sentimientos que, me atrevería a decir, es condición sine qua non para que la izquierda llegue a integrarse en la sociedad. La concepción abstracta de la política nos coloca en desventaja desde el primer movimiento. Afirmar esto como una virtuosa fatalidad (que dejaría libre a la izquierda del peligro fundamentalista) me parece por lo menos arriesgado o, como lo fraseó Boria, puede arribar a las ventanas para que nuevos fundamentalismos se erigieran y expulsar por la puerta, se reinstalen.

En cuanto a los actores políticos: de Ipola afirma, con toda razón, que "ningún actor social, individual o colectivo, tiene per se la propiedad privada del futuro". Sin embargo, la izquierda moderna debería esforzarse no sólo en admitir democráticamente que el futuro no sólo aúno lado según la voluntad de actores privilegiados, sino también que hay actores sociales que por se son más probables interesados en las reformas, y otros que, por razones que se hacen valer en la economía y la cultura, levantan, de manera muy consecutiva, su objeción ante el cambio. Un diagnóstico sobre los actores sociales no necesariamente debe repetir la oposición burguesa-proletariado o pueblo-imperialismo. Puede en cambio hipotetizar cuáles son los sectores para quienes un cambio, en sentido de reformas profundas, es no sólo deseable sino, en ocasiones, imprescindible. No se trata de fijar de una vez y para siempre al protagonista de la historia. El movimiento simétrico a este afán, me parece que reside en formular una reemplazable zardo por una enumeración que, si permite no olvidar a nadie, en esa generosa inclusión pasa por alto las zonas duras de resistencia y oposición al cambio en sociedades como la nuestra. Pensar la política, supone, a riesgo de equivocarse, encontrar en el pasado fenomítico desde donde la descripción incluye a todo el mundo, sino la perspectiva interna desde donde pueden anclarse programas de reforma en la sociedad y desde donde, también, se distinguen quiénes son los enemigos (pido excusas por el anacronismo) de esos programas.

Otro punto, al que se refirió Boria de pasada y que me gustaría retomar muy brevemente, se refiere a la afirmación de que la izquierda moderna es "teórica y prácticamente reformista". Esta es una condición fuerte y excluyente en el artículo que estoy comentando. La definición que se adopta, de revolución, más que de reforma, está en la base de lo afirmado por de Ipola. Si se considera que la revolución puede ser únicamente definida y defendida desde una perspectiva "instantaneista" y "mágico-religiosa", es fácil acordar con de Ipola. El asunto podría ser más complicado si se admitiera que una izquierda moderna podría trabajar con un horizonte de transformaciones tan profundas que permitan el uso de la palabra revolución para caracterizarlas, aunque se renuncie a los métodos violentos para conseguirlos. Boria lo fraseó de este modo: ser reformista no supone necesariamente renunciar a ese horizonte de transformaciones radicales que estuvo presente en la idea de revolución. Finalmente, respecto de lo que dice en relación con el estado: es cierto que hay un "estatalismo tradicional en la izquierda anacrónica". De todas maneras, la izquierda moderna podría muy rápidamente comprobar que el camino de promover "instancias autogestionarias", como aconseja de Ipola, supone la intervención del estado para el resguardo de las áreas donde éstas se desarrollen y el diseño de especiales cauciones que les permitan sobrevivir. La izquierda "moderna", ni siquiera en el artículo de de Ipola, ha avanzado en el diseño de políticas que en muchos casos deban contar con el estado, salvo que, una vez despojada la sociedad de todo sentido trascendente como lo quiere de Ipola, la despojemos también de los instrumentos con los cuales pueden crearse las condiciones para que políticas autogestionarias sean verdaderamente posibles.

A riesgo de parecer anacrónica (riesgo

que he corrido a lo largo de esta argumentación más de una vez), no necesitamos menos estado, sino formas diferentes de intervención del estado y de promoción de iniciativas sociales. En la Argentina de los últimos años se han acentuado desigualdades de todo tipo y al estado le caben funciones irrenunciables de regulación y reparación. Acuerdo con de Ipola en que no podemos caer en la disyuntiva estado-mercado. Pero tampoco podemos ser ingenuos en la evaluación de los obstáculos que las fuerzas del mercado (y su combinación con actores que ocupan el espacio estatal) oponen a las iniciativas de la sociedad. Por otra parte, una cosa es señalar la crisis del estado de bienestar allí donde éste realmente fue construido y otro atribuirle a un estado de bienestar inexistente en Argentina los defectos que son propios de un estado clientelista y colonizado por los intereses privados. No quisiera terminar sin agregar un argumento a estas notas que más largas de lo que deberían. Se trata, otra vez, de un tema que estuvo en el debate intelectual en los años sesenta, período en el cual la historia fue objeto de una ofensiva desde todos los frentes. Si hay algo que se revela ausente en los interesantes planteos de de Ipola es precisamente la migración histórica que se haga cargo de algo que parece central a la política: la construcción de sus tradiciones, sus modos operandi, sus estilos. Es sobre este terreno histórico que, nos guste o no, podrán levantarse las nuevas alternativas.



APARICIONES Y REAPARICIONES

- Los cuatro jinetes de la Poaealipsis, Jaime Ruiz Escobar, Primer Premio Novela Fundación Cultural Hispanoamericana (1986)
- Cierta inevitable muerte, Edgardo Sanabria Santaluz, Seis relatos de uno de los mejores cuentistas de América Latina
- Ser juda, León Rozitchner, A veinte años de la primera edición, lúcidas reflexiones que renuevan su imperativo ético y político.
- Una temporada en Babia, Marcelo Di Marco, Poemas que plantean que "es posible que las fuerzas del lenguaje logren liberarse".
- Retratos y leyendas jaisidás, Elie Wiesler, Humor y amor a la vida en un libro del Premio Nobel de la Paz 1986.

Ediciones de la Flor Anchicor 27, 1280 Buenos Aires 1967-1986. Una editorial mayor de edad



Hacia un partido socialista de masas

Torcuato S. Di Tella

El secreto del éxito de un movimiento socialista es saber combinar con una mayoría obrero-sindical un importante minoría tecnocrática-intelectual. Esto es grave para las perspectivas de un movimiento socialista masivo en la Argentina, porque entre nosotros la ideología no está adecuadamente implantada en ninguno de los dos sectores: está casi ausente en el sector obrero, y distorsionada en el intelectual. Pero no está dicho que la tarea es imposible. Para aclarar la ruta, veamos algunas consideraciones, tanto de tipo teórico como el comparativo.

La social democracia como motor y como freno

Donde está efectivamente implantada, la socialdemocracia actúa a la vez como motorizador de demandas redistributivas, y como freno a presiones populares excesivas sobre los centros de acumulación de capital, actividad gerencial, y desarrollo científico y educacional. El rol democratizador y de extensión de servicios sociales y de bienestar, jugado por la socialdemocracia, con su apoyo sindical, es harto conocido. Menos obvio, pero igualmente importante, es su rol en defensa de estructuras jerárquicas del tipo de las antes mencionadas.

Para poder cumplir este rol el partido socialdemócrata debe hacer un esfuerzo particularmente complejo, pues va algo en contra de los impulsos más inmediatistas de muchos de sus votantes y simpatizantes, que, en su vida diaria, y en sus conflictos corporativos, tienden a estar en la vereda opuesta al gerente, al administrador estatal, o al director de departamento universitario o institución cultural. La consecuencia es que todo partido socialdemócrata tiene que tener una fuerte tensión entre un ala "derecha" (uso la palabra con cierta reticencia pero en la más descriptiva, realista o tecnocrática, y un ala "izquierda" o militante, que fácilmente se erige en representante de los valores éticos y la pureza de la ideología. Dicho en otras palabras, un partido socialdemócrata — como cualquier otro partido — debe por un lado representar intereses sectoriales, y por otro asumir la gestión de los intereses generales, que incluyen los de los adversarios políticos. Para poder cumplir este complejo papel, es altamente conveniente que el partido tenga una estructura federada, con importantes sectores de autonomía para los diversos actores representados dentro de él, y para las diversas mentalidades o las diversas funciones que hay que cumplir.

Monolismo versus federalismo

En la experiencia argentina, el Partido Socialista, bajo la conducción de Juan B. Justo, tomó formas muy centralistas — aunque bastante más democráticas en cuanto a organización interna que el Partido Comunista — y se caracterizó por una excesiva preocupación por la pureza doc-



trina. Con estas características estaba predestinado a seguir siendo un grupo minoritario en el país, con apoyos mayoritarios en la clase obrera sólo en cortos períodos históricos, y con muy difíciles relaciones con movimientos o partidos cercanos al espacio social: el anarquismo, el sindicalismo revolucionario, el comunismo, el radicalismo, y aún el mero gremialismo pragmático que predominaba desde comienzos de siglo en más de un sindicato calificado. La pureza doctrinaria, entonces, se mantuvo a expensas de numerosas esisiones. A fines del siglo pasado se separó un destacado grupo intelectual, que podría haber aportado el elemento fabiano independiente que en general le faltó al partido (tema sobre el que volveremos). En 1906 se abrió el sector que formaría el sindicalismo revolucionario, que podría haber constituido un componente más espontánea de militancia obrera, quizás inmaduro en sus actitudes, pero necesario en la mezcla de actitudes que debe ser el partido político. La separación de los socialistas internacionales, en 1918, que luego formarían el Partido Comunista, quizás era más inevitable, por fuertes factores interaccionales, pero una actitud más amplia podría haber retenido más elementos de esa orientación en las filas partidarias. La expulsión durante unos años de los socialistas argentinos de Alfredo Palacios, aunque luego volvieron al partido, está en la misma dirección, y representa una actitud de intolerancia ante lo que podrían

haber sido "desviaciones" nacionalistas o tradicionalistas de Palacios (adicto a los duelos y a otras lances reminiscientes de la tan condenada "política criolla"), que de haber quedado como más legítimas en el partido le hubieran dado una coloratura más cercana a cierto sentir popular, parecida a la que tenía el socialismo en Chile. Por el otro extremo, el de la derecha (que debe tener un lugar en el partido, como se argumentó en el punto anterior), el alejamiento de un amplio sector intelectual y tecnocrático hacia el socialismo independiente debe también contrastarse entre las fallas de la organización tradicional del partido. Aquí hay que ser un poco cuidadoso en el análisis, porque justamente esta escisión de derecha es a menudo bienvenida — retrospectivamente — por observadores que están preocupados por la imagen de "derecha" que a veces da el tronco principal socialista en el país, especialmente desde su involucre antipersonista. Es que si el socialismo fracasó en su vinculación permanente con la clase obrera no fue por ser "poco izquierdista". ¿Acaso fue de "izquierda" el peronismo? ¿O acaso han tenido éxito, por ser de "izquierda", los varios trozkos trozkistas o el mismo comunismo? El problema está en otro lado. Para volver al tema de la separación de los socialistas independientes, realizada en 1928, su análisis exige una perspectiva especial por la acumulación de causalidades circulares y círculos viciosos de procesos políticos de esta característica.

Efectivamente, no se puede juzgar a los autores a los De Tommaso de 1927 o 1928 por las actitudes que éstos mismos asumieron años después, una vez cortados sus vínculos — los controles recíprocos que ellos implican — con el Partido Socialista. Así como en el análisis del peronismo no debemos sobrelatarnos por la presencia de sectores de derecha, ni tiene sentido pretender "purificar" a ese movimiento expulsándolo de sus filas (salvo casos extremos), lo mismo debe hacerse al encarar a un movimiento socialista. Para seguir la secuencia esbozada, otra grave escisión se produjo en 1938 con un grupo de izquierda, el socialismo obrero, que al final fue echado en brazos del Partido Comunista. Y, más trágico, el rechazo a quienes podían querer buscar entendimientos con el paradójico secretario de Trabajo y Previsión del régimen militar de 1943-1946 también está en la línea de las decisiones que, en aras de una pureza doctrinaria o ética, dejan de lado consideraciones de realismo político. Con esto no estoy pretendiendo que lo doctrinario o lo ético no tienen importancia, sino que deben ser puestos en su lugar. Para encontrarlos un lugar, lo mejor es tener una organización federada, coalicionada, en que las diversas mentalidades y estrategias tienen todos los lugares reconocidos y aceptados. Claro está que en la práctica armar una estructura de este tipo no es fácil, y la crítica retrospectiva a la trayectoria del Partido Socialista en Argentina puede parecer algo fácil o injusta. De todos modos la dejó aquí esbozada, no como condena — que sumaría una a las tantas que de manera superficial se hacen del "justismo" — sino como intento de sentar las bases para nuevas actitudes. Y no se diga que una exploración retrospectiva de lo que pudo ser pero no fue es ociosa o inútil, porque lo que ocurrió tenía que ocurrir. Ese determinismo histórico absoluto no tiene apoyos científicos o teóricos serios, y además es contraproducente.

Las cinco ramas

Aún a riesgo de incurrir en plagio, creo que el concepto de "ramas", como estructuras relativamente autónomas o separadas dentro de un movimiento o conjunto que tienden a un objetivo común, pero por medios distintos, es aplicable al socialismo. Las cinco ramas son la gremial, la cooperativa, la técnica, la juvenil, y la estrictamente partidaria (que puede ser una alianza de partidos). No he incluido una rama femenina, no por machismo, sino por considerar que las mujeres bien pueden participar en cualquiera de las otras ramas. Lo cual no impide que formen instituciones especialmente orientadas hacia sus problemas, lo mismo que tantas otras que debe haber, sin por eso incluirse en este primer listado, que sólo trata de describir las grandes líneas organizativas. Las cinco ramas no deben estar todas integradas en la misma estructura, o sea, no deben necesariamente — podrán en algunos casos — estar directamente afiliados al partido. Por el

contrario, lo más adecuado es que mantenga independencia organizativa, de manera de poder incorporar a su seno a individuos o a sub-organizaciones de diversa orientación. Si realmente las condiciones sociales en el país favorecen un movimiento hacia el socialismo, los grupos con esta ideología serán con el tiempo hegemónicos en esos ambientes. No obstante, no habrá rigidez en la línea ideológica que valgan. Veamos en detalle la situación en cada una de las cinco ramas.

(i) **La rama sindical.** Uno de los principales problemas del sindicalismo actual es su burocratización, tanto en el bueno como en el mal sentido de la palabra. El mal sentido se refiere a las características violentas, autoritarias y corruptas que a veces ha tenido, y que deben ir desapareciendo, usando si es necesario — y en la medida adecuada para no generar reacciones defenistas extremas — el poder legislativo y judicial del estado. Pero contra la burocracia corrupta no hay que oponer un basismo activista, escudado en principios de democracia participativa poco realistas, que ignoran la necesidad funcional de la burocracia en cualquier organización moderna eficaz de gran escala. Contra la burocracia corrupta hay que oponer la burocracia honesta, con responsabilidad ante las bases, emergente de elecciones genuinas, pero que asuma sin dudar su rol directivo y organizador. En un sindicato moderno y eficaz el juego político se da a tres puntas: la burocracia, los activistas de base (una minoría, en general más de izquierda), y la mayoría apática, apenas participativa en pocas ocasiones, pero que no la dejen participar, sino porque no le interesa o no está dispuesta o capacitada para dedicar el tiempo y las energías necesarias. El socialismo debe evitar identificarse, en este juego, con los activistas de izquierda. Esa es más la posición que resulta normal en la rama juvenil, y que señala en algunos grupos de izquierda dentro del movimiento socialista, pero ella no deberá ser dominante en el partido, sobre todo entre sus estratos dirigentes. Esto quiere decir que en el ámbito sindical habrá gente ligada al socialismo que estará enfrentada entre sí: eso no es grave, sólo lo es para una concepción sectaria, típica del trotskismo, o para una visión excesivamente centralista y unificadora de la doctrina y la estrategia, como la del antiguo Partido Socialista. Si el socialismo quiere llegar a ser consustancial con una buena mitad de la población del país, no puede menos que albergar en su interior fuertes tensiones y conflictos. La capacidad política de los dirigentes no consiste en tener un partido homogéneo y tranquilo, sino en saber conducir y capear los enfrentamientos internos. El saber hacer esto, aún en la oposición, constituye un excelente entrenamiento para los problemas bastante mayores que luego se experimentan desde el gobierno. Es necesario recalcar, entonces, que el dirigente socialista, tanto en la oposición como en el gobierno, debe saber enfrentar conflictos no sólo con la derecha económica extrapartidaria, sino también con los diversos sectores de su propio hemisferio político y clasista.

(ii) **La rama cooperativa.** Esta es una rama con poca "prensa", con poca imagen política, que se ha venido desarrollando silenciosamente pero sin pausa en el país. Ideológicamente tiene componentes de izquierda, tanto socialista democrática como comunista, bastante homogéneos, a los que se suman otros de carácter más diversificado o pragmático. Hay que tener en cuenta tanto a las cooperativas de consumo como a las rurales, a las habitacionales y a las de crédito cuando éstas son genuinas y no formas

alternativas de sociedades anónimas. La rama cooperativa, por su naturaleza, en todos los países del mundo está mucho menos ligada al sistema político partidario que los sindicatos (que en general tienen estrechas conexiones con el o los partidos populares). Esto debe seguir siendo así, pero la llegada a su madurez de este movimiento cooperativista no puede menos que influir en los partidos populares, los cuales, por su lado, deben valorizar esa experiencia, evitando tildarla de "pequeño-burguesa" u otros adjetivos semejantes, que en el pasado han sido bastante usuales en el socialismo, lo que sólo se consigue desestimar y desanimar a los militantes que actúan en ese ámbito. Por cierto que un partido socialista que tenga alguna vigencia en el país debe incorporar importantes sectores de la pequeña burguesía. La condena que a menudo los sectores más ortodoxamente marxistas hacen de la mentalidad pequeño-burguesa, en nombre supuestamente de una percepción obrera, en realidad traslucen más una óptica de nueva burocracia estatista que otra cosa.

(iii) **La rama técnica.** En esta rama se agrupan quienes son comúnmente designados como intelectuales, más los profesionales y técnicos en el sentido más específico de la palabra. Algunos de entre ellos están más orientados hacia la ideología, otros hacia los problemas concretos de administración y reforma social. Es importante que ambos grupos estén en interacción mutua, y por cierto vinculados al resto del movimiento, pero ellos necesitan instituciones autónomas propias, donde tengan más libertad de acción que lo que sería si estuvieran simplemente adscriptos al partido. Esa libertad de acción implica por un lado una amplia libertad para pensar, escribir y publicar independientemente de lo que opinan las autoridades del partido, y sin perder su afiliación en caso de no gozar

del beneplácito de ellas. Por otra parte, también debería haber en estas organizaciones técnicas e intelectuales una gama bastante amplia de afiliaciones partidarias. En la Argentina actual no existe un hogar partidario adecuado para la socialdemocracia, pero es legítimo para individuos con esta ideología militar en diversos lugares, sea en el radicalismo, para robustecer su rol de defensor de la socialdemocracia, como en el peronismo para renovar más a fondo sus estructuras, o en los varios partidos autodefendidos de izquierda para actualizarlos y adecuarlos a la realidad nacional. El modelo en esta área es la Sociedad Fabiana inglesa, que siempre nucleó a un grupo muy prestigiado de intelectuales y futuros tecnócratas, muchos de ellos ligados desde el comienzo al pequeño partido laborista, pero otros sin ligazones partidarias o vinculados al liberalismo, que era el partido popular capaz de ganar elecciones en la época.

(iv) **La rama juvenil.** Por rama juvenil se entiende no sólo un sector específicamente juvenil del partido, sino el movimiento estudiantil, en sus sectores simpatizantes aunque no afiliados al socialismo. También la mentalidad juvenil puede considerarse extendida a otros ámbitos, por ejemplo a ciertos sectores más izquierdistas del partido, o a grupos internos a los sindicatos. El equilibrio entre los grupos juveniles y los restantes en el partido o más aún en el socialismo es particularmente difícil, por el ímpetu natural de la juventud, debido no sólo a factores psicosociales sino al hecho de que sin proponérselo necesariamente de manera explícita, muchos de ellos están orientados hacia la movilidad social y el ascenso a través de la educación, lo que afecta de maneras insospechadas sus actitudes, en una mezcla de derecha e izquierda a menudo imposible de desentrañar. La rama juvenil es un lugar ideal para

reclutamiento y formación de líderes, y para eso debe poseer bastante autonomía, y campo para oponerse a directivas partidarias si así lo sienten sus militantes, sin necesariamente romper su afiliación. Sin embargo, la ingerencia de esa juventud sobre la dirección del partido debería estar bastante limitada, para evitar inestabilidades e inadecuaciones en la conducción.

(v) **La rama partidaria propiamente dicha.** En una organización socialdemócrata los afiliados directamente al partido deberían constituir sólo una rama, y no necesariamente la principal, del movimiento. En la situación argentina, en particular, la fragilidad y la heterogeneidad mutua de los diversos agrupamientos definidos como de izquierda dificulta su rol, salvo si se realizan importantes reagrupamientos o coaliciones. Estos reagrupamientos van a verse persistentemente trienados, en momentos electorales, por la atracción hacia los partidos mayores, lo que hasta ahora ha significado peronismo y radicalismo. La polarización política que se está dando hará cada vez menos viable la colaboración con el radicalismo, debido al tipo de apoyo clasista que éste tiene. Más complejo será el tema del acercamiento al peronismo, debido por muchos por motivos ideológicos o éticos, pero que tiene a su favor su composición clasista. Al respecto lo que corresponde es comenzar — como se está haciendo — por crear un polo político socialista reuniendo los *disyecta* miembros del viejo partido y sectores afines, sobre todo los que por su edad no tuvieron oportunidad de conocer un partido autodefinido como socialista y presentable ante las urnas. Este objetivo exige por lo menos nuclear el voto intrasigente al de la Unidad Socialista y algo del que va al comunismo o al trotskismo, sin olvidar sectores que refulgen desde el radicalismo o el peronismo. Pero no es realista pensar que se va a poder seguir creciendo de esta manera, absorbiendo lentamente la masa peronista y parte de la radical. Aunque no sería extraño que el peronismo viera reducidos de manera bastante permanente sus efectivos respecto a sus niveles históricos, por mucho tiempo es probable que siga representando a bastante más de un tercio del electorado. En algún momento el núcleo socialista con pertenencia partidaria propia debe decidirse a entrar en una política de coalición, y ella sólo puede ser con ese peronismo renovado y anclado en el sindicalismo. La estrategia tiene que ser cuidadosa, desde ya para evitar caer en el seguidismo, y también para no antagonizar excesivamente a quienes retienen viejas desconfianzas, justificadas en más de un caso, aunque es preciso evolucionar y registrar los cambios que se dan en el panorama nacional.

El proceso no puede menos que ser largo, pero hay que plantearse lo como etapa a la que hay que acceder para salir del pequeño ghetto político a que de lo contrario se vería reducida la izquierda. Hay que tener presente que así como la socialdemocracia para arraigar en el panorama político europeo tuvo que hacer conexiones a las realidades de poder de su respectivos países, nosotros en este continente debemos hacer adecuaciones equivalente, pero distintas. Las hicieron quienes ingresaron a una coalición tan policlasista como el alfonsínismo, y se las deberá hacer para entenderse con un movimiento que, como el peronismo, seguirá por bastante tiempo teniendo caracteres poco atractivos para los ideólogos más exigentes. Saber apreciar el momento y el grado de estas convergencias actitudinales, que por cierto deben venir de ambas partes, es la tarea principal que debe ambientar una estrategia de la socialdemocracia en la Argentina.

La Ciudad Futura

Suplemento / 6

El estado y la "cuestión social"

Un conflicto de interpretaciones



El welfare state a la Argentina

Laura Golbert

El vertiginoso desarrollo de la seguridad social en los años del primer gobierno peronista, el tipo de beneficios otorgados, el aumento del gasto social e incluso el momento de su surgimiento han llevado a algunos analistas políticos a caracterizar el estado que resultó de este proceso como una subclase del Welfare State europeo. Ciertamente es posible encontrar algunas semejanzas entre muchos de los países europeos y la Argentina en lo que se refiere al modelo institucional de prestación de bienes y servicios ofrecidos por el estado al conjunto de la población. Pero, el concepto de Welfare State no puede limitarse a de un estado que provee cierto tipo de bienes y servicios; en su acepción más amplia este concepto alude a una forma de articulación entre democracia y capitalismo en el que se combinó un importante creci-

miento económico, el afianzamiento de grandes partidos de masas y el desarrollo de ciertas prestaciones de bienes y servicios fuera de la lógica del mercado.

En nuestro país el sistema político que se fue conformando a partir del gobierno peronista, las políticas económicas implementadas y las decisiones tomadas en materia de política social configuran una "combinación argentina" diferente de la que caracterizó el Welfare State europeo. La fuerte presencia de las corporaciones en la arena política junto con partidos débiles fortalecieron, en el plano de las políticas sociales, una lógica que privilegia a algunos y excluye a otros no corporativistas del acceso a los bienes y servicios sociales.

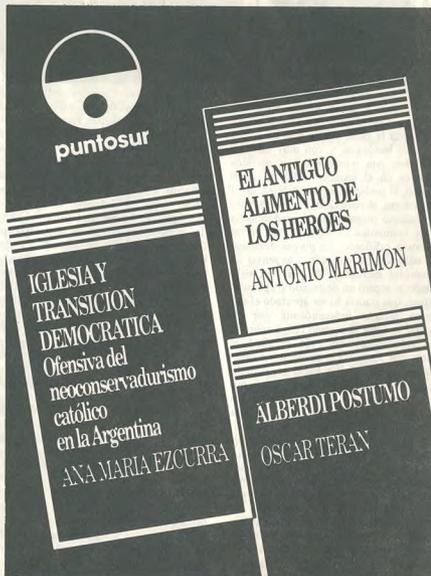
Muchos de los rasgos distintivos de este estado social surgido durante el peronismo se mantuvieron, e incluso se pro-

fundizaron, con los gobiernos militares y persisten hasta el presente. En efecto, hoy la Argentina comienza a transitar el camino de la democracia se encuentra con un sistema previsional, de salud, de educación, que enfrentan una grave crisis no sólo en su dimensión económica sino también con otros problemas derivados sin duda de la historia política de este país. Es por eso que hoy no basta conocer el monto del gasto o su distribución, sino que hay que dar respuestas a otras preguntas: ¿cómo "democratizar" la política social? ¿Cómo romper con el clientelismo que fue clave en la construcción de estas políticas en los últimos años? ¿Cómo terminar con las situaciones de privilegio?

Intentar una comparación con lo sucedido en otras latitudes puede ayudar a una mejor comprensión de esta crisis que compromete al bienestar de los argentinos.

El desarrollo del Welfare State en Europa

Para algunos autores el Welfare State fue el resultado — implícito o explícito — de un compromiso o pacto social. Desde la perspectiva de los trabajadores el costo de este acuerdo fue la aceptación de la lógica de la ganancia y del mercado como principios legítimos en la asignación de recursos. Para los empresarios este acuerdo significó conceder, además de in-



crementos de salario en paralelo con los aumentos de productividad, cierta seguridad en el empleo y derechos sindicales. Es el "derecho a crecer" —posible gracias a los postulados de la economía keynesiana— que transformó la "lucha de clases" en un conflicto institucionalizado centrado en la distribución.

A partir de la puesta en práctica de la ideología y de la maquinaria del welfare state, el bienestar del conjunto de la ciudadana se convirtió en el asunto concerniente a la política pública. En la quema ortodoxa, elevar los salarios o los servicios sociales equivalía a aumentar los costos de producción y dilapidar el capital. Para los keynesianos, por el contrario, la demanda efectiva es la que proporcióna la fuerza motriz de la inversión y el crecimiento. El incremento del gasto social, en la medida que podría influir en el aumento de la demanda efectiva, dejó de ser percibido como un gasto "superfluo" para pasar a ser un gasto "productivo". La intención de Keynes era demostrar la utilidad de una expansión del gasto público para promover la recuperación económica.

Este pacto permitió no sólo un crecimiento espectacular en los 20 años posteriores a la segunda guerra mundial sino que también aseguró la consolidación del régimen democrático. Tal conjunción entre un capitalismo y una burocracia fue posible no sólo por la implementación de medidas keynesianas sino también por el desarrollo de los partidos políticos de masas capaces de condensar múltiples y diversas demandas y de la competencia partidaria. Este capitalismo capaz de coexistir con la democracia es un capitalismo específico que se diferencia de otros modelos de la economía mediante el manejo de la demanda global, de transferencias y regulaciones de manera que la economía pierda su carácter espontáneo y autorregulador; la contingencia del mercado es inculcada en el estado comprometiendo cualquier actividad al margen de la ley y de bien absoluto. En definitiva, la lógica de cada pacto se introduce en el otro: la asignación de competencia en la política y la nominación autoritaria de recursos en la economía.¹

Welfare State a la criolla

¿Qué sucedía mientras tanto en la Argentina? Después de la segunda guerra mundial, el gobierno peronista desarrolló una original actividad en el campo de las relaciones laborales cubriendo un amplio espectro que abarcaba desde reformas generales hasta legislación de servicios sociales. Se estimuló la formación de nuevas entidades obreras, promovyéndolas de una ayuda técnica y legal necesaria y se otorgó atención preferencial a las reivindicaciones planteadas por las organizaciones formalmente constituidas. Se estableció la figura de la "personería gremial" conferida por el estado al sindicato más representativo de la rama y otorgó protección legal a los dirigentes sindicales en el ámbito de la empresa. O sea que el estado apoyó y alentó la constitución del actor sindical: otorgó la personería jurídica y gremial, garantizó el monopolio de la representación sindical, permitió su participación en la administración de los servicios sociales, etc. Pero al mismo tiempo ejerció una indudable función de control sobre el movimiento obrero. Este nuevo rol del estado interviniendo activamente en la relación obrero/empresario se expresa en el nuevo *statut* que asumen los convenios colectivos. El estado, a la vez que se convierte en el garante de la tramitación y

cumplimiento de los convenios, establece sanciones para las partes involucradas en caso de incumplimiento. Los convenios dejan de ser normados por el derecho privado y pasan a ser normados por el derecho laboral. Esta forma peculiar en que el movimiento obrero argentino, durante el gobierno peronista, obtuvo sus beneficios sociales, influyó para que éstos fueron visualizados como una obligación del estado más que como un derecho adquirido.

Por razones políticas, una muy escasa participación en el gobierno peronista.

Desde principios de siglo tanto la Sociedad Rural Argentina (SRA) como la Unión Industrial Argentina (UIA) se habían opuesto a la ampliación de la participación política popular y a toda legislación que redundase en la extensión de los beneficios de los trabajadores. La redefinición de la función social del estado que proponía el peronismo, así como la profundización de la intervención estatal en las relaciones obrero-patronales, fueron percibidas por las organizaciones empresarias como avances autoritarios sobre el poder empresarial.

Por su parte, para los sectores agro-exportadores, el peronismo era riesgoso por plantear un modelo de desarrollo industrial no subordinado a su hegemonía, mientras que para los grandes industriales el gobierno peronista constituyó una amenaza por sus medidas tendientes a fortalecer la organización y participación de sindicatos obreros. La UIA se lanzó a una más comprometida participación en el frente político antiperonista, la Unión Democática, llegando incluso a aportar fondos para la contienda electoral. La victoria electoral del peronismo en 1946 tuvo para ella consecuencias inmediatas. Sus filiales divididas en muchos grupos enfrentaban el carácter industrializador del peronismo y aquellos que ponían el acento en el avance obrero y del estado que este modelo implicaba. Por ello, algunos de sus miembros abandonaron a la institución y se acercaron al nuevo gobierno. Por su parte, el gobierno peronista, tras acusar a la UIA de haber violado su condición de entidad no política por haber aportado fondos a la campaña de la Unión Democática, la disolvió retirándole su personería jurídica, situación que se mantuvo hasta su derrocamiento. O sea, que el gobierno peronista no contó con un empresario de mediana participación como actor organizado en las reformas laborales propuestas por el justicialismo.

Sólo en 1952 el gobierno logró constituir una organización empresarial: la Confederación General Económica, diseñada para articularse como parte de una gran comunidad organizada de la que participarían grandes corporaciones de cúpula, representantes de intereses sectoriales y con una activa participación en la administración de las políticas públicas. En este esquema, lógicamente se desdibujó la participación de los partidos políticos.

Es decir que en los años del gobierno peronista no se constituyó este pacto que implícita o explícitamente estuvo presente en las democracias europeas ni tampoco se logró —ni se intentó— consolidar el régimen de partidos políticos. A la luz de los acontecimientos posteriores, estas diferencias parecen cruciales más allá de las similitudes tanto cronológicas como en el tipo de beneficios o monto del gasto o incluso en la implementación de medidas de corte keynesiano. En efecto, en esos años, además de un importante aumento del salario real, se

implementa una política de expansión de los beneficios sociales: la ampliación del sistema previsional al conjunto de los grupos ocupacionales, el otorgamiento de viviendas a los sectores de menores ingresos, etc. Los partidos políticos están señalando claramente un cambio cualitativo en la política destinada a mejorar la situación de la clase trabajadora.

Si se intenta caracterizar la política social peronista se podría decir que fue un curioso matrimonio entre un discurso de expansión de la participación de los universitarios y una práctica que terminó instituyendo privilegios corporativos sobre la capacidad de presión del sector social involucrado. A diferencia del modelo socialdemócrata, que propone la superación de esquemas corporativos de protección social por esquemas universalistas con el objeto de promover una amplia solidaridad entre los distintos grupos sociales y combatir así la segmentación de la sociedad impuesta por las corporaciones, la política social peronista se plasmó en la institución de beneficios particularistas. Así, por ejemplo, en el plano de la salud, al mismo tiempo que desde el Ministerio de Salud el doctor Ramón Gerraño proclamaba la necesidad de fortalecer la salud pública, desde el gobierno se favoreció el surgimiento de un sistema corporativo de salud: las obras sociales o el Welfare State a la criolla, como bien las calificó el mismo Gerraño. El origen de estas obras sociales puede rastrearse en las asociaciones de ayuda mutua de las colectividades extranjeras, las mutuales creadas por los sindicatos para atención de sus afiliados y las entidades vecinales de primer auxilio. Ambos modelos no eran compatibles: un sector público poderoso que garantizaba prestaciones de alta calidad para el conjunto de la población no podría coexistir con un sector de obras sociales con mucha más capacidad para captar recursos a partir de la contribución de sus asociados. Así, poco a poco, el sector público fue perdiendo recursos y poder mientras que las obras sociales crecían. Como, por otra parte, la estrategia de las obras sociales no fue desarrollar un sistema de prestadores propios sino que se asoció con el sector privado para atender a sus afiliados, el resultado, seguramente no deseado por el gobierno peronista, fue el crecimiento del sector privado en desmedro del sector público.

Los militares y la política social

¿Qué sucedió con la política social en los años posteriores a la caída del peronismo? Si bien el sistema democrático los bienes y servicios sociales forman parte de una negociación política entre el gobierno y la sociedad civil, en la Argentina la inestabilidad del régimen democrático, la sucesión de regímenes militares y civiles les confirió a este intercambio características específicas.

En los años inmediatos posteriores a la caída del gobierno peronista no se observó un cambio significativo en la política social. En el área previsional, por ejemplo, la llamada Revolución Libertadora no sólo no anuló los beneficios sociales otorgados sino que extendió la cobertura a los trabajadores rurales y al servicio doméstico. La reglamentación del régimen de asignaciones familiares también es de este período.

Pero la exclusión del peronismo como partido político, junto con la presencia de una dirigencia sindical que muchas veces ocupó su lugar en el escenario po-

lítico y la alternancia de gobiernos civiles y militares con el consiguiente debilitamiento del sistema de partidos, influyó, sin duda alguna, en la orientación de la política social. La ausencia de un debate público en que los partidos políticos como representantes del conjunto de la ciudadanía en la elaboración de la política social se hizo particularmente notorio con la sanción de la ley de obras sociales, decisión que afectó a más de 20.000.000 de personas. Con la sanción de esta ley, que entró en vigencia el 1 de octubre de 1961, el gobierno peronista —por el general Onganía se propuso "dar cobertura a los sectores que aún no se encuentran amparados por ninguna obra social", sanear las dificultades financieras de muchas de ellas y establecer normas generales a las que deberán ajustarse para su financiamiento. La promulgación de la 19610, al institucionalizar a las obras sociales, produjo cambios importantes en la organización médico-asistencial. La incorporación de este actor al sistema de atención médica trajo aparejada una mayor estratificación de la demanda en relación al modo de atención en el caso del sector público con el privado. Como dijo el entonces ministro de Bienestar Social, Francisco Manrique, esta ley permitió la existencia de un sistema de salud integrado por tres subsectores: un sector privado para los ricos, el sector de obras sociales para los trabajadores y el sector público para los pobres. Por otra parte, la importante masa de recursos transferidos a los sindicatos en virtud de esta ley no sólo contribuyó a los mismos un rol estratégico en las decisiones en materia de salud sino que aumentó el poder de los sindicatos de la dirigencia sindical en todos los órdenes. ¿Qué razones llevaron a un gobierno calificado de antipopular, como el de Onganía, a sancionar esta ley? El cordobazo, junto con otros movimientos sociales que se dieron simultáneamente en distintas regiones del país, fueron, sin duda, de importancia crítica en el desarrollo de los acontecimientos políticos de esos años y resultan dadas claves para entender el comportamiento del gobierno, incluso en el campo de las políticas sociales. La normalización de la CGT, la convocatoria a convenciones colectivas junto con la sanción de esta ley de obras sociales, pueden ser interpretadas como medidas tendientes a reducir la tensión social y romper el aislamiento político del gobierno. Pero, la ley de obras sociales no fue sólo el resultado de determinadas circunstancias políticas inmediatas; su orientación se corresponde con ideas prevalecientes en el discurso ideológico de ese gobierno. En todo caso, estas circunstancias apuraron el "tiempo social" pregonado por el ogañato y lo llevaron a negociar con los sindicatos "participacionistas". Ya en diciembre de 1967 el general Onganía había expresado su aspiración de gobernar "con los partidos políticos" con las organizaciones de los empresarios y de los trabajadores: los "organismos de la comunidad" debían encontrar un equilibrio de manera que ningún sector pueda abusar del "otro" y de esta manera alcanzar el "bien común".

En el sistema previsional también se hizo sentir el efecto corporativo. Pese a la reforma previsional llevada a cabo también durante el gobierno de Onganía y que tuvo como uno de sus objetivos explícitos eliminar los privilegios buscando que el conjunto de los trabajadores recibieran beneficios equivalentes con las mismas obligaciones, muy rápidamente surgieron excepciones para determinados grupos. Los primeros beneficiarios fueron los magistrados y funcionarios del Poder Judicial, luego los jueces de la Suprema Corte, y más tarde, en 1972, otra ley incorporó al personal de la Presidencia de la Nación al régimen previsional de la Caja de Retiros que ya tenían un régimen

preferencial. Obviamente, también los militares tenían instituido un régimen de privilegio en materia previsional cobrando, en la pasividad, el 100% de su sueldo. Los compromisos políticos y el poder relativo de los grupos cubiertos explican el surgimiento de este trato preferencial en materia previsional.

Al mismo tiempo que la ausencia de los partidos políticos en las decisiones de política social favoreció una negociación particularizada del gobierno con las corporaciones dando lugar a regímenes de preferencia u otras situaciones de privilegio, se observa, en estos años, una caída de la participación del salario real en el producto nacional. En 1982 la participación del salario en el ingreso había caído un 73% en relación a 1940². Es probable que la interrupción de las convenciones colectivas de trabajo —debido a la instalación de gobiernos militares— haya incidido en esta caída. Lo cierto es que, mientras que en Europa los trabajadores se beneficiaron con los aumentos de productividad, en la Argentina el sector trabajador fue perdiendo su participación en la distribución del ingreso. En esta línea, mientras en Europa la política social era fruto de una negociación en la que participaban el estado, los partidos políticos y las asociaciones intermedias, en la Argentina la política social era el resultado de una negociación "bilateral" entre el gobierno y los representantes gremiales sin participación de los partidos. En este tipo de negociación lógicamente ganan aquellos que tienen mayor capacidad de presión sobre el estado. El resultado es un sistema de seguridad social en el que, junto con situaciones de privilegios, existe un amplio sector de la población sin ninguna protección social.

La crisis de la seguridad social

Hoy la mayoría de los sistemas de seguridad social en el mundo capitalista están en crisis. El excesivo

costo de la seguridad social, la generación de una pesada e ineficiente burocracia, un exceso de demandas sobre el estado que ha desencadenado una especie de inflación política, el envejecimiento de la población y la propia maduración de estos sistemas que provoca una caída en la tasa de sostenimiento —realtando entre beneficiarios y cotizantes— dificultando su financiamiento, son algunos de los temas que preocupan tanto a los científicos sociales como a los políticos de los países desarrollados.

Pero mientras que en los países desarrollados esta crisis ha provocado un profundo debate, las circunstancias políticas de los últimos años y el silencio impuesto sobre determinados temas por los gobiernos militares, ha postergado esta discusión. Se abandonó incluso la elaboración de información básica, confiable, sistemática que permita contar con un diagnóstico preciso de la crisis actual a lo que se agrega, aún hoy, la retención de ciertos funcionarios a hacer pública la poca información existente.

Esta falta de información, sumada a una legislación a la que en algunos aspectos se puede calificar de anárquica e incluso a razones que se remontan a los mismos orígenes de la seguridad social, refuerza una cierta "cultura" acerca de lo que podría llamarse el bienestar de los argentinos. Por un lado, la legislación previsional vigente, el famoso 82% móvil, ha generado en la gente la creencia de que los aportes por ellos realizados durante la vida activa son suficientes para recibir un beneficio previsional, durante un tiempo indeterminado, equivalente al 82% móvil de su salario. En consecuencia, creen estar en su legítimo derecho al hacer este reclamo. Su razonamiento es que el sistema funciona como un régimen de capitalización individual: este esquema supone la constitución de un capital formado con la acumulación que el individuo hace a lo largo de su vida laboral y que recupera al final de ésta. Sin embargo, ya hace mucho tiempo que el sistema previsional funciona como un régimen de reparto. Un régimen de

reparto se financia con el aporte de la clase trabajadora en actividad; estos ingresos se distribuyen entre la clase pasiva. Se trata entonces de una suerte de pacto intergeneracional. Establecer una relación con el salario, como dicen las leyes, sólo es posible cuando el sistema recién se inicia, porque eran más los aportantes que los beneficiarios. Hoy la maduración del sistema, el envejecimiento de la población, mas problemas financieros, hacen que este 82% sea más una utopía que una posibilidad.

En la visión que la mayoría de los ciudadanos tienen de las obras sociales también incide fuertemente su historia; la presencia sindical legítima a este sector imposibilitando cualquier cuestionamiento de fondo pese a la crítica situación por la que hoy atraviesan las obras sociales.

Consecuencia de esta situación es que hoy los partidos políticos, las corporaciones, los ciudadanos tienen sólo vagas nociones de lo que sucede con la seguridad social. Esta percepción de la crisis se refleja en las propuestas que los distintos grupos políticos y sociales han elaborado para enfrentarla y que se limitan a una simple "cosmética", a aumentar la edad de jubilación o incrementar los aportes destinados a las obras sociales o a soluciones tan drásticas e inviables como no pagar la deuda externa para contar con los recursos necesarios a los efectos de enfrentar la deuda social.

Pero si en Europa, por el grado de desarrollo alcanzado, quizá sea posible apilar con "retroques", algunas de las dificultades por las que hoy atraviesa la seguridad social, la dimensión de la crisis argentina requiere soluciones más radicales. Tomemos por caso el sistema previsional. En esta área, en la mayor parte de los países industrializados existe, igual que en la Argentina, innumerables situaciones de privilegio. Pero, en nuestro país, la inequidad más flagrante no es sólo que los militares, diputados o senadores y jueces cobren el 100% de su sueldo en actividad, mientras que los haberes del 80% de los jubilados no alcanzan al 40% de sus salarios, sino que el 30% de la población en edad de jubilarse no logra acceder al bene-

ficio jubilatorio. Esta situación de total desprotección se da, sobre todo, en las provincias más pobres.

En otras áreas nos encontramos con las finanzas de la seguridad social. La inflación, los bajos salarios, los sueldos con déficit absoluto de vivienda, una deserción escolar que aumenta año a año y más del 25% de la población que carece de cobertura médica.

La situación económica por la que hoy atraviesa el país incide negativamente en las finanzas de la seguridad social. La inflación, los bajos salarios, los sueldos con "negro" y la caída del empleo asalariado junto con el aumento del cuenta propio y del trabajo precario han contribuido a profundizar las dificultades de un sistema cuyos recursos provienen, fundamentalmente, de aportes calculados sobre salarios efectivamente pagados. Los altos niveles de evasión que hoy muestra el sistema, además de aumentar sus problemas financieros, están señalando la ausencia de un pacto solidario imprescindible para el desarrollo de los programas sociales. El pago de la deuda externa, con las restricciones presupuestarias que ello significa, termina de perfilar una situación cada vez más latinoamericana que europea.

Es en este marco que la responsabilidad social del estado se agiganta. No se trata sólo de aumentar el gasto o distribuirlo mejor. Se trata, en el contexto de la Argentina actual, de concertar, finalmente, un compromiso social.

¹ Este argumento ha sido desarrollado por Claus Offe, *Contradictions of the Welfare State*, London, Hutchinson, 1984.

² Juan Michel y C. Sanchez, "Los determinantes del salario en la Argentina", revista *Estudios* núm. 29, enero/marzo de 1984.

Editorial PAIDOS

PAIDOS COMUNICACION

GRUPO M : RETORICA GENERAL.
TH. A. SEBOK Y OTROS: SHERLOCK HOLMES Y CHARLES S. PEIRCE. El método de la investigación
R. BARTHES: EL SUSURRO DEL LENGUAJE. Más allá de la palabra y la escritura
N. CHOMSKY: LA NUEVA SINTAXIS. Teoría de la recepción y el ligamiento
J. MARTINEZ ABADIA: INTRODUCCION A LA TECNOLOGIA AUDIOVISUAL. Televisión, video, radio.

INSTRUMENTOS

O. CALABRESSE: EL LENGUAJE DEL ARTE
M. WOLF: LA INVESTIGACION DE LA COMUNICACION DE MASAS
G. STEFANI: COMPENDER LA MUSICA

PAIDOS ESTETICA

O. SCHELMMER: ESCRITOS SOBRE ARTE: PINTURA, TEATRO, DANZA, CARTAS Y DIARIOS
R. FRY: VISIÓN Y DISEÑO
M. RONCAYOLO: LA CIUDAD

STUDIO BASICA

R. WUTHNOW Y OTROS: ANALISIS CULTURAL. La obra de Peter L. Berger, Mary Douglas, Michel Foucault y Jürgen Habermas
B. RUSSELL: INTRODUCCION A LA FILOSOFIA MATEMATICA
C. LEVI-STRAUSS: TRISTES TROPICOS

Alianza EDITORIAL

NOVEDADES

- JUAN JOSE SAER
LA CAJETA DE LOS NIÑOS
(Premio Nadal 1987) 256 pgs.
— JORGE LUIS BORGES
BIBLIOTECA PERSONAL (Prólogo)
138 pgs.
— TULLIO HALPERIN DONGHI
HISTORIA CONTEMPORANEA DE AMERICA LATINA
490 pgs. (2a. reimpr.)
— WILLIAM GOLDING
EL SEÑOR DE LAS MOSCAS
240 pgs. (3a. reimpr.)

Libros de Edición Argentina

DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO
DISTASA
Av. Córdoba 2064 - BUENOS AIRES

Contra el estado pobre para los pobres

Emilio Tenti

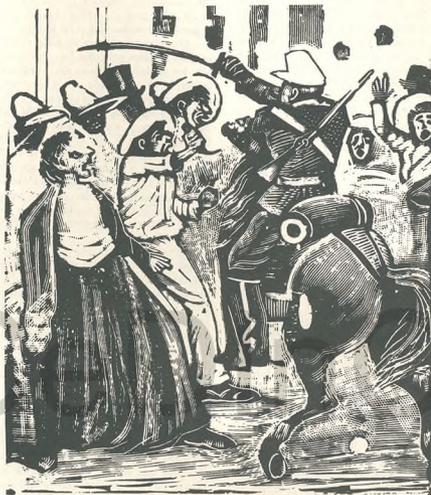
Una de las principales características de cualquier ideología en ascenso consiste en tener una respuesta para todo. No hay aspecto de la vida nacional para el que los neoliberales vernáculos no tengan una explicación y una solución. Como manera de pensar el estado, la política y las relaciones con la sociedad civil, el discurso neoliberal nos propone una visión del problema social y una estrategia de intervención. No se trata de novedades absolutas, pero tampoco es la redición lisa y llana de las viejas visiones y de las viejas recetas.

La redefinición de la idea del derecho social

Lo primero que se pone en tela de juicio es la validez misma del concepto de derecho social. Es preciso recordar que el discurso sobre los derechos sociales, tal como hoy lo conocemos, no tiene cabida en la lógica del liberalismo jurídico de la etapa fundacional del estado capitalista moderno. El esquema jurídico liberal establece una clara distinción entre la esfera del derecho y la esfera moral. La ayuda social no obedece a un derecho del indigente sino que es un deber moral de aquél que está en condiciones materiales de ayudar. La ayuda social no es materia de derecho. Nadie está obligado (en el sentido del derecho positivo) a hacer el bien. Sólo se está obligado a no causar daño y a cumplir con los contratos libremente acordados. Esta es la racionalidad que da sentido a las primeras intervenciones estatales en materia social, tal como la institución de la beneficencia pública clásica.

El concepto de derecho social vino a romper con este paradigma en virtud de una serie de procesos sociales, económicos y políticos propios del desarrollo de las sociedades capitalistas occidentales (expansión de los derechos civiles, políticos y sociales del ciudadano moderno). Tal como fueron establecidos y aun en sus expresiones formales en las constituciones y leyes de muchas sociedades, los derechos sociales no tienen límites. En casi todos los casos se presentan como una formulación abierta y sin adverbios limitativos. De este modo se proclama el derecho a la educación y no a la educación básica, a la vivienda y no a la vivienda mínima, etc. Son expresiones del derecho a la vida y difícilmente se pueda encontrar un argumento para justificar un recorte o un techo a cada uno de los derechos sociales específicos. En efecto, técnicamente, ¿dónde termina el derecho a la salud o a la educación o la vivienda? Pese a ello, junto con la crisis económica, proliferan las representaciones contemporáneas acerca de los "mínimos de bienestar", las "necesidades básicas", etc. De esta manera, los límites objetivos y materiales a la realización efectiva de los derechos proclamados se encuentran ahora en límites técnicos, argumentados, explicitados y sustentados en el pragmatismo, el realismo y que además sirven para definir políticas e intervenciones concretas.

Entre otras cosas, se pone en cuestión el concepto de estado benefactor, res-



Persistencia y expansión de la pobreza

Más allá del conflicto de las interpretaciones, la pobreza es un fenómeno que se expande y reproduce a lo largo y ancho de todo el continente latinoamericano. Desde 1981 la situación empeora a raíz de las políticas de ajuste implantadas en la región, para hacer frente a las exigencias de la deuda externa. Como resultado, durante el período 1980-1985 la tasa de crecimiento de la economía fue de sólo 0,4% anual, lo que equivale a una disminución del ingreso por persona de 1,8% al año.

A lo anterior se agrega, como sucede siempre en un momento de escasez, una exacerbación de la lucha social por la apropiación de los recursos. En este contexto la distribución del ingreso se vuelve más desigual. En América Latina se estima que entre 1980 y 1986 el ingreso real por habitante cae al 14%. Esta caída en el promedio esconde el fenómeno de la concentración de la riqueza en manos de algunos sectores mejor situados en la pirámide social, lo cual supone un empobrecimiento de la ya difícil posición de los más desfavorecidos. El re-

sultado es un sensible crecimiento de la población estadísticamente definida como pobre. En efecto, la CEPAL (Comisión Económica Para América Latina, de las Naciones Unidas) estima que a principios de la década de los 70 el 39% de la población latinoamericana no alcanzaba la "línea de la pobreza", o lo que es lo mismo, no disponía de los recursos que requiere una familia para satisfacer sus necesidades básicas. Este porcentaje bajó al 37% en los comienzos de esta década, pero, en 1985 el porcentaje vuelve a situarse en el 39%. En términos absolutos, los 120 millones de pobres de 1970 se convierten en 160 millones en 1985.

En la Argentina, el ya "clásico" estudio publicado por el INDEC (Instituto Nacional de Estadística y Censos) en 1983 indica que el 27,7% de la población vive en hogares que tienen necesidades básicas insatisfechas (son "pobres" según los criterios establecidos por el INDEC). La situación es más grave en las zonas rurales. Allí casi la mitad de la población (48,9%) es tipificada como pobre.

ponsable de la realización de los derechos sociales para el conjunto de la población. En sus versiones contemporáneas más radicales, los liberales discuten la propia idea de justicia social como resultante de una acción colectiva socialmente discutida e impulsada desde el estado. Para Hayek, venerado teórico de la derecha moderna, sólo la inmadurez de algunas mentes humanas puede explicar la creencia de la posibilidad de reemplazar los procesos productivos y distributivos impersonales y "naturales" por una acción humana deliberadamente organizada en función de criterios morales específicos.

Los liberales vernáculos no proponen una total atención del estado respecto del problema social aun cuando puede inferirse de la lógica misma de sus propuestas que la intervención prevista no tiene mucho que ver con la lógica del derecho social y las vías supone un "revivir" de las más viejas concepciones de la beneficencia y asistencia pública como deber moral para con los pobres y necesitados.

La nueva significación que se propone para la intervención social del estado se asienta de una crítica y una constatación. La primera se refiere a la incapacidad crónica del estado para beneficiar efectivamente a los más necesitados. La constatación se refiere a la escasez de recursos en manos del estado para fines de bienestar. La propuesta se resume en la consigna de eficiencia y focalización.

El programa neoliberal: bienestar de estado sólo para pobres

La crisis económica induce a una revisión de los esquemas clásicos de percepción del problema social y de las estrategias adecuadas de intervención. Desde la derecha del espacio político se perfila en forma cada vez más sistemática una serie de propuestas de políticas basadas en un replanteo del papel del estado en relación con el desarrollo social.

Se argumenta, no sin razón, que el gasto social en varias áreas de necesidades no afecta en forma igualitaria a todos los destinatarios ideales. Existen múltiples evidencias que indican que en muchos casos es especial de un recurso clave como el poder) los que más se beneficiaron con los programas distributivos del estado. Los más pobres y carenciados muchas veces carecen hasta de los recursos mínimos para hacerse oír, para expresar sus demandas, para presionar con éxito ante el estado y para apropiarse de los recursos distribuidos mediante políticas públicas. En síntesis, con frecuencia, los usuarios reales no son los usuarios ideales de los programas de ayuda social. ¿Cuál es el problema? ¿Qué es lo que explica esta incapacidad de llegar a los más necesitados?

La respuesta que se ofrece es aparentemente sencilla y contundente: no se beneficia a los más necesitados porque, en general, los programas tienen una lógica y a veces hasta una vocación universalista (por ejemplo en el caso de la escuela

primaria). En otra palabra, son programas dirigidos a todos los ciudadanos, sin discriminaciones o exclusiones. Como quieren llegar a todos sólo alcanzan a una minoría. Y ésta no está compuesta, salvo excepciones, por los más necesitados. Como siempre, el diagnóstico contiene una solución.

El discurso neoliberal en política social insiste en la crítica del principio del universalismo, al menos tal como se lo entendió hasta ahora, esto es, relacionado con la idea de derechos sociales, igualdad y justicia social. Nuevamente la crisis como escasez y el realismo como virtud suprema vienen en ayuda de la argumentación. En un contexto de escasez que al menos en el corto y mediano plazo se presenta como un dato inconvertible, desde ciertos campos intelectuales se tiende a desarrollar el discurso eficientista, centrado en la adecuación de los fines a los medios disponibles, o lo que es lo mismo, las demandas sociales a las capacidades del sistema. Una vez más se escamotea el problema político presentándolo como problema técnico. En consecuencia, la tarea inmediata consiste en volver "razonables" las demandas de la mayoría.

Cuando esta estrategia persuasiva no logra resultados y si las relaciones de fuerza no lo impiden, siempre queda el recurso a la represión. Las demandas tienden a crecer en forma directamente proporcional con la escasez de recursos. Mayor es la escasez y mayores son las necesidades y demandas de la población. Todo sucede a la inversa del deseo de los técnicos guardianes de la racionalidad y la eficiencia del sistema. En la medida en que la crisis económica se traduce en una disminución de la masa total de recursos disponibles y si éstos tienden a contentarse en pocas manos, las necesidades de los desposeídos tenderán lógicamente a incrementarse. De este modo se agrandan las necesidades de los desempleados, los subempleados, los asalariados de más bajos ingresos, etc. Los pobres "desde siempre" y los "empobrecidos". Cada uno a su manera, harán oír sus voces limitadas por sus capacidades expresivas y organizativas y reivindicarán con mayor intensidad sus derechos "sociales y humanos". Este desajuste cada vez más llamativo entre necesidades y recursos puede adquirir diversas significaciones. Se instaura entonces una lucha por la imposición de las demandas legítimas. Cada sector en conflicto tenderá a clasificar como irracionales e ilegítimas a las demandas de los otros.

A su vez, la racionalización de las intervenciones redistributivas del estado apela a otros procedimientos. Entre otras cosas, hacen a la eficiencia del gasto (sistemas de información, evaluación, etc.) se insiste en una recomendación explícita: la focalización de las asignaciones de bienes y servicios ejecutadas por el Estado. ¿Qué quiere decir esto? En principio significa que las intervenciones redistributivas del Estado deben ser dirigidas a los más necesitados de la población, o sea sobre los pobres, tal como son definidos a partir de una operación técnica relativamente arbitraria (como todas las clasificaciones) realizada por especialistas.

Sin embargo este interés por "legar" a los más necesitados se ha limitado a sí mismo. Su significación va a variar según cuál sea el contexto donde estas acciones se inscriben. Al respecto es preciso estar alerta acerca de los peligros implícitos en una manera poseída de entender la "focalización".

No se trata, entonces, de oponerse a la idea genérica de beneficiar a los más necesitados con las intervenciones de política social, sino de cuestionar una estrategia que cree encontrar el problema y la solución en el plano de los "instrumentos" de política social. Si los programas no llegan a los más pobres, perfeccionemos los programas, apuntemos mejor a la "población objeto". Por último confeccionemos programas "a la medida" de los pobres, pero excluyamos a los otros. Esta exclusividad proclamada parece conspirar contra la clásica aspiración al universalismo propia de ciertos sistemas clásicos de prestación de servicios. En la Argentina, el sistema educativo del estado es el que más se acerca a este modelo: aplicarse a otros sectores homogéneos (y con vocación homogeneizadora de formación del ciudadano) de producción de servicios, sin una clientela particular sino dirigido al conjunto de los habitantes del país. En aras del "no intervencionismo del estado" y de la necesidad de concentrar la acción educativa pública sobre los más pobres en forma exclusiva, se han elaborado propuestas explícitas de sus niveles. La educación estatal gratuita sólo tendría como destinatarios a los pobres. Los demás se proveerían del conocimiento en el mercado. La misma lógica debería aplicarse a otros sectores proveedores de satisfactores básicos. De esta manera, los programas estatales podrían beneficiar a quienes realmente necesitan.

Algunos interrogantes

La estrategia de focalización y racionalización de las políticas sociales supone una doble operación. Por un lado se trata de afinar la puntería sobre las poblaciones más carenciadas, excluyendo de los sistemas estatales de distribución de bienes y servicios a los sectores medios y altos de la población o bien exigiéndoles el pago de un precio para acceder a los bienes del estado. Por otro lado, la focalización se refiere al campo de los sujetos que en forma legítima pueden aspirar a las asignaciones en forma gratuita, y cons-

La pobreza del estado

En la Argentina existe una forma de hablar de la crisis nacional asociada con una propuesta de política social que es preciso identificar y analizar en forma crítica. Esta forma de hablar social es también una crisis del estado. En forma extremadamente esquemática esta visión se asienta en los siguientes enunciados básicos:

a) el estado argentino contemporáneo sufre una fuerte pérdida de ingresos en la medida en que se han agotado sus fuentes clásicas (impuestos a las exportaciones, impuestos directos, superávit de los sistemas de seguridad social, endeudamiento interno y externo, emisión monetaria, etc.). El estado actual es un estado pobre (o empujado) real. Sean cuáles fueren las explicaciones que se propongan para reducir cuentas de la situación, la misma constituye un hecho que se presenta, al menos en la coyuntura y futuro cercano, como un dato inmodificable. Cualquier duda que se tenga al respecto es inmediatamente tildeada de voluntarismo ideológico (punto, pretensión utópica, etc.).

b) la insolencia del estado contrasta con la tendencia a la expansión del gasto público como resultado de una "sobredemanda" social. La vieja y clásica distinción constitucional (defensa con la defensa exterior, la seguridad interna, la justicia y la administración de los actos de gobierno está ahora acompañada por una fuerte demanda por garantizar la producción

y acumulación de capital (desarrollo económico) y por las crecientes demandas de progreso social asociadas a la fuerte expansión de la ideología e institucionalización de los derechos sociales (a la salud, la educación, la vivienda, la cultura, el esparcimiento, etc.).

Insolencia del estado y demandas sociales diversas y crecientes configuran la crisis del estado. Éste, por lo tanto se define como crisis fiscal del estado.

Esta definición de la crisis sugiere una política. Toda visión de las cosas es al mismo tiempo una previsión. No es una mirada exclusivamente (e incoherentemente) descriptiva sino que al mismo tiempo prescribe acciones e intenciones. La solución de esta crisis pasa por el ajuste del gasto público dado que desde esta posición se considera que en aras del "realismo" es prácticamente imposible incrementar los recursos a disposición del Estado.

Puesto que ciertos gastos del estado son "esenciales" para realizar cosas como justicia, administración, seguridad pública, etc.) los subsidios a los sectores económicos y el gasto "social" son las variables de ajuste preferidas. Para redimensionar los subsidios al capital privado (en sus diversas formas) habrá que reducir los subsidios a los grupos económicos beneficiados. En cambio, la reforma del gasto social se ubica aparentemente en un frente más "blandito" y que ofrece menores resistencias.

Existen muchas razones para dudar del éxito de esta pretensión en la medida en que los sujetos clasificados por el experto en cosas sociales no son como los objetos clasificados por los científicos constructores de taxonomías zoológicas y botánicas. En el mundo social el procedimiento es mucho más complejo en la medida en que los sujetos clasificados son a su vez sujetos clasificadores y porque existe una lucha permanente entre distintos principios de clasificación y por lo tanto de construcción de límites entre grupos. De esta manera lo que para uno son "pobres" para otros son "dominados", "explotados", "trabajadores", "proletarios", "pueblo", etc. Si esto es así, es difícil imaginarse al experto y a la institución donde ejerce su práctica como árbitros o espacios neutros, "objetivos" e imparciales, productores de clasificaciones y taxonomías. En consecuencia, la tensión al monopolio del derecho de clasificación puede entonces resultar bastante ingenua si no se toma en cuenta el hecho de la existencia de una lucha social por la construcción de los grupos y los actores colectivos.

Es famosa "población objeto" de los expertos en planificación de programas sociales no es tan fácilmente identificable. Los "pobres" o "carenciados", o como se los llame, no son en verdad objetos pasivos, sino que también tienen intereses y definiciones propias que no necesariamente coincidirán con las construcciones administrativas y técnicas desde los organismos responsables de la gestión de programas sociales. El mismo razonamiento vale a la hora de establecer un corte en el grado de necesidades a satisfacer.

Por otro lado es a todas luces legítimo reivindicar por el conjunto de la población la satisfacción de aquellas necesidades delimitadas por los sujetos que son imperativas para la reproducción de la vida y la propia constitución del individuo como sujeto social. Desde este punto de vista existen situaciones de carencia que ofenden a la conciencia moral de la época que de ninguna manera pueden expresarse (y justificarse) en términos de escasez de recursos o de prioridades. La sociedad argentina es lo suficientemente rica como para disminuir radicalmente la mortalidad infantil o para eliminar el hacinamiento, las viviendas de precariedad extrema, el analfabetismo y las condiciones ambientales de riesgo. En consecuencia, estos casos exigen los recursos materiales y tecnológicos suficientes.

Pese a lo anterior la definición misma

de "lo básico" en materia de necesidades (y de insatisfechas) no deja de ser problemática.

Por ello es lógico preguntarse cómo se establecen estos límites en la población y en las necesidades a cubrir. ¿Quiénes definen la frontera entre los destinatarios legítimos de la ayuda social y quiénes no son? ¿Qué grado de institucionalización y formalización se le asignan a estas tipificaciones? ¿Qué elementos serán tomados en cuenta como elementos distintivos y definitorios de la pobreza? ¿Cómo se establecerán los umbrales constitutivos de "lo básico" en materia de alimentación, conocimiento, salud, vivienda, etc.? ¿Cómo hacer para legitimar estos límites objetivamente arbitrarios y volverlos reales y eficaces? ¿Quiénes poseen la autoridad (en el más amplio sentido de reconocimiento) para establecer estas distinciones? ¿Bastan la autoridad de los expertos y la legitimidad de las instituciones "científicas" para realizar con éxito estas operaciones cargadas de consecuencias sociales?

El problema de la construcción social de la pobreza y de las necesidades legítimas adquiere una importancia estratégica fundamental en la perspectiva de la focalización. De hecho pareciera existir una cierta predisposición teórica para en confiar a los expertos la tarea de enunciar "con autoridad" los límites entre los grupos o las clases constitutivas de la población del país. El experto moderno reivindicaría así ese poder soberano que en el mundo romano era propio del censor, como responsable de llevar a cabo las operaciones de clasificación de los ciudadanos según su fortuna, atribuyéndose de esta manera un poder constitutivo capaz de hacer existir las divisiones del mundo social en las condiciones y en las cosas.

Existen muchas razones para dudar del éxito de esta pretensión en la medida en que los sujetos clasificados por el experto en cosas sociales no son como los objetos clasificados por los científicos constructores de taxonomías zoológicas y botánicas. En el mundo social el procedimiento es mucho más complejo en la medida en que los sujetos clasificados son a su vez sujetos clasificadores y porque existe una lucha permanente entre distintos principios de clasificación y por lo tanto de construcción de límites entre grupos. De esta manera lo que para uno son "pobres" para otros son "dominados", "explotados", "trabajadores", "proletarios", "pueblo", etc. Si esto es así, es difícil imaginarse al experto y a la institución donde ejerce su práctica como árbitros o espacios neutros, "objetivos" e imparciales, productores de clasificaciones y taxonomías. En consecuencia, la tensión al monopolio del derecho de clasificación puede entonces resultar bastante ingenua si no se toma en cuenta el hecho de la existencia de una lucha social por la construcción de los grupos y los actores colectivos.

Es famosa "población objeto" de los expertos en planificación de programas sociales no es tan fácilmente identificable. Los "pobres" o "carenciados", o como se los llame, no son en verdad objetos pasivos, sino que también tienen intereses y definiciones propias que no necesariamente coincidirán con las construcciones administrativas y técnicas desde los organismos responsables de la gestión de programas sociales. El mismo razonamiento vale a la hora de establecer un corte en el grado de necesidades a satisfacer.

Entre el asistencialismo y el populismo

Todo parece indicar que este proyecto de

La calidad en peligro

Pese a las buenas intenciones es preciso analizar algunas consecuencias probables de la estrategia de "focalización" en las prestaciones sociales sobre los grupos "más pobres" de la población. En realidad, se trataría de la acentuación de un sesgo ya presente en los sistemas actuales. En efecto, es bien sabido que la calidad de los servicios (y de los productos) está fuertemente asociada a las características socioeconómicas de la clientela. Todos saben que las escuelas en zonas desfavorecidas (del campo y de la ciudad) son las peor dotadas en materia de infraestructura edilicia, didáctica, etc. y que por lo general no son precisamente las más "apetecidas" por los maestros, los cuales tienden lógicamente a preferir contextos de trabajo más "fáciles" y ventajosos. De este modo, se consideran socialmente "preferidos" los establecimientos educacionales situados en zonas urbanas y frecuentados por niños de clases medias y altas. Lo mismo puede decirse de la jerarquización de otros servicios sociales, tales como la salud, el deporte, etc.

En el campo de los servicios personales tales como la salud o la educación, los receptores no son simples usuarios pasivos, receptores de un producto sino que contribuyen inevitablemente a la producción del servicio. En realidad no se "recibe" un servicio personal, sino que se lo produce conjuntamente con otros agentes especializados. De hecho, no hay educación sin curación sin la cooperación explícita del aprendiz o del paciente. El público también hace a la calidad del servicio. La misma dependerá también de la "calidad" de la contribución del beneficiario. Ahora bien, no todos los individuos están igualmente dotados de recursos, en los diversos sentidos del concepto (materiales, conocimiento, tiempo, etc.) como para "invertirlos" en la producción de los servicios necesarios para la reproducción de la vida. Esta desigualdad de aporte ex-

plifica los resultados desiguales producidos por sistemas institucionales de prestación (escuelas, hospitales, etc.) dotados de iguales recursos. Pero ni siquiera ésta es la situación más frecuente, en la medida en que los peores recursos se orientan hacia los más necesitados, reproduciéndose de esta manera ese famoso "efecto Mateo" de las políticas distributivas ("Al que tiene se le dará y tendrá en abundancia al que no tiene, se le quitará lo poco que tenga"; *Evangelio según San Mateo*). En otras palabras, se le da más que más posibilidades de obtener.

Este efecto desigual de las políticas públicas directamente dirigidas al bienestar de la población se puede ver forzado (y legitimado) por el recorte que explícitamente se proclama en materia de niveles de necesidad. Si éstos se limitan a lo "básico", lo "primario", lo "elemental" o lo "mínimo" y además se reivindica el uso de estrategias y tecnologías no convencionales se puede llegar a sacrificar la calidad en pos de una mayor cobertura y maximización de la relación insumo/producto. En parte éste es el peligro que encierran los discursos que aconsejan la expansión de los sistemas denominados "no formales" o "informales" y también el uso indiscriminado y acríptico de tecnologías "intermedias", "tradicionales", "populares", "alternativas", etc., tan frecuentes a la hora de definir políticas de salud, vivienda o de educación para los sectores socialmente subordinados. La experiencia indica que, más allá del valor en sí que estas metodologías de intervención puedan tener (en especial como remedio al uso indiscriminado de tecnologías complejas y costosas), de hecho pueden terminar produciendo serios problemas que no competen en calidad con los que brindan los sistemas "formales" usados para atender las necesidades de los sectores más favorecidos de la población.

otro actores. El asistencialismo, tan ampliamente enraizado en la administración del Estado, degenera rápidamente en la limosna y la dádiva instaurando una dañina relación asimétrica entre asistente y asistido. El asistencialismo puede ser eficaz como estrategia de control social, pero es completamente negativo si se lo juzga a la luz de los valores deseados de justicia e igualdad.

Para escapar de esta opción es preciso definir en favor de la lucha por la redistribución de los recursos sociales estratégicos (económicos, expresivos, políticos, etc.) Esto, obviamente, excluye de los alcances de las clásicas intervenciones puntuales sobre el fenómeno de la pobreza. Estas últimas son siempre necesarias para adquirir una configuración y un sentido más especial cuando se insertan en una estrategia de desarrollo global discutida y asumida por el conjunto de la sociedad.

Por eso resulta siempre sospechosa la preocupación exclusiva por los pobres. Si verdaderamente se trata de la suerte de los desposeídos es probable que sea preciso ocuparse tanto (o quizás más) de los "ricos" como de los "pobres". Entonces la cuestión excede el ámbito de las políticas sociales o sectoriales. En verdad se sitúa en el centro de la política sin adjetivos.

La discriminación probable

Si por una parte existen las dificultades propias de la definición y construcción técnica de la pobreza como agregación de individuos en función de sus posiciones homólogas en las distribuciones de una serie de propiedades que se consideran pertinentes, cuando se constituye en un factor determinante del acceso a bienes y servicios públicos supone una asignación de identidad. De este modo, ciertos individuos pasan de ser "estadísticamente buenos" a ser socialmente vistos y tratados como pobres. Para hacer uso de un servicio social a cargo del estado en forma gratuita (escuela, hospital, crédito FONAVI, Programa PAN, etc.) habrá que acreditar como pobre o indigente, carenciado, ciudadano/NBI (con necesidades básicas insatisfechas, etc.) de acuerdo con lo que reglamente la administración.

Este proceso de identificación y selección resultará inevitable si se quiere efectivamente focalizar las políticas sociales y para transferir el mayor gran parte de aquellos servicios sociales que está por encima de los niveles básicos de bienestar o bien corresponden a usuarios que no caen debajo de la línea de la pobreza. Este es el sentido de las propuestas de privatización y amonopolización de gran parte de los sistemas de producción de servicios actualmente a cargo del estado argentino actual (educación, salud, u otros sistemas de bienestar). Cabe agregar aquí que se puede lograr el mismo objetivo disminuyendo la calidad de los servicios públicos. Por ejemplo, una escuela "pobre" en términos de excelencia académica probablemente se convierta en una escuela exclusivamente para pobres.

En resúmenes cuentas, la propuesta es la siguiente: estado de bienestar mínimo para las mayorías y "mercado de bienestar" máximo para las minorías. Más allá de los eufemismos del lenguaje la propuesta recuerda la cruzada el modelo de la beneficencia pública del liberalismo oligárquico decimonónico.

El efecto social de una estrategia de este tipo pasa por la legalización e institucionalización de las desigualdades sociales. Se acabó entonces con las ideologías del ciudadano y los derechos sociales. El derecho (a la vida) ya no estará asociado a ese individuo genérico y universal que es el ciudadano sino que será la propiedad de una categoría particular de individuos: los pobres. Si antes se podía tener derechos aunque se fuera pobre ahora será preciso ser pobre (reconocido por autoridad competente) para tener "derechos" sociales.

gandhi

- **Sociología y antropología**
Marcel Mauss A 348. — A 220.
- **Búsqueda sin término.**
Karl Popper. A 249. — A 142.
- **Sobre Nietzsche y otros ensayos.**
Habermas. A 143. — A 53.
- **Metodología de la historia.**
Topolsky. A 360. — A 325.
- **Los Cuadernos Azul y Maifrán.**
Wittgenstein. A 206. — A 130.
- **¿Por qué no Platón?**
Feyerabend. A 183. — A 105.
- **La superación de la ideología.**
Coletti. A 136. — A 90.
- **Historia de la ciencia.**
Lakatos. A 136. — A 100.
- **Justicia como equidad.**
Rawls. A 380. — A 228.
- **Los tres mundos.**
Attali. A 276. — A 178.
- **El discurso de la acción.**
Ricoeur. A 183. — A 106.
- **Controversias en física.**
Bunge. A 246. — A 142.



- **Las civilizaciones antiguas.**
Braudel. A 380. — A 195.
- **La filosofía de Hegel.**
Mure. A 182. — A 105.
- **Sociologías de la vida cotidiana.**
Wolf. A 186. — A 122.

Libros Calé Foro Cultural

gandhi

Montevideo 453
46-1994 - (019) Cap. Fed.

Crisis de acumulación

Hipótesis sociológicas y ciencias probables

Ernesto Aldo Isuani

A mediados de siglo se inició una etapa histórica que parecía haber destrerrado las fluctuaciones cíclicas de la economía eliminando el amargo sabor de las depresiones. Una era de estabilidad social y crecimiento económico sostenido se abrió para las sociedades capitalistas centrales como consecuencia de la utilización, por parte del estado, de instrumentos de política que reconocían a J. M. Keynes como su gran inspirador. Efectivamente, el ritmo de crecimiento económico a partir de la postguerra fue el mayor de la historia de la humanidad y existieron sólo moderadas recesiones que no pueden en forma alguna compararse con las violentas fluctuaciones de períodos previos. El uso de la planificación y el manejo de instrumentos anticíclicos como la política fiscal y monetaria habían producido el milagro. El "salvaje corcel", que podría representar a la economía durante el siglo XIX y comienzos del XX, había encontrado un jinete (el keynesiano) capaz de domarlo.

Sin embargo, a fines de los sesenta y comienzos de los setenta, el modelo de desarrollo comenzó a presentar síntomas de deterioro, expresados en caídas en el ritmo de producción y aumentos en las tasas de inflación y desempleo. La información del cuadro 1 ilustra el cambio producido en países seleccionados.

Esta reversión de tendencias ha sido explicada en términos del impacto que sobre las economías industriales tuvo el shock petrolero de comienzos y fines de la década del setenta, de los efectos de la guerra de Vietnam sobre la economía norteamericana y mundial, de la exacerbación de la competencia económica internacional, del incremento de tendencias proteccionistas en el comercio mundial, etcétera.

Pero aparte de este tipo de hipótesis de naturaleza fundamentalmente económica, se han esbozado también otras que provienen del pensamiento sociológico y que parten de diagnosticar la crisis como una crisis de inversión o acumulación. En contraposición, la crisis del sistema (la Gran Depresión) es caracterizada como una crisis de sobrecumulación o, su otra cara, de subconsumo. En este caso el bajo nivel de consumo en la sociedad no se correspondía con el enorme potencial productivo existente.

Esta "insuficiencia de demanda" era el elemento clave sobre el cual debía operarse para empujar la economía fuera de la recesión. El supuesto básico era que la propensión al consumo de los asalariados era mayor que la de los capitalistas. Así, mayores ingresos para los asalariados implicarían mayor consumo y por ende mayor producción. Aumentar la capacidad de consumo de los asalariados implicaba aumentar la tasa de ganancia. Kalecki expresaba ingenuamente esta situación afirmando que los "asalariados lo que les gusta lo que ganan y los capitalistas ganan lo que gastan". En síntesis, a fin de que un ciudadano mereciera la demanda efectiva se estaría repitiendo fenómeno como la Gran Depresión y sería viable un proceso sostenido de crecimiento de la

producción, con uso pleno de los factores (entre ellos de la fuerza de trabajo) en un contexto de estabilidad de precios.

Si bien durante casi un cuarto de siglo esta lógica funciona estrepandamente bien, ¿cómo es posible explicar la crisis de acumulación expresada, entre otros, por los síntomas que describimos? Existe un par de hipótesis que intentan suministrar una explicación sociológica y que denominaremos las hipótesis de la "Redistribución progresiva" y "Democratización" respectivamente.

1. Redistribución progresiva

Esta primera hipótesis parte de la existencia de un "Gran Acuerdo" en la postguerra mediante el cual los trabajadores aceptaron no cuestionar las bases organizativas de la sociedad capitalista tales como la propiedad privada de los medios de producción y la libertad de iniciativa de inversión por parte de los empleadores, a cambio de aumentos importantes en sus ingresos, mejoras sustanciales en las condiciones de trabajo y logro del pleno empleo.

Según esta hipótesis, dicho acuerdo operó una importante transferencia de ingresos en favor de los asalariados, disminuyendo correspondientemente la porción del ingreso en manos de los empleadores y por ende afectando las posibilidades de acumulación. Ahora bien, algunos autores sostienen que dicho proceso redistributivo no se debió fundamentalmente a la pugna entablada entre trabajadores y empleadores en la mesa de negociaciones, sino al incremento del gasto público dirigido a los trabajadores a través de las políticas del estado-beneficencia en la distribución del ingreso. En efecto, mientras la información disponible no permite apreciar una alteración significativa en la distribución funcional del ingreso (que mide las porciones apropiadas por el capital y el trabajo) en el período, sí es posible mostrar un importante incremento del consumo. En el caso del ingreso del "salario social". Por ejemplo, remitiéndonos a un estudio sobre un conjunto de 19 países de la OCDE, puede señalarse que mientras en 1960 el gasto público social equivalía al 13.1% del

PBI, en 1975 había alcanzado al 25.6% (OECD, "Social Expenditure 1960-1990. Problems of growth and control", París, 1985, p. 21).

Ello fue posible por la existencia del estado democrático-liberal keynesiano, que significó para los trabajadores una arena de lucha donde sus demandas encontraban mayor y más rápida respuesta que en el terreno de las relaciones privadas con los empleadores. La existencia de un sistema de partidos políticos en competencia por el control de las instituciones gubernamentales explicaría en gran medida esta situación. La necesidad de legitimidad o apoyo político constituía el motivo principal para que los partidos gobernantes se acercaran a las organizaciones de trabajadores dispuestos a satisfacer demandas en forma mucho más permisiva de la que sería posible en una relación directa trabajadores/empleadores.

En conclusión, el salario social es la forma a través de la cual se habría vehiculado el proceso progresivo de redistribución siendo la competencia política partidaria su principal motor.

2. Democratización

Esta hipótesis sugiere que no es necesario recurrir a la existencia de un proceso redistributivo para explicar la crisis de acumulación. El hecho mismo de una mayor participación política y poder de organización de la ciudadanía en general y de los asalariados industriales en particular es más que suficiente para explicar las retenciones empresarias a la inversión. En otras palabras, la razón de la crisis estaría no tanto en la "victoria" de los trabajadores en la lucha distributiva sino en la capacidad de resistir políticas o medidas que los afecten negativamente. De esta manera la inflación contemporánea representaría fundamentalmente la respuesta empresarial a un movimiento obrero que estaría siempre "pidiéndole los talones" en la distribución del ingreso. En el caso de la conformación de este fenómeno habría sido decisiva la pérdida de eficacia de mecanismos tradicionales capaces de reimpone "disciplina" en el mercado de trabajo.

En primer lugar, existieron dificultades

para implementar procesos recesivos que cumplieran dicho papel, debido tanto al mayor poder de presión de los organismos sindicales como a la mayor presencia política de la ciudadanía expresada tanto en su potencial electoral como en su fuerte representación en los aparatos de gobierno del estado. Las dificultades para implementar procesos recesivos se debieron también a la existencia de un período de fuerte competencia internacional; en consecuencia, provocar una recesión podía significar el sumamente elevado costo de perder liderazgo tecnológico, mercados, etcétera.

En segundo lugar, también fue un factor fundamental la existencia del estado benefactor, ya que mecanismos tales como el seguro de desempleo relajaron el "efecto disciplinador" de una alta desocupación. Los individuos encontraban, así, formas de subsistencia al margen del mercado laboral.

En síntesis, el proceso de democratización y el consecuente fortalecimiento político de la ciudadanía virtualmente anuló los efectos "disciplinarios" de la lucha por la subsistencia.

Las hipótesis presentadas no se excluyen mutuamente. En realidad, al pertenecer a planos diferentes, en cierta medida son complementarias. Para explicitar esta afirmación avancemos en el análisis. En referencia a la primera hipótesis, no parecen existir evidencias de que se haya producido, en general, un proceso de redistribución progresiva de significación. Como se desprende de algunos estudios, la distribución funcional del ingreso en varios países industrializados no varió sustancialmente y también argumentarse que los recursos del estado benefactor salieron en buena parte de los bolsillos de los propios trabajadores. En este caso, sólo la hipótesis de la "Democratización" explicaría el surgimiento de la crisis.

Pero admitiendo que en general, y seguramente en algunos países, el proceso redistributivo tuvo efectivamente lugar, sólo la segunda hipótesis explicaría por qué este proceso dio lugar a la crisis. Es decir, cuando dicha redistribución existió, la crisis comenzó a gestarse en oportunidad en que ella sobrepasó el límite de lo considerado tolerable por parte de los inversores. ¿Por qué entonces el proceso no fue rápidamente revertido? La única explicación plausible refiere a la capacidad de resistencia de los asalariados que acabó desatando una fuerte lucha distributiva, elevando la inflación y desalentando la inversión.

De esta forma, aun con la existencia de un proceso redistributivo en favor de los asalariados, es la segunda hipótesis la que posee una capacidad más general para explicar la crisis de acumulación. Una consecuencia central de esta análisis es que para revertir la crisis no sería suficiente dar un empuje contra el gasto social del estado benefactor. El problema de fondo, y más allá de la existencia o ausencia de una redistribución progresiva, tiene que ver con el proceso de democratización entendido como aumento del po-

CUADRO 1 - Indicadores seleccionados en países de la OCDE

País	(Tasa anual promedio)					
	Producción	Inflación	Desempleo			
	60-69	74-80	60-69	70-79	67-73	74-80
Canadá	5.5	2.6	2.6	7.5	5.1	7.2
Francia	5.5	2.6	3.8	8.8	2.4	4.8
Italia	5.8	2.8	3.8	12.2	5.7	6.7
Japón	11.1	4.9	5.4	8.7	1.2	1.9
Suecia	4.4	2.3	3.6	8.4	2.2	1.9
G. Breaña	2.9	1.3	3.6	12.4	3.3	6.6
EE.UU.	4.4	2.8	2.4	7.0	4.5	6.7
Alemania Fed.	4.6	2.7	2.5	4.9	1.0	3.2

Fuente: Maier, Charles "Inflation and Stagnation as Politics and History" en Lindberg, L. y Maier, Ch. The Politics

of Inflation and Economic Stagnation. The Brookings Institution, Washington DC, 1985, pp. 10-12.

der político y social de los ciudadanos. Es difícil evaluar el peso explicativo de estas hipótesis en comparación con aquellas que provienen del campo más estrictamente económico. Ahora bien, si dicho peso fuera grande o aun decisivo, es conveniente explorar los probables caminos que se abren frente a la crisis.

Escenarios frente a la crisis

1. La reacción conservadora

Esta es una respuesta a la crisis destinada a eliminar o reducir sustancialmente el proceso de democratización e impulsar al primer lugar desmantelar, o al por lo menos reducir sustancialmente, el poder benefactor (acusado de haber destruído los incentivos a la inversión y al trabajo) con el objetivo de liberar recursos para la acumulación y debilitar las posibilidades de sobrevivir al margen del mercado laboral. En segundo lugar, y para asegurar su éxito, esta opción precisiaría llevar a cabo una severa limitación o destrucción del poder de las instituciones centrales de la democracia (partidos políticos populares, parlamento, sindicatos, etc.); esto es, los ámbitos en los cuales los ciudadanos en general y los trabajadores en particular poseen más posibilidades de sortear embates sobre los derechos que han adquirido y sobre la porción del ingreso que poseen. Así, ni de la esfera de las políticas del estado, ni de la negociación colectiva de trabajo proveerían acechanzas al proceso de acumulación y podría reintroducirse el poder disciplinador de la recesión y el desempleo.

Estos ejes de acción permitirían liberar a los inversores de cualquier eventual presión sobre el margen de utilidades esperado; pero no escapa a una evaluación que esta respuesta es fundamentalmente explotiva, social y políticamente, en especial en sociedades de cierta complejidad que tuvieron la oportunidad de experimentar un período keynesiano. Además es difícil imaginar que las complejidades de una sociedad moderna puedan soportar un desmantelamiento del estado-benefactor sin producir una fuerte desorganización social. Los conflictos que ciertamente se correlacionarían con la respuesta conservadora sólo podrían ser controlados mediante una fuerte coerción y represión políticas que afectarían su legitimidad y erosionarían su estabilidad en el tiempo.



asuma, con exclusividad la "representación popular" y limite fuertemente el ejercicio civilizado del diseño.

3. El pacto corporativo

Constituye un escenario de resolución de la crisis basado en acuerdos sucesivos de la negociación entre una asociación general de empleadores y otra de trabajadores. El estado no puede ser ignorado en este pacto pero desempeña un papel relativamente pasivo: formalizar y apoyar los acuerdos entre ambas asociaciones.

El pacto corporativo tiene la ventaja de contar con pocos actores, pero ello constituye una ventaja sólo si se cumplen algunas condiciones. En primer lugar, es necesario que exista una cultura de negociación, de obtener y ceder, tradiciones de intrasigencia no son funcionales a este modelo de resolución de la crisis. En segundo lugar, ambos tipos de asociaciones deben poseer una enorme autoridad y legitimidad sobre sus respectivas bases de apoyo para que las decisiones adoptadas sean acatadas. En tercer lugar, y dado que la naturaleza de la crisis exigiría que los trabajadores asuman la mayor cuota de restricciones, la asociación que los repre-

sente debería ser capaz de obtener apoyo para la implementación de dichas restricciones. Se precisa entonces de un movimiento obrero capaz de ceder en un contexto político no autoritario y una representación que no se deslegitime por cooperar en dichas concesiones.

Esta opción reviste características menos traumáticas que las dos anteriores pero tiene una alta probabilidad de excluir a quienes no se encuentran adheridos a las asociaciones generales. Así, mientras menor sea el nivel de sindicalización, menor será el número de beneficiarios del pacto. Sobre los sectores que quedarán sin representación se descargarán sin duda buena parte del costo de los acuerdos. En este caso, si bien la so-

lidad. Se debilitan así los lazos de solidaridad y las pautas éticas de comportamiento. Este es pues el camino de la desintegración social y su lema es "sálvese quien pueda".

La viabilidad de una democracia social

Cabe preguntarse ahora cuáles serían las probabilidades de un escenario donde se combinen el respeto por las libertades civiles y políticas propias del régimen democrático y la igualdad o equidad social. En definitiva, indagar sobre las posibilidades de una verdadera democracia social. Dichas posibilidades parecen sólo descansar en la existencia de partidos políticos que cumplan algunos requisitos.

En primer lugar, dichos partidos deberían poseer como principal razón de su existencia y acción, la lucha por el desarrollo de las libertades civiles y políticas y la reducción de desigualdades sociales. En segundo lugar, partidos políticos de esta naturaleza deberían contar con el apoyo activo de la gran mayoría de la ciudadanía. Dicho apoyo activo, que no es otra cosa que amplia participación y capacidad de organización, proveería la energía social y política necesaria para dar vigencia a la democracia social. En tercer lugar, y dada la existencia de una situación de crisis, la competencia política entre ellos debería ser minimizada para dar lugar a acuerdos que potencien la viabilidad de esta opción.

Estos requisitos aparecen como básicos para la concentración de un poder suficiente para "disciplinar" intereses sectoriales y eliminar privilegios. Pero quizá sea necesario además que la ciudadanía replantee el modelo de "sociedad de consumo" imperante durante la postguerra fruto de una lógica que privilegiaba el consumo por el consumo mismo sin cuestionar en qué punto se dejaban de satisfacer necesidades humanas, para entrar directamente en la esfera del despilfarrar.

Indudablemente no es fácil reunir todos estos requisitos, por lo que un escenario de democracia social tendría probabilidades de existencia relativamente bajas. Sería trágico no obstante un tránsito por el mundo de la coerción, la fragmentación o la descomposición social, elementos centrales de los otros escenarios analizados, para que los principios libertarios e igualitarios, conjugados, tengan mayores posibilidades de realización.

Comentarios finales

Hemos sintetizado en un par de hipótesis, reflexiones que provienen del pensamiento sociológico intentando dar cuenta de la demencia creciente de algunas condiciones de su viabilidad. Nuestro principal interés es que el análisis presentado provea elementos útiles para la reflexión y el debate sobre problemas y dilemas de nuestra sociedad.

que el plebiscito tendrá lugar los primeros días de octubre es un hecho decisivo que concita la preocupación y las esperanzas de la mayoría de los chilenos ha quedado demostrado por la alta tasa de inscripción electoral alcanzada. De una población electoral de alrededor de 8 millones de personas, aproximadamente más de 7 millones se encuentran ya inscriptos en los registros electorales, lo que en alguna medida muestra la voluntad de participar y la ruptura con una actitud de prescindencia que en algún momento se temió que pudiera ser de significación. Que el plebiscito es importante pareciera ser un hecho que no se discute, pero ¿está también suficientemente claro lo que en él está en juego? La oposición en su mayoría es enfática en señalar que la opción es entre continuidad del régimen autoritario, personalizado por Pinochet, y de una democracia que asuman las alternativas democráticas deberán decidirse en futuras elecciones libres y abiertas.

La propuesta de los 16 partidos políticos concertados en el NO que incluye a la Democracia Cristiana, el Centro Democrático, el Partido Socialista, el Partido Socialista (Núñez), el Partido Socialista (Almeyda) y otros partidos de izquierda y en el que no participan el Partido Comunista y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), tiene como propuesta básica —supuesto el triunfo del no— una negociación con las fuerzas armadas que haga posible una reforma de la Constitución actual y una transferencia del poder militar al poder civil. El propósito es buscar una forma distinta a la prevista por la Constitución del régimen que en el caso de triunfar el NO dispone la continuidad de Pinochet en el poder por el curso de un año, al término del cual se convocaría a elecciones abiertas tanto presidencial como parlamentarias.

Los partidarios del SI —que agrupa a la mayoría de partidos y corrientes de opinión de derecha como Avanzada Nacional, Renovación Nacional, Unión Demócrata Independiente y otras— sostienen el itinerario previsto por la Constitución y con el triunfo del SI la continuidad del régimen, especialmente de aquellos aspectos que se refieren al funcionamiento del modelo económico existente.

Así planteadas las cosas podría decirse que la opción opera con su triunfo alterar el cuadro político vigente y ser admitida por las fuerzas armadas como un interlocutor válido en la definición de las modalidades de la transición, cosa que hasta ahora no ha tenido lugar.

En realidad, mucho más que lo antes señalado está en juego en el certar ser los partidarios del SI quienes más nitidamente lo plantean. Para alguno de ellos, probablemente no sea Pinochet el candidato que más les agrade: la mayoría de las encuestas realizadas muestran que su figura dista de tener una imagen positiva, no se le considera una garantía para un proceso de democratiza-

El plebiscito en Chile

¿Qué está en juego?

Carlo Roselli

Bajo un pseudónimo que por su semejanza evoca la figura del antifascista italiano asesinado en Francia por orden de Mussolini, recibimos desde Chile el comentario político de un sociólogo de renombre y militante de la izquierda. A pocos días de un plebiscito que confiamos conduzca al triunfo de la democracia en la sufrida república hermana, se esbozan aquí las complejas cuestiones que están en juego en el plebiscito del 5 de octubre.



ción y por el contrario se destacan sus rasgos de arbitrariedad y acentuado autoritarismo. No obstante para la derecha se trata de decidir sobre la continuidad de un importante empresario actualmente muy favorable a los intereses de los grupos económicos poderosos y poco sensible a las aspiraciones de otros sectores. El reclamo constante de la derecha es "el respeto a la propiedad privada" y entienden por tal la mantención de las actuales condiciones en que la actividad económica se desenvuelve. Durante estos quince años el propósito de los grupos dominantes ha sido constituir una sociedad en donde su poder económico se instaura a la vez como poder político y social. La "modernización" y la "nueva economía", no obstante, incorporan de manera positiva únicamente a una fracción de la sociedad, de modo que sólo un régimen autoritario es garantía de permanencia de la actual forma de dominación social.

Y aquí aparece un hecho de indudables consecuencias futuras. Orlando Sáenz, un importante empresario actualmente "disidente" que jugó un papel clave en la caída de Allende y en los inicios del actual régimen, ha dicho que a su juicio el mayor peligro del triunfo del SI, con Pinochet como candidato, radica en que la opinión pública identificará definitivamente "libre empresa" con un régimen político autoritario. La duda que cabe es si realmente la derecha y los grupos sociales que representan pueden escapar a ese dilema. Ciertamente Pinochet ha desplegado una enorme habilidad para impedir el surgimiento de cualquier otro candidato, imponiéndose no sólo a los grupos civiles sino que también a algunos de las veleidades que en algún momento expresaron los comandantes en jefe de la armada, la aviación y carabineros. Pero no todo es atribuible a la astucia de Pinochet. La derecha argumenta en torno a los éxitos del modelo económico: auge exportador, apoyo financiero extendido, dinámica empresarial y otros. Sin embargo, para alcanzar lo logrado se está pagando un alto costo social, siendo la desocupación y la cesantía sólo sus efectos más visibles. La realidad es que en gran medida el modelo se ha impuesto gracias a una fuerte contención de las demandas sociales, posibilidad de la presencia del gobierno militar, y la aplicación de me-

didias como la legislación laboral que limita de manera muy estricta la presión sindical. En los hechos, la imposición del modelo económico ha estado vinculado a la discrecionalidad gubernamental, muy favorable a los intereses de los grupos económicos poderosos y poco sensible a las aspiraciones de otros sectores. El reclamo constante de la derecha es "el respeto a la propiedad privada" y entienden por tal la mantención de las actuales condiciones en que la actividad económica se desenvuelve. Durante estos quince años el propósito de los grupos dominantes ha sido constituir una sociedad en donde su poder económico se instaura a la vez como poder político y social. La "modernización" y la "nueva economía", no obstante, incorporan de manera positiva únicamente a una fracción de la sociedad, de modo que sólo un régimen autoritario es garantía de permanencia de la actual forma de dominación social.

La oposición trata de expresar fundamentalmente la desconformidad en el sistema político vigente y su carácter autoritario, buscando abrir reales formas de expresión y participación social, pero le ha resultado más difícil plantear una propuesta alternativa en el ámbito económico. En su afán de agrupar el máximo de fuerzas evita temas que puedan introducir contradicciones en el plano de los intereses inmediatos. Por cierto denuncia la escasa equidad económica y social del modelo vigente y propone una acción gubernamental orientada a corregir las flagrantes desigualdades, pero en cierta medida aparece como excesivamente preocupada en otorgar seguridades a todos, lo que en ese sentido diluye su perfil en la propuesta

de cambio económico para acentuar con fuerza la demanda por democracia política. De todos modos, la estrategia no es totalmente errada, puesto que en muchos existe la convicción de que sólo la vigencia de un sistema político realmente democrático hará posible la expresión de demandas económicas y sociales.

Como es de esperar, las encuestas no coinciden en la determinación del número de partidarios del no o de partidarios del sí. Más aún, muchos de tales encuestas se han transformado en elementos de propaganda, por lo que se ha introducido un elemento de duda respecto a su veracidad. A pesar de ello hay dos elementos destacables: uno es el grado de moderación y de "realismo" político que manifiestan los futuros electores; el otro el alto número de "indecidos" en cuanto a preferencia electoral. Estos "indecidos" son los que elevarán el resultado del plebiscito. Por cierto existe entre ellos los que se pueden catalogar como "indecidos del sí" e "indecidos del no" cuyas preferencias simplemente aún no se exteriorizan, pero además hay un fuerte número que no encuentra una clara respuesta a sus demandas en una u otra opción. El perfil de este "indecido" parecería ser el de una persona que considera que ha tenido lugar una modernización en el país, pero que no obstante (o ella) no ha logrado participar de la misma; se muestra partidario de una reforma constitucional que posibilite mayor participación democrática; sus demandas específicas se refieren a la seguridad en el empleo y el acceso a servicios como educación, salud y vivienda; tiene un cierto temor al futuro inmediato no tanto porque comparta la idea difundida por el régimen de que "el triunfo del no significaría el caos" sino por temor a que un sistema democrático acercaría del poder suficiente para imponerse a intemas desestabilizadores.

En suma, el modo como se está enfrentando el plebiscito plantea una serie de problemas a la sociedad chilena. Por una parte la derecha y los grupos económicos y sociales ligados a ella no han logrado estructurar un tema político que supere a Pinochet y sea compatible con su manejo de la economía; por otra la opción democrática posterga algunas decisiones de cambio en la expectativa de constituir un sistema democrático que permita la resolución pacífica de los innegables conflictos existentes. La oposición ha dado origen a un pacto de gobernabilidad que permite a los partidos concertados en el no dar garantías de estabilidad a su triunfo. Pero a nadie escapa que la verdadera garantía requiere de un acuerdo con las fuerzas armadas y otros representantes política y económica de la derecha, lo que aun está muy lejos de concretarse. Más aún, el plebiscito de hecho se ha transformado en una confrontación de opciones mutuamente excluyentes. Es esto lo que la opción trata de revertir y el grado en que lo logre dependerá de la fuerza que pueda mostrar en el momento de la elección.

Reformas progresistas y democráticas

Javier Franca



La del estado es, hoy, una crisis de identidad. Es decir, una puesta en duda de sus funciones. El aparato estatal que en este tiempo se desdibuja constituye un modelo histórico, resultando tanto de pujas como de demandas societarias. Con esto se quiere enfatizar que su existencia es inescindible de la dinámica social y los actores políticos que, en su movimiento histórico, han modelado éste y no otro perfil estatal, del que por estos días parecen no querer hacerse cargo.

La centralidad del estado en la estructura económico-social argentina se construyó a partir de diversas demandas sociales, que llevaron a una multiplicación de las funciones públicas, a menudo contradictorias entre sí, y consecuentemente a una confusión estratégica que terminó por esterilizar la acción estatal.

Esta crisis implica una fractura del consenso fiscal que hizo posible el sostenimiento, durante largo tiempo en Argentina, de un modelo estatal. Reconstruir un nuevo consenso fiscal supone debatir y definir bajo nuevas pautas el rol de lo público, su gasto y financiación.

Demanda sociales y congestionamiento estatal

El congestionamiento de las funciones públicas y el desequilibrio financiero estructural es el síntoma resultante del quiebre de este viejo consenso fiscal, armado a partir de la triple demanda social que convergía sobre el aparato estatal: la demanda de una regulación básica de la vida en común, la demanda de garantizar la producción y comandar la acumulación de capital, y la demanda de asegurar justicia distributiva.

El funcionario a partir de la satisfacción de este tipo de reclamos constituye un rasgo específico del estado latinoamericano de posguerra. Pero veamos en qué consiste cada una de estas demandas.

La primera tiene que ver con el cumplimiento de las llamadas "funciones constitucionales del estado". En todo país que ha alcanzado su unidad e integración nacional, el estado se hace cargo de proveer garantías a la vida en común: la defensa exterior, la seguridad interna, la justicia, la protección del medio ambiente, la administración de los actos de gobierno, etc. Son los denominados "bienes públicos puros", que constituyen el primero de los gastos fiscales. Inscriptos en la tradición liberal, repressan al compromiso mínimo del estado con la sociedad. Es lo que hoy los liberales no cesan de reclamar como límite para la acción estatal.

La segunda es la demanda o función económica. Aquí el estado aparece garantizando la acumulación de capital, el nivel de actividad económica y el pleno empleo. En Argentina, esto no surge en la década del '40 sino mucho antes. Píense en la intervención sobre el mercado que desarrolla la burguesía "librecambista" en la década del '30, cuando se establece el control de cambios, se emiten títulos públicos, el estado comienza a

producir bienes y servicios y se crean las juntas reguladoras y el Banco Central. Dos causas concurren en la conformación de este área económica de propiedad estatal: la inestabilidad económica, que lleva a constituir una fuerte estructura regulativa; y la ausencia de capitales privados para iniciar la estrategia de crecimiento. Esta carencia de inversión privada debe su existencia al riesgo que implica la creación de nuevas estructuras productivas, cuyos beneficios se sitúan más allá del horizonte rentable de los capitalistas. Así se conformaron en América Latina las economías mixtas de liderazgo estatal.

Este liderazgo del sector público se ha revestido de dos formas: la primera, que encuentra al estado como productor directo de la economía, concentrando así parte importante de la formación bruta de capital; y la segunda, menos transparente y conocida, se relaciona con el montaje de una vasta red de subsidios fiscales y financieros en favor de los capitalistas privados con mayor capacidad de presión corporativa. El subsidio fiscal no es otra cosa que un instrumento para aumentar la rentabilidad del capital privado mediante, por ejemplo, diferimientos impositivos. Esto también ha contribuido, y de manera considerable, a expandir el gasto público. En la Argentina, la subsidiariedad del estado respecto de los privados funcionó fundamentalmente a partir de la aceleración inflacionaria del '75, que convirtió al país en lugar desconfiable para sus capitalistas, quienes requirieron entonces garantías estatales para la inversión.

Hemos descrito las dos primeras demandas que convergían sobre el estado (la "constitucional" y la "económica"), y audeamos la tercera, que veremos a continuación.

Sobre el transcurso de los '60 y '70 se arma un caótico y extendido "estado benefactor", apoyado en una concepción universalista de asignación del gasto público social. Este "welfare state" latinoamericano, mientras contó con recursos, cumplió una doble función: la clásica, que consiste en universalizar ciertos servicios y garantizar mínimos derechos sociales, como forma de asistencias a los estratos marginales mediante una re-

distribución indirecta. Así aparecieron como cuasi-constitucionales los servicios gratuitos en salud, educación, vivienda, etc. No fue, por cierto, ésta la función que dotó al "estado benefactor" latinoamericano de perfiles originales. Si lo fue, en cambio, la segunda de las funciones: ésta vehiculizada finalmente en la pretensión de subsidios al nivel de vida de las capas medias, permitiéndoles el acceso a servicios sociales y vivienda propia. Y, además, suministrándole universidad gratuita, hospital público vigoroso. La concepción universalista del gasto social (algo así como "todo para todos") devino, por fin, en inequitativa (para las capas populares): a su abrigó, el estado garantizó no sólo el legítimo objetivo "benefactor" respecto de los sectores trabajadores, sino también ese otro menos legítimo que consistió en subsidiar el nivel de vida de los grupos medios.

Así entonces, tenemos que los estados latinoamericanos de posguerra fueron asumiendo, a partir de la dinámica socio-histórica y el peso de los actores políticos, esta triple demanda que se enunció: como garante de "bienes públicos puros", como productor de bienes y servicios y asistente del capital privado vía subsidios, y como sostenedor de un vago "estado benefactor" universalista.

El desafío que se le planteó a este andamiaje de funciones fue, es claro, obtener un genuino financiamiento.

La financiación del reclamo social

Cuando se piensa en el financiamiento del estado congestionado, lo primero que surge es el instrumento del impuesto a las ganancias. Hay autores que colocan en la barrera del 15% el límite para diferenciar una sociedad moderna de otra tradicional, siempre en referencia al impuesto a los réditos. Esa es la manera en que la Europa socialdemócrata o aun los Estados Unidos financiaron su asistencialismo público. Pero la fragilidad de los sistemas administrativos latinoamericanos no permitió seguir ese camino para obtener solvencia fiscal.

Así, los países de la región diseñaron mecanismos heterodoxos, sistemas tributarios propios (congruentes con el patrón

de acumulación semierrado), a fin de recaudar recursos. No hubo, entonces, impuestos a los réditos de carácter masivo como en Europa. Más allá de las diversas experiencias de cada país, es posible agrupar elementos comunes que hicieron a la financiación de los modelos estatales sudamericanos de posguerra. Es preciso señalar que estos instrumentos de recaudación han venido deteriorándose de un tiempo a esta parte.

Pero, ¿cuáles fueron esos mecanismos recaudatorios que financiaron el modelo de "estado benefactor" latinoamericano? La triple demanda social se solventó, principalmente, con impuestos a las exportaciones, el superávit de los sistemas de seguridad social y los impuestos directos e indirectos a los sectores de mayor ingreso.

Mientras que los impuestos a las exportaciones lograron formar un stock de capital público en la posguerra, el superávit del sistema de seguridad social permitió expandir el gasto público, y el tributo a los sectores de mayor ingreso literalmente hizo posible la movilización de ahorros financieros privados hacia políticas de asistencia social.

En Argentina, toda vez que estos instrumentos legítimos de financiamiento no alcanzaron, quedó al descubierto un fenómeno "político" determinante de conductas económicas: el arraigo de una fuerte ilusión monetaria en el seno de la sociedad civil, que aceptaba la "necesidad" de emisiones por parte del estado a fin de cubrir aquella brecha, sin tener en cuenta los riesgos inflacionarios que esto conllevaba. También el endeudamiento, interno o externo, fue otro de los "remedios" para cerrar la brecha fiscal abierta por esta triple demanda.

Háblanos entonces de un estado sobredimensionado pero a la vez financiado, que es lo que observamos va quedando atrás. ¿Por qué? Si bien en otras etapas de desarrollo esos recursos fiscales y financieros dotaron al estado de un rol preeminente en la evolución económica y social de América Latina, hoy esa realidad histórica ha mutado y ya no ofrece el espacio de antaño. Ya se señaló que los instrumentos de financiamiento de esa congestión estatal vienen perdiendo efectividad. Es esto lo que compromete la solvencia estatal.

Un consenso estatal en quiebra

Definámos en principio la condición de posibilidad de ese modelo estatal latinoamericano de posguerra a partir de un "consenso fiscal".

Este contrato en torno del perfil y las funciones estatales comienza a desarmarse, sobre todo, a partir de la crisis de la deuda externa. Esta potencia dos elementos que, siendo concurrentes, se tornan explosivos para la estabilidad económica: por un lado, la creciente expansión de las demandas de gasto público, originada en la presión corporativa de los sectores hegemónicos, y, por otra parte, la carencia cada vez mayor de recursos fiscales por una marcada evasión impositiva (vacío

producido, en Argentina, a partir del no pago del tributo a los réditos por parte de las empresas de mayor envergadura).

La deuda externa, contraída en su mayor parte por los capitalistas privados y trasladada más tarde a las cuentas estatales/públicas a fines de la dictadura militar (gestión Cavallo-Siquia, julio 1982), destartaló no sólo inestabilidad económica y aceleración inflacionaria sino también una puja distributiva, una disputa financiera por los escasos recursos estatales: los sectores corporativos concurren sobre el aparato estatal acarreando sus demandas. Cae la inversión privada y se liquidan contratos fiscales. Los privados se "asocian" al estado para realizar sus pocos proyectos productivos.

Paralelamente a este estado contratista se incrementa la asistencia fiscal a los privados, como forma de sustituir precisamente el financiamiento que se pierde ante la disolución virtual del mercado de capitales.

Todo este movimiento originado en la crisis del endeudamiento externo, con su secuela de pérdida del ingreso nacional, desbarata el antes financiable modelo de acumulación estatal. Entonces, la triple demanda social se torna insostenible. El "consenso fiscal" estalla.

La crisis de la deuda pone al descubierto el comportamiento económico de los capitalistas privados: ante el caos financiero, del que no son ajenos, buscan rápidamente escapar de las alzas estatales. Tienen que obtener del estado las garantías permanentes que el "libre mercado" por ellos proclamado no les otorga. Buscarán, así, todo tipo de prebendas y privilegios fiscales, fondos especiales, franquicias, en las áreas públicas. Ese usufructo del aparato estatal (ese límite de paqueterías dimensionadas para la "libre actividad privada") que realizan los privados, rompe la fantástica imagen que los conservadores argentinos han construido como dato del sentido común: la de una lucha de los privados por emanciparse de toda tutela estatal.

Dejando de enfocarse únicamente el caso argentino y colocando en el contexto del modelo estatal sudamericano, se visualiza que la brecha abierta por la coincidencia de la expansión corporativa del gasto por presión de los grupos hegemónicos y la pérdida de ingresos fiscales, comenzó a ser solventada, hacia fines de los '70, con endeudamiento externo. Este, sumado a la emisión y al endeudamiento interno, se consolidó como nueva fuente de financiación para la triple función estatal. Hoy estos instrumentos sustitutos de solvente ya no existen: el crédito externo se ha racionalizado, los mercados internos de capital se han desintegrado, y la emisión ya no es vista como un "mal menor" sino como una de las principales fuentes de inflación.

La crisis del modelo estatal es la del consenso fiscal que lo hacía posible. Este acuerdo fiscal se quiebra por la falta de financiamiento genuino.

Hoy, en este contexto, los estados latinoamericanos hacen de la pulcritud fiscal un punto de partida ineludible para hacerse cargo del redimensionamiento estatal. Su reforma no es sino la reasignación de funciones: se trata de dotar al estado de una nueva identidad, un perfil pertinente en función de la fase histórica de desarrollo que se pretende inaugurar.

Los nuevos elementos, las nuevas funciones

La reforma del estado no se opera sobre un fondo social inmutable. Es más bien una transformación que presupone adecuarse necesariamente a los cambios ex-

ocurre con los organismos de seguridad. De igual manera surge con ciertas funciones económicas, como el "compra nacional", cruzada por intereses sectoriales parasitarios y propietaria de una aceleración en la puja distributiva. Otro ejemplo: la sola idea de declarar una actividad equo de "interés nacional" encubre un hecho muy concreto: la exención impositiva. Hoy, este tipo de "capitalismo asistido" no es más que una batalla feroz por adueñarse de los escasos créditos presupuestarios. Poco se conoce que el estado argentino gasta una cantidad muy parecida a la que destinan los países europeos en materia social, alrededor del 20% del PBI. La diferencia, fácil es notar, es el caos que domina las asignaciones. Se disponen recursos en función de las presiones que se reciben y no en orden a una estrategia estatal de planificación democrática.

Vemos entonces que aquella triple función que congestionaba al estado, a partir de la crisis de la deuda, lo ahoga cada vez más, en la medida en que se aceleran las presiones sectoriales y corporativas. Sumado a este crecimiento de la "demanda", se encuentra la crisis de financiamiento. Ya no hay superávit en el sistema de seguridad social sino déficit,

Para el caso argentino, reformar el estado implica una fuerte tarea de descorporativización. Lo que los "liberales" denominan funciones constitucionales (bienes públicos puros), se han vuelto, en ciertos casos, síntomas de corporativismo: ahí tenemos el caso militar, cuya dimensión escapa a lo estrictamente constitucional; por extensión lo mismo

ocurre con los organismos de seguridad. De igual manera surge con ciertas funciones económicas, como el "compra nacional", cruzada por intereses sectoriales parasitarios y propietaria de una aceleración en la puja distributiva. Otro ejemplo: la sola idea de declarar una actividad equo de "interés nacional" encubre un hecho muy concreto: la exención impositiva. Hoy, este tipo de "capitalismo asistido" no es más que una batalla feroz por adueñarse de los escasos créditos presupuestarios. Poco se conoce que el estado argentino gasta una cantidad muy parecida a la que destinan los países europeos en materia social, alrededor del 20% del PBI. La diferencia, fácil es notar, es el caos que domina las asignaciones. Se disponen recursos en función de las presiones que se reciben y no en orden a una estrategia estatal de planificación democrática.

Vemos entonces que aquella triple función que congestionaba al estado, a partir de la crisis de la deuda, lo ahoga cada vez más, en la medida en que se aceleran las presiones sectoriales y corporativas. Sumado a este crecimiento de la "demanda", se encuentra la crisis de financiamiento. Ya no hay superávit en el sistema de seguridad social sino déficit,

Para el caso argentino, reformar el estado implica una fuerte tarea de descorporativización. Lo que los "liberales" denominan funciones constitucionales (bienes públicos puros), se han vuelto, en ciertos casos, síntomas de corporativismo: ahí tenemos el caso militar, cuya dimensión escapa a lo estrictamente constitucional; por extensión lo mismo

ocurre con los organismos de seguridad. De igual manera surge con ciertas funciones económicas, como el "compra nacional", cruzada por intereses sectoriales parasitarios y propietaria de una aceleración en la puja distributiva. Otro ejemplo: la sola idea de declarar una actividad equo de "interés nacional" encubre un hecho muy concreto: la exención impositiva. Hoy, este tipo de "capitalismo asistido" no es más que una batalla feroz por adueñarse de los escasos créditos presupuestarios. Poco se conoce que el estado argentino gasta una cantidad muy parecida a la que destinan los países europeos en materia social, alrededor del 20% del PBI. La diferencia, fácil es notar, es el caos que domina las asignaciones. Se disponen recursos en función de las presiones que se reciben y no en orden a una estrategia estatal de planificación democrática.

Vemos entonces que aquella triple función que congestionaba al estado, a partir de la crisis de la deuda, lo ahoga cada vez más, en la medida en que se aceleran las presiones sectoriales y corporativas. Sumado a este crecimiento de la "demanda", se encuentra la crisis de financiamiento. Ya no hay superávit en el sistema de seguridad social sino déficit,

Para el caso argentino, reformar el estado implica una fuerte tarea de descorporativización. Lo que los "liberales" denominan funciones constitucionales (bienes públicos puros), se han vuelto, en ciertos casos, síntomas de corporativismo: ahí tenemos el caso militar, cuya dimensión escapa a lo estrictamente constitucional; por extensión lo mismo

ocurre con los organismos de seguridad. De igual manera surge con ciertas funciones económicas, como el "compra nacional", cruzada por intereses sectoriales parasitarios y propietaria de una aceleración en la puja distributiva. Otro ejemplo: la sola idea de declarar una actividad equo de "interés nacional" encubre un hecho muy concreto: la exención impositiva. Hoy, este tipo de "capitalismo asistido" no es más que una batalla feroz por adueñarse de los escasos créditos presupuestarios. Poco se conoce que el estado argentino gasta una cantidad muy parecida a la que destinan los países europeos en materia social, alrededor del 20% del PBI. La diferencia, fácil es notar, es el caos que domina las asignaciones. Se disponen recursos en función de las presiones que se reciben y no en orden a una estrategia estatal de planificación democrática.

Vemos entonces que aquella triple función que congestionaba al estado, a partir de la crisis de la deuda, lo ahoga cada vez más, en la medida en que se aceleran las presiones sectoriales y corporativas. Sumado a este crecimiento de la "demanda", se encuentra la crisis de financiamiento. Ya no hay superávit en el sistema de seguridad social sino déficit,

Para el caso argentino, reformar el estado implica una fuerte tarea de descorporativización. Lo que los "liberales" denominan funciones constitucionales (bienes públicos puros), se han vuelto, en ciertos casos, síntomas de corporativismo: ahí tenemos el caso militar, cuya dimensión escapa a lo estrictamente constitucional; por extensión lo mismo

ocurre con los organismos de seguridad. De igual manera surge con ciertas funciones económicas, como el "compra nacional", cruzada por intereses sectoriales parasitarios y propietaria de una aceleración en la puja distributiva. Otro ejemplo: la sola idea de declarar una actividad equo de "interés nacional" encubre un hecho muy concreto: la exención impositiva. Hoy, este tipo de "capitalismo asistido" no es más que una batalla feroz por adueñarse de los escasos créditos presupuestarios. Poco se conoce que el estado argentino gasta una cantidad muy parecida a la que destinan los países europeos en materia social, alrededor del 20% del PBI. La diferencia, fácil es notar, es el caos que domina las asignaciones. Se disponen recursos en función de las presiones que se reciben y no en orden a una estrategia estatal de planificación democrática.

Vemos entonces que aquella triple función que congestionaba al estado, a partir de la crisis de la deuda, lo ahoga cada vez más, en la medida en que se aceleran las presiones sectoriales y corporativas. Sumado a este crecimiento de la "demanda", se encuentra la crisis de financiamiento. Ya no hay superávit en el sistema de seguridad social sino déficit,

Para el caso argentino, reformar el estado implica una fuerte tarea de descorporativización. Lo que los "liberales" denominan funciones constitucionales (bienes públicos puros), se han vuelto, en ciertos casos, síntomas de corporativismo: ahí tenemos el caso militar, cuya dimensión escapa a lo estrictamente constitucional; por extensión lo mismo

ha desaparecido la renta de la tierra merced a la caída de los precios internacionales, el crédito externo es limitado y la evasión tributaria creciente. (La pérdida de ingresos fiscales ronda los 10 mil millones de dólares por evasión impositiva, comparando 1950 con 1980). Cabe agregar que la evasión no es equitativamente solucionable a largo plazo mediante la multiplicación de impuestos, pues lo que se logra es sólo cobrarle más a quien ya abonaba.

Descorporativizar el debate público

Hay que definir nuevas funciones para el sector público. Si en este espacio de debate que se abre la sociedad civil deja avanzar a las presiones corporativas de los grupos hegemónicos, se habrá perdido la posibilidad de imprimirle a este nuevo estado la dinámica de la estrategia de una planificación democrática para la asignación social de recursos. Asignación que vaya en busca de los sectores que necesitan del accionar estatal y no ya de aquellos que se sirven de su protección.

Para reasignar los gastos hay dos opciones: una consiste en formular un diagnós-



tico contable de la situación fiscal. Es decir, hay gastos e ingresos y una brecha por cubrir. Y hay que cerrarla rápido, para el trimestre próximo, porque si no se pierde el financiamiento externo. Entonces sucede que se cubre, pero recortando los gastos estatales por donde se puede, lo que implica multiplicación impositiva y merma de asignaciones que iban a sectores marginados. Los gastos bajan, los salarios se cierran, pero se ha procedido inequitativamente, pues en el "apuro" se ha cortado por el lado más débil: los sectores sociales más bajos.

Pero, por otro lado, no hay duda de que hay que bajar el gasto para no producir inflación, que en definitiva perjudica sólo al que posee su salario y beneficia al que cuenta con capital para especular. ¿Cómo conjugar entonces, a corto plazo, la necesidad de reducción del gasto y la "obligación" democrática de asignar equitativamente los recursos? Aquí entra la segunda opción de la que habíamos en un principio. Se trata de discutir las funciones estatales, planificar democráticamente, tener diseñada una estrategia de recorte que no redunde en perjuicio de los sectores populares. Hay que formular un criterio asignativo, lo que a veces la lógica política de negociación y presión externa no permite. Es una elección dramática: o se opta por la hiperinflación a corto plazo a fin de seguir solventando este estado o hacemos un ajuste inequitativo, sin discutir el redimensionamiento de las funciones públicas.

Para el caso particular argentino, hay toda una trama legal heredada de la lógica corporativa, que impide cortar a breve plazo con los privilegios que obtienen del estado sectores hegemónicos. Las leyes protegen el "compre nacional" a favor del proveedor estatal, a organismos públicos que reciben cuentas especiales del presupuesto, etc. Así, lo que no se puede obtener de allí se lo recolecta entre los jubilados, empleados, trabajadores, es decir, sectores que no cuentan con respaldo legal de protección.

A fin de lograr la opción de la planificación estratégica de resignación de los recursos fiscales, para terminar con los beneficios que obtienen los sectores hegemónicos y corporativos, es necesario construir un nuevo "consenso fiscal", que por cierto no es una operación contable sino profundamente política, que recoleque al estado en favor de los sectores sociales que necesitan su intervención. Porque en verdad no estamos, en el caso argentino, frente al estado omnipotente y opresor que nos dibujaron los conservadores y los arrodados de liberales, sino frente a un estado corporativizado, debilitado e inerte frente a las presiones sectoriales, incapaz de regular la vida social y económica en dirección progresista.

Reducir el gasto impositivo, desde esta perspectiva, disolver privilegios: pasa, por ejemplo, por reducir el presupuesto militar y de seguridad.

La reforma del sector público, en fin, no tiene sentido sino en el contexto de una propuesta más abarcadora: la puesta en marcha de un modelo de acumulación distinto. El poder de compra del estado no puede ser ya el motor del crecimiento, pues no sólo beneficia a sus proveedores privados.

Un consenso fiscal renovado

Para la construcción pública de un nuevo "consenso fiscal" se hace necesario repensar puntos tales como el papel productor del estado, la funcionalidad de los subsidios públicos y la asignación universal de gastos sociales. La nueva estrategia deberá tener como marco y sustento una planificación democrática de lo estatal.

El aparato estatal ya no está en condiciones de satisfacer con eficiencia las funciones que cumple en la vieja sociedad. Descongestionarlo es, entonces, punto de partida para devolverle una capacidad directriz acorde a las circunstancias históricas presentes.

Esto pasa por repensar al estado como productor. El estado no ha sido inventado para producir: la cultura económica de las empresas públicas no está organizada para la obtención de beneficios. Sin embargo, hay momentos en que la acción estatal parece indispensable. Esto nos lleva a visualizar que la intervención pública en la producción es cambiante, lo que implica que, apoyándose en la planificación democrática, se debe analizar las condiciones de cada área productiva y decidir estrategias de orientación e intervención. Por ejemplo, en el área de ciertos monopolios naturales debe actuar el sector público, pero procediendo a una reforma en su gestión administrativa, a fin de adecuarse con eficiencia económica a la necesidad política.

La crisis externa obliga a que el estado comande el ajuste a fin de que éste no sea caótico. Para estar en condiciones de

desempeñar ese rol de orientación estratégica, debe retomar el uso de uno de sus principales instrumentos: los subsidios fiscales, absorbidos en los últimos años mediante prácticas prebendalistas. Estos deben ponerse al servicio de una estrategia de crecimiento competitiva y no más protectoria de ineficiencias. Con ellos se debe fomentar la búsqueda de nuevos mercados, la reestructuración industrial, y el desarrollo de programas científicos y tecnológicos.

El gasto social de los '60 y '70 contribuyó, sin dudas, a mejorar el nivel de vida en los países latinoamericanos, pero la existencia de bonos de marginalidad muestra la distancia que existe respecto de la igualdad de oportunidades. Es necesario admitir la frustración que en este sentido resultó la concepción universalista del estado benefactor. En definitiva, se contribuyó a reforzar la posición de sectores que ya estaban relativamente bien colocados socialmente, como las capas medias. Se han agregado así nuevos beneficiarios a grupos ya protegidos. Bajo la fachada de la igualdad se ha contribuido a crear y mantener desigualdades por exclusión. Por lo tanto, toda reforma de las políticas sociales debe conducir a dar

prestaciones a las clases más vulnerables y distantes del poder. El criterio universalista redunda en desigualdades que perjudican a las categorías populares: hay que pasar de una política social que ofrece igual protección a todos los sectores, prescindiendo del ingreso y de las necesidades relativas, a una política suministrar un nivel básico de bienestar a quienes verdaderamente lo necesitan. En contra de lo aparente, el gasto asignado selectivamente será más popular y democrático que cuando se lo aplica bajo criterios universales.

La planificación democrática es un elemento indispensable para poner en marcha, con sentido progresista, una reforma que descongestione el aparato estatal a través de la selección consciente de objetivos prioritarios. Estas nuevas metas públicas deberán tener un estable y peno financiero, fruto del nuevo "consenso fiscal", que permitirá descentralizar algunas funciones estatales para que otras puedan ser ejercidas con mayor fuerza y precisión social: en los sectores de la sociedad civil más distantes del poder y por tanto más necesitados de su asistencia.



Cincuenta años atrás...

Cuando en septiembre de 1938 el pueblo argentino rindió su homenaje al hombre que como nadie contribuyó a darle conciencia de sí mismo, otra era la contingencia por la que atravesaba el país. Tal vez tan difícil e incierta como la presente, pero sin la plena vigencia del estado de derecho y de las libertades civiles: leyes y políticas que, mal que les pese a algunos, hoy impera en la República. Porque tales libertades eran retacadas o negadas, la clase trabajadora argentina, sus organizaciones sindicales y los partidos obreros en los que se sentía representada, hicieron suya una recordación con la que se sentían plenamente identificados. No sólo por su condición de argentinos, sino también y fundamentalmente por su condición de trabajadores. De tal modo reafirmaban una vinculación con la tradición nacional a partir de la cual los valores de libertad, tolerancia y respeto que inspiraron la lucha incansable de Sarmiento por convertir a la Argentina en una república democrática, se enlazaban inseparablemente con los valores de la igualdad y la justicia social defendidos por la clase obrera. Frente a los delirios de un nacionalismo fascizante que quería hacer de Sarmiento "un traidor a la patria, un bochevique (C.), un apóstata (C.), un maón judaizante" (véase *Crónica* del 28.8.1938), la Confederación General del Trabajo, el Partido Socialista y el Partido Comunista, hicieron del argentino ilustre, de su patrimonio ideal y de su batalla por un país civil, una bandera de lucha por una libertad que les era negada.

Han pasado cincuenta años y el mensaje de Sarmiento todavía debe ser exhumado del "subterráneo depósito donde lo arinconaron los enemigos de la libertad y la soberanía popular", como bien dijo el Presidente de la Nación en un discurso que debería ser releído a modo de antídoto contra el fanatismo y el mensajero. Es hora ya de que nuestro pueblo deje de estar atrapado por una historia fasciosa que le impide entrar en paz a sus muertos. Acaso ha llegado el momento para que el juicio crítico esté atravesado por una cuota mayor de respeto y comprensión humana. En la medida negativa de un grupo de diputados justicialistas y democristianos a votar favorablemente el proyecto de ley enviado por el Ejecutivo por el que se declaraba a 1988 como el Año Sarmientino.

Como homenaje a quien fue un gigante de pensamiento y de acción — en un país, ¡por qué no reconocerlo! donde sus dirigentes fueron tradicionalmente de tan corta estatura — reproducimos las notas editoriales de los periódicos obreros y la resolución de la CGT con motivo del cincuentenario de la muerte de Sarmiento.

No sólo para recordar que en las horas oscuras de un país que había perdido su rumbo a la izquierda y el movimiento obrero demostraron en los hechos ser los portadores privilegiados de los valores de esa nación democrática por la que batalló Sarmiento. Sino también para evidenciar hasta dónde ciertas formas amarrónicas de concebir el pasado y el presente de la sociedad argentina están todavía presentes en una izquierda (política y sindical) que ha vuelto la espalda a una tradición que cancela sin ser capaz de realizarla. Izquierda, en fin, que sigue detentando un nombre que ha dejado de corresponderle.

J. A.

Honremos a Sarmiento defendiendo su obra

A cincuenta años de su muerte, Sarmiento aparece ante los ojos del pueblo como un gigante de la acción y del pensamiento. Sus mancipléas amaron los elementos constitutivos de esa Argentina libre, próspera y fuerte que todavía hoy es una aspiración y un acicate para la lucha. Con ruda e implacable franqueza combatió al caudillo y al latifundista, al desierto y a la analfabetismo. No tuvo otro norte que la evolución económica y social del pueblo, ni mayor enemigo que el atraso feudal sobreviviente a la Revolución de Mayo. Siguiendo la huella abierta por Moreno volcó todos sus esfuerzos en la destrucción de las formas arcaicas de producción e intercambio, en la substitución de las costumbres tradicionales por las costumbres modernas y en la ruptura del aislamiento que colocaba a nuestro país al margen del mundo civilizado.

Bibliotecas

Para niños

"Taller de mimos"

por Ricardo Straiff, en C. Calvo 4319, los lunes 17.30 hs.

"Taller de la palabra"

por Mónica Previtera, en Bahía Blanca 2025, los martes 17.30 hs.

"Expresión corporal"

por Jorge Almata, en Venezuela 1538, martes a viernes a las 17.30 de 3 a 5 años, y a las 18.30 hs, de 6 a 10 años.

"Taller del cuento y el juego"

por Margarita Roncarolo, en C. Calvo 4319, los miércoles 17.30 hs.

"Taller de teatro y movimiento"

por Elvira Oneto, en Suarez 408, los miércoles 18 hs.

"Narraciones de cuentos"

por el Club de Niños, en Setiembre en: De las Artes 1210, los jueves 17.30; Suarez 408, los jueves 17.30 hs.

Octubre en: Gral. César Díaz 4219, los jueves 17.30 hs., Noviembre en: Venezuela 1538, los jueves 17.30 hs., y en Cranwell 819, los jueves 17.30 hs.

"Taller de teatro para jóvenes estudiantes"

por Pablo Moretti, en De las Artes 1210, los viernes de 18.30 a 20 hs.

Entrada libre y gratuita.

Informes al tel.: 44-3118



Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires

Secretaría de Cultura Dirección General de Bibliotecas

Pertence Sarmiento al grupo esclarecido de varones que, bajo la luminosa inspiración de Esteban Echeverría, luchó por restablecer el credo democrático de Mayo. Para arrancar de raíz el caudillismo feudal y levantar las masas populares de su miseria y atraso, no se limitó a recoger una herencia que el feudalismo redivivo pretendía arrasar; al igual que todos los hombres progresistas que han jugado un papel histórico en la República, vivió plenamente los acontecimientos mundiales y extrajo de ellos principios fundamentales que habían y han de empujar hacia adelante el desarrollo social argentino. Nadie como él acumuló tanto odio contra la tiranía y lo convirtió en acción irresistible. Nadie como él, tampoco, experimentó tanta impaciencia por transformar a nuestro país en una gran nación capitalista moderna y la tradujo en proyectos que arrancaban la befa y la ira de los oligarcas de su época. Quería una República poblada por cien millones de habitantes cultos y libres, industriados y sanos. Contemplaba no sin envidia a los Estados Unidos, a Inglaterra, a Francia. Anhelaba una burguesía nacional dueña de sus destinos. No llegó a percibir en el seno de la sociedad por la cual luchaba, la sociedad capitalista, la clase históricamente señalada para destruirla y construir una sociedad nueva: la sociedad socialista. Pero su obra titánica, al encarar la liquidación de la base feudal que la Colonia había dejado como herencia, abrió las anchas vías por las cuales la clase obrera lucha, al lado de los campesinos y el pueblo todo, por la ampliación y profundización de la democracia, contra la oligarquía, el latifundio y los varones monopólicos.

No en balde el fascismo y el oscurantismo se han dado la mano para arrojar lodo a la figura enorme de Sarmiento, porque así como éste simboliza el impulso inmortar de nuestro pueblo a la libertad y a la superación continua, aquellos pretenden retrotraernos a las épocas oscuras de Facundo y el Chacho, apoyándose en lo que de más reaccionario, sanguinario y bárbaro sobrevive en el mundo contemporáneo.

Sarmiento es un guía. Descubramos bajo la carga de los adjetivos y de las caracterizaciones no siempre justas y completas de su obra, la lección que él nos ha legado.

Sarmiento abarcó el conjunto de problemas de una democracia incipiente. Defendamos su vasto plan progresista y aseguremos su cumplimiento. A los grandes antepasados de los siglos venideros hasta las últimas consecuencias sus mandatos y afirmados definitivamente al superarlos.

(Editorial publicado en *Orientación*, 8.9.1988, año II, núm. 63).

Resolución de la CGT

En cumplimiento de la resolución adoptada por el Comité Central Confederado en su reunión del 2 de julio último, esta Comisión Administrativa, en sesión efectuada ayer, consideró las actuaciones del Secretariado encaminadas a determinar la forma en que la Confederación General del Trabajo rindió su homenaje al gran estadista y educador argentino que fue Domingo Faustino Sarmiento, en ocasión de cumplirse el cincuentenario de la muerte.

En efecto, la CA, luego de imponerse de la actuación y de los diversos actos recordatorios que ya están programados, tomó la siguiente resolución:

1º. Adherir la Confederación General del Trabajo a los actos que tendrán lugar bajo el patrocinio de la Comisión Cívica de Homenaje a Sarmiento.

2º. Dedicar el número del periódico C.G.T. que aparecerá el día 9 de septiembre a enaltecer las grandes virtudes que adornaron la personalidad del ilustre patriota argentino y a reverenciar su memoria interpretando el sentir unánime de los trabajadores agrupados en la Confederación General del Trabajo.

3º. Organizar conferencias radiales a proparse por la onda de "Radio Porteña" en la audición de "La voz etérea de la Unión Ferroviaria".

4º. Recomendar a todas las organizaciones afiliadas que adquieran fotografías de Domingo F. Sarmiento con el fin de que el recto espíritu del prócer argentino presida las asambleas obreras e invitadas a que auspicien actos parciales en su homenaje."

(Tomado del periódico *Orientación*, núm. 63 del 8.9.1938)

Domingo Faustino Sarmiento

Un escritor argentino ha dicho: "Sarmiento luchó por la libertad de su pueblo, comprendiendo que la solución ni estaba sólo en el cambio de gobierno, ni en las aisladas reformas constitucionales, ya que la causa permanente seguiría actuando. Por eso él se fue a la misma raíz, atacando la ignorancia y la pobreza que habían producido aquellos efectos y los atacó concretamente. Atacó la ignorancia predicando la cultura y enseñando el personalmente. Atacó la pobreza predicando el trabajo y haciéndose el mismo obrero, obrero del pensamiento y obrero manual introduciendo industrias y fomentando de mil modos la producción de la riqueza. Su fórmula está cada vez más al orden del día: "educar al soberano", no suprimir ni darle torturas, sino educarlo."

Es esa una hermosa definición de la obra cumplida por el gran ciudadano que con Rivadavia construyó, ese es el término, la nacionalidad. Por eso, a medio siglo de su muerte, su figura gigantesca adquiere contornos extraordinarios, destacada de las sombras reaccionarias que pretenden ocultar la trayectoria progresista de nuestra historia.

Fue luchador sin descanso; conocía el camino del destierro que eligió cada vez que creía en peligro su dignidad y la de su país; aprendió sin maestros y enseñó con pasión incoercible; si pudo decir "todos los tiranos llevan mi marca" también es exacto que todas nuestras instituciones están impregnadas de su espíritu; decía lo que correspondía hacer y hacía; no vivió

encerrado en su torre de marfil, sino que se lanzó a la calle a gritar su protesta, a señalar el derrotero, a tomar y dar golpes.

Los socialistas conocemos esa clase de hombres superiores. Por eso somos los que mejor interpretamos sus anhelos y valoramos sus esfuerzos. Sabemos lo que significa abrir nuevas rutas al progreso, señalar injusticias y soportar las injurias de los bárbaros de cada tiempo. Y Sarmiento cumplió a brazo partido esa tarea intensa y sufrió los ataques más encomados de los adversarios rualistas.

El país conmemora hoy el cincuentenario de su muerte y reconoce los méritos que con Sarmiento tienen los hombres que saben poner su existencia al servicio de la colectividad. Es cada fecha patria surge el recuerdo obligado de las hermosas vidas que resaltan como hitos en el panorama de la historia de la civilización. Cada una de ellas es un ejemplo y una orden.

Al pueblo corresponde admirar esos magníficos señores que supieron honrar la profesión de hombres que decía Gracian, tanto más que su esfuerzo sólo era una consciente retribución de otros esfuerzos. Porque Sarmiento solía repetir el apólogo persa: "Le preguntaron al cultivador: "¿Para qué plantas nogales, si no comerás sus frutos?" Y él respondió "Para pagar mi deuda a los que plantaron nogales cuyo fruto he consumido".

Las generaciones argentinas que han gozado de los frutos de los árboles plantados por Sarmiento, están en el deber de continuar su obra, para que otros puedan recibir el ejemplo y con-



Continuar trabajando por la perfección de la humanidad.

Todavía existe el analfabetismo; el desierto sigue siendo el nial del país; el latifundio ahoga el progreso; el atraso político sigue dominante; el pueblo es considerado un factor negativo; la libertad está a media asta. Continúenme la obra de Sarmiento.

(Editorial publicado en *La Vanguardia* el 11 de septiembre de 1938.)



PREMIOS NACIONALES A LA PRODUCCION CIENTIFICA, ARTISTICA Y LITERARIA

La Secretaría de Cultura del Ministerio de Educación y Justicia de la Nación comunica que se halla abierta la inscripción para optar a los Premios Nacionales a la Producción Científica, Artística y Literaria, comprendidos también los Premios Regionales e Iniciación.

PREMIOS NACIONALES: se inscriben obras editadas entre los años 1985/1988.

Materias: Biología General / Zoología y Botánica / Matemática y Astronomía / Filosofía y Psicología / Ciencias de la Educación / Ensayo Literario y Crítica Literaria / Rondas, Villancos y Canciones de Cuna e Infantiles / Libro para T.V. y Radio.

PREMIOS REGIONALES: se inscriben obras producidas entre los años 1985/1988.

Materia: Producción Literaria.

PREMIOS INICIACION: se inscriben obras de autores inéditos.

Materias: Prosa / Poesía / Ensayo / Teatro.

El período de inscripción vence el 31 de marzo de 1989. Podrá requerirse información y retirar los formularios pertinentes en la Secretaría de Cultura, Area Estímulo Cultural, Suipacha 1008, 1er. Piso (Código Postal 1008), Tel.: 313-2571, en el horario de 10 a 18 hs.



SECRETARIA DE CULTURA Y LA NACION

MUSEOS

MATRA, Mercado Nacional de Artes y Artesanías Tradicionales Argentinas, Defensas 372, Capital Federal. Días hábiles, de 10 a 19 hs.; sábados, domingos y feriados, de 12 a 19 hs.

INA, Instituto Nacional de Antropología, 3 de Febrero 1378, Capital Federal.

CCLM, Centro Cultural Las Malvinas, Florida 783, Capital Federal; lunes a viernes de 10 a 21 hs.; sábados de 10.30 a 21 hs.; domingos de 16 a 21 hs.

SINE, Salas Nacionales de Exposición, Posadas 1728, Capital Federal; lunes a domingo, de 12 a 20 hs.

MNBA, Museo Nacional de Bellas Artes, Avda. del Libertador 1473, Capital Federal; martes a domingos, de 9 a 13 hs. y de 15 a 20 hs.

MNAD, Museo Nacional de Arte Decorativo, Avda. del Libertador 1902, Capital Federal; martes a viernes, de 14 a 20 hs.; sábados, domingos y feriados, de 10 a 21 hs.

MNAO, Museo Nacional de Arte Oriental, Avda. del Libertador 1902, 2º piso, Capital Federal; miércoles a lunes, de 15 a 19 hs.

Museo Roca, Vicente López 220, Capital Federal; lunes a viernes, de 14 a 18 hs.

MCV, Museo "Casa de Yrriá", O'Higgins 2390, Capital Federal; miércoles a domingo, de 15 a 19 hs.

Museo Mitre, San Martín 326, Capital Federal; martes a viernes, de 14 a 18 hs.; domingos de 15 a 19 hs.

Museo Histórico Nacional, Cuba 2079, Capital Federal; miércoles a domingos, de 15 a 19 hs.

MHNC, Museo Histórico Nacional del Cabildo, Bolívar 65, Capital Federal; lunes a viernes de 9 a 19 hs., y domingos de 15 a 19 hs.

MHVI, Museo Histórico de la Casa del Virrey, Liniers, Avda. Tajamar y Solares, Aita Gracia, Córdoba; martes a domingo, de 9 a 12 hs. y de 15 a 18 hs.

Museo Histórico Nacional, Defensa 1500, Capital Federal.

MRJT, Museo Nacional de Pintura "Juan A. Terry", Rivadavia 459, Tilcara, Jujuy; martes a domingos, de 9 a 12 hs. y de 15 a 18 hs.

Museo Urquiza, Palacio San José, (Entre Ríos).

Museo Histórico y Biblioteca Sarmiento, (San Juan).

MCCR, Museo "Casa de Ricardo Rojas", Chacab 2837, Capital Federal; martes a sábados de 15 a 19 hs.

TNC, Teatro Nacional Cervantes, Libertad 815, Capital Federal.

TDLR, Teatro de La Ribera, Pedro de Mendoza 1821, Capital Federal.

INET, Instituto Nacional de Estudios de Teatro, Avda. Córdoba 1150, Capital Federal; lunes a viernes, de 12 a 20 hs.; sábados y domingos, de 10 a 13 hs.

Instituto Nacional de Museología, Piedras 1260, Capital Federal; lunes a viernes, de 13 a 18 hs.

Museo Nacional del Grabado, Vicente López 2220; lunes a miércoles y viernes de 11 a 16 hs.

Al final de su desarrollo los intelectuales de la oposición se preguntaron a sí mismos con toda seriedad; ¿hay todavía un proletariado?; ¿hay todavía una clase dominante? Cuando se justificaría más que se preguntaran: "¿hay todavía una posición intelectual?"

Las esperanzas de corto plazo son inútiles. La resignación a largo plazo es suicida.

Hans Mangus Enzenberger

La izquierda se caracteriza por su falta de humor. Y de tal modo se ha separado de otras formas de oposición al capitalismo, por ejemplo del arte de vanguardia; la ironía de lo moderno, la auto-burla, y el juego fueron un *lesé majesté* para la izquierda, tanto como para los sacerdotes del orden establecido.

Epater le bourgeois nunca ha sido una estrategia de izquierda, porque la izquierda ha tratado al burgués seriamente como el autor de un proyecto que vale la pena ser realizado totalmente y, al mismo tiempo, como un obstáculo para su realización.

La izquierda fue y permaneció siendo hasta hace poco propia la contracultura del capitalismo. Etnológicamente, sólo llegaría a serlo vez que la cultura capitalista lanzó un programa dirigido hacia el logro de una sociedad racional. Lógicamente, sólo tenía sentido si "se tomaba al capitalismo por la palabra".

Una demanda de cumplir la promesa capitalista. Libertad, igualdad y fraternidad eran consignas capitalistas. La izquierda no tenía nada que añadir. Sólo tomó el programa capitalista seriamente y pidió a todos los demás que hagan lo mismo. La izquierda estaba en deuda con el capitalismo por el origen de muchas de sus ideas.

La primera, que uno puede cambiar el mundo solamente en recursos humanos. La segunda, que el mundo puede ser mejorado por la interacción humana racional. La tercera, que para hacer esto es suficiente incrementar la riqueza material a disposición de la humanidad, y volver útil la naturaleza, primero aprendiendo sus secretos, y luego relacionándolos a las necesidades humanas, ignorando el resto.

La cuarta, que así como crece la riqueza material, también lo hacen las posibilidades de felicidad, entendida como ausencia de privaciones y además como libertad respecto de la necesidad natural. La quinta, que esta libertad promovería libertad, igualdad y fraternidad entre la gente y, dada la posibilidad de esta elección racional, que ésta elegiría el modo de vida que mejor se ajuste a sus necesidades.

La sexta, que el valor de las sociedades "realmente existentes" puede ser medido por el grado en que la libertad, igualdad y fraternidad han sido obtenidas, y las posibilidades para su mayor desarrollo.

Debido a que tenía prestadas todas estas ideas capitalistas y las asumía seriamente, la izquierda llegó a ser una crítica de la práctica capitalista. Ansiosa de completar exitosamente el proceso, la izquierda cuestionó las calificaciones de sus administradores actuales. La "práctica

capitalista tenía que ser rechazada porque no podía realizar la promesa capitalista y amenazaba con desperdiciar las oportunidades abiertas por la revolución capitalista. La crítica de la práctica capitalista tuvo que darse en dos planos: el moral y el racional. La riqueza material recientemente obtenida no ha sido utilizada sabiamente, esto es, no ha sido utilizada para promover libertad, igualdad y fraternidad. La administración capitalista de la producción ha generado mucho menos riqueza de la que se podía alcanzar en las cantidades suficientes para poner fin a la pobreza.

Así, la crítica izquierdista de la práctica capitalista señaló que la reproducción de la desigualdad económica limita la libertad (o sólo permite una pseudo-libertad) y mientras la motivación de la ganancia determine la producción de riqueza, el uso de los recursos y de las oportunidades tecnológicas permanecerá estático, desperdiciado e irracional. En otras palabras, la crítica de izquierda sostiene que la administración capitalista de la producción social no se ha elevado a los niveles planteados por la revolución capitalista.

Desencantada con la administración capitalista de la producción social, la izquierda buscó un agente histórico más apropiado, mejor preparado para asumir tareas incluidas en la agenda histórica. Para la mayoría de la izquierda, la clase obrera industrial parecía la oposición natural. Varias razones hablaban a favor de tal supuesto, pero lo menos en su momento: 1) como un agente histórico, la clase obrera desposeída no tenía un pasado que arrastrar y, por tanto, no estaba desacreditada; 2) la clase obrera estaba creciendo rápidamente al punto de eventualmente abarcar a toda la nación; 3) a diferencia de otras clases descontentadas, los obreros industriales estaban sujetos a un ritmo y disciplina uniformes, entrenados técnicamente y ligados orgánicamente a la producción nacional; 4) mostraban rápidamente a la militancia. Su frecuente rebelión violenta contra el ascenso del capitalismo podría ser fácilmente reinterpretada como resistencia a la administración capitalista; 5) por razones de militancia, los obreros industriales ya habían sido definidos como "la clase peligrosa" y una amenaza al orden capi-

Una redefinición necesaria

La izquierda como contracultura de la modernidad

Zygmunt Bauman

La izquierda fue desde su inicio la contracultura del capitalismo. Y por esto fue tributaria de muchas de sus ideas. La consumación de toda una época histórica la coloca frente a una encrucijada de la que no acierta a escapar. Si insiste en seguir siendo lo que fue se tornará aún más anacrónica de lo que ya es. Si se decide a enfrentar los problemas del presente deberá renovar buena parte de sus ideas. Entre otras cosas, aprender a vivir sin un agente histórico que le servía de fetiche

mantener su identidad como la contracultura del capitalismo, se encuentra a sí misma sin ningún agente histórico para completar el proyecto capitalista. La ausencia de un agente plausible crea una situación sin precedentes. Esta es la raíz del presente "desencanto" y "pérdida de acción" o, simplemente, de la contemporánea crisis de la izquierda.

Hay dos reacciones comunes a este tipo de crisis. La primera es disolver tal pérdida de dirección como otro caso en que a los intelectuales de clase media se les ponen los pies fríos cuando se enfrentan con los sucesos hechos del infortunio. Así se sostiene que el potencial revolucionario del trabajo organizado está lejos del agotamiento y que debe seguir permaneciendo como el punto de referencia de la política de izquierda.

Tal reacción es reforzada por la memoria colectiva de la izquierda. Pero aún la más poderosa memoria colectiva está destinada a placidez, a la producción de un insuño prolongado de experiencias negativas, y difícil de explicar constantemente con el reajuste de los viejos modos de pensamiento. No es probable, por lo tanto, que esta reacción, con sus limitadas expectativas de vida, pueda proveer una firme fundación para una izquierda capaz de comprometerse efectivamente con las cruciales incapacidades de la sociedad occidental contemporánea.

Esta primera reacción no produce una política unificada. Una política posible es traducir la lealtad a la clase obrera como agente histórico a lealtad al trabajo organizado. En la práctica, esto significa apoyar críticamente al trabajo organizado, cualesquiera que fueran sus intereses y demandas, como si "por definición" fueran anticapitalistas. Esto puede restablecer credibilidad ocasionalmente durante breves períodos de militancia sindical. A largo plazo, sin embargo, es probable que refuerce a la divisiva "política de cierre" seguida por una clase en retroceso. En vez de contribuir a resolver los males sociales, esta política los intensifica. Cualquiera que sea el valor de esta política, sus credenciales de izquierda están, por estas razones, en duda.

Otro vestigio de esta reacción es una política que privilegia una ortodoxa filosofía de la historia. Si los obreros "realmente existentes" no se conducen de acuerdo al patrón que esta filosofía sugiere, peor para los obreros "realmente existentes". Su desvirtuación del patrón proyectado puede con seguridad ser explicado en términos de aparatos ideológicos de estado, política represiva, consumos, traiciones socialdemócratas, pesas o debilitamiento de los intelectuales de izquierda. Como una anomalía temporal, la conducta de los obreros "realmente existentes" se puede explicar como una posible refutación de una política fundada en la filosofía de la historia. En la práctica, esta es una política sectoria de retroceso a grupos cada vez más pequeños de fieles que refuerzan su legitimidad colectiva imputando a los trabajadores —tal como deberían ser y no como son— unas tribulaciones espirituales de clase media.

En la medida que la izquierda busca

Ya que la vida es corta, y el esperar que los trabajadores comban "en el largo plazo" de "realmente existentes" a "existencialmente reales" tiene un atractivo limitado para cualquiera, excepto para los más pacientes (y en política revolucionaria la paciencia es sospechosa: huele a traición), esta política conduce a demandas. Desde que los populistas rusos —quienes, habiendo encontrado en el "pueblo" más estima por el Zar que por la revolución— recurrieron a la revolución "para el pueblo" pero no "por el pueblo", la política en discusión ocasionalmente termina en terrorismo. A diferencia de los populistas rusos, el nuevo terrorismo no necesariamente se dirige a los emperadores. Gracias a los modernos medios de comunicación y a la "aldea global" que han creado, cualquier acto de crueldad espectacular ahora atrae la atención que alguna vez sólo los complots contra reyes o emperadores. Al ser de gran popularidad moral, el problema del terrorismo como una política de "izquierda" es, por supuesto, que aunque puede solucionar muchos problemas personales, difícilmente puede promover los tradicionales fines de la izquierda. Más bien, permite al estado capitalista movilizar los anhelos de los pobres en un orden social y político declinante popularidad de los intereses que su política defiende.

La segunda reacción es justamente lo contrario de la primera: proclama el "fin de la modernidad" y la llegada de la "posmodernidad". De acuerdo a estos, los "tiempos" de los "proyectos universales", "de mundo que sólo poseen los proyectos, ya pasaron. De este punto en adelante, sir embargo, los teóricos de la posmodernidad se dividen. Algunos se detienen con atención en la creciente pluralidad del mundo contemporáneo, en la autonomía de los "juegos de lenguaje", en los "discursos" o "tradiciones culturales", las cuales son impermeables a una evaluación objetiva ya que por sí mismas individualmente proveen el terreno de completa autoridad que ninguna evaluación puede rechazar. Otros no se sienten obligados a referirse al cambiante mundo para justificar una pluralidad de potencias o posmodernidad y modernidad para ellos aparece como otro capítulo de la historia del pensamiento. Abandonan la inútil búsqueda de estándares universales de verdad, justicia y gusto, y modestamente proclaman que no hay nada sino nuestra convicción de justicia, nuestra decisión de perseguir valores "que nosotros que vale la pena perseguir. La constancia con la que nos aferramos a nuestra decisión es más poderosa para nuestra realización que la idea: "la historia no está de nuestro lado", y es improbable que otros adopten los valores que nosotros apreciamos. No tenemos fuerza material ni argumentos para hacerles cambiar su mentalidad.

Ambas formas de teoría posmodernista son en cierto modo filosofías de la rendición. Ambas se resignan ante la imposibilidad o improbabilidad de mejorar el mundo, conscientes de la falta de fuerza de la crítica para influenciar otras comunidades. Ocasionalmente en el paradigma de la desesperación condujo al coraje; esta particular desesperación, no. El único coraje que puede nacer de la resignación es aquel que se alimenta del resorte de la autopreservación.

Como una filosofía de la resignación y la inutilidad, el posmodernismo difícilmente puede servir como la fundación para la nueva autoidentidad de la izquierda. El actual coqueteo de los intelectuales de izquierda con la posmodernidad se puede entender por la desesperación con la que las nuevas inspiraciones son vistas en un contexto que aparece cada vez más como un vacío teórico. Este ro-



mance de la izquierda con la posmodernidad, sir embargo, está destinado a aprobar otro caso de amor no correspondido.

Mientras se condenan como triviales las esperanzas de los valores burgueses, la teoría posmodernista declara al mismo tiempo la inutilidad de la izquierda. No se puede concebir un modo por el cual un programa realista de izquierda pudiera elaborar de una teoría posmodernista. No puede haber izquierda como una contructura, esto es, una positiva y efectiva crítica de las negligencias, retrocesos y mala administración de la implementación de la promesa cultural de una sociedad mejor, sin la convicción de que esta promesa cultural es viable y en principio realizable. No puede haber izquierda sin la creencia de que la sociedad puede ser mejorada y la historia atraída hacia nuestro lado. No puede haber izquierda sin la idea de que entre diversas cosas, algunas son buenas y otras están equivocadas, y que las primeras podrían predominar sobre las segundas. La teoría posmoderna es una invitación a los intelectuales a realizar lo mejor de su libertad comprada al precio de la irrelevancia. En esto no puede ser irrelevante.

Esto no quiere decir que la teoría posmodernista, en su aceptación de la sociedad contemporánea como irreparablemente plural y excluyente de cualquier "fundamentación" o "meta-narrativa", no pueda alimentar una crítica radical. Significa, sir embargo, que no todo radicalismo es izquierda. El radicalismo inspirado por el debate sobre la posmodernidad es un radicalismo estético; un radicalismo de la autoexpresión y autofirmación, dictado por el descubrimiento de que todos los purritos ahora sólo removidos de la acción, ahora sujeta solamente a la lógica decisionista. El radicalismo de izquierda es, primero, un radicalismo moral. Está adscrito a la realidad objetiva y es consciente de sus necesidades. Está sujeto a una lógica dirigida a fines basadas en valores. Esta acción está autoguidada por su habilidad para promover objetivamente valores viables. El radicalismo

promete a la sociedad como consumidores siervos del consumo. La consecuencia más obvia del cambiado mecanismo de la reproducción del capital y de la nueva forma de dominación sistémica es la obsolescencia de la autogestión de los trabajadores como una alternativa viable al sistema actual. Hay, sir embargo, otras consecuencias menos evidentes.

Por la revelación de estas otras consecuencias la izquierda moderna, como frecuentemente en el pasado, como los administradores políticos del sistema. Ellos fueron los primeros en sacar conclusiones prácticas de la recientemente adquirida libertad del capital respecto del trabajo y de la también reciente libertad adquirida por la política de la remercantización del trabajo. El actual resurgimiento de la política neoconservadora, la reaspiración de nociones que la propia red de registros y balances de base clásica volvió inmenables, indica que tales conclusiones fueron extraídas. Al continuar estas nuevas políticas sin temor a un inminente retroceso, los administradores neoconservadores asumen la irreversibilidad del proceso que conduce posiblemente a una completa emancipación del trabajo y la marginalización de aquel trabajo que el capital pueda necesitar, residualmente, para su reproducción. Al asumir esto ellos pueden sentir otra vez que la historia "está de su lado". Este sentimiento genera una nueva dificultad para obtener la audacia política que las clases gobernantes no han exhibido en mucho tiempo.

La izquierda debería estar en deuda con los neoconservadores por exponer valores que requieren urgentemente de protección, valores que difícilmente interesarían a la izquierda hasta que nuevos peligros los tornaron visibles. No hay necesidad de preguntar qué es el martillo, sólo decir Heidegger, hasta que está roto. Algunas facetas vitales que la sociedad presentó a propósito de la revolución burguesa permanecieron invisibles para la izquierda mientras permanecieron "improbables" de ser percibidos y de ser propuestas. Bajo la amenaza neoconservadora, ellas se han vuelto problemáticas. ¿Cuáles son estos nuevos problemas?

El efecto no producido de la presión de la izquierda y de la política que generó el trabajo industrial resultó ser justamente lo contrario de lo que se esperaba. En vez de la emancipación del trabajo respecto del capital, lo que ocurrió fue la emancipación del capital respecto del trabajo. El capital, hoy depende menos y menos del trabajo para su reproducción y crecimiento. Inversión incrementada significa menos trabajo, y se logran mayores ganancias a través de menor trabajo. En vez de comprometer al resto de la sociedad como productores o sirvientes del proceso productivo, hoy el capital com-

promete a la sociedad como consumidores siervos del consumo. La consecuencia más obvia del cambiado mecanismo de la reproducción del capital y de la nueva forma de dominación sistémica es la obsolescencia de la autogestión de los trabajadores como una alternativa viable al sistema actual. Hay, sir embargo, otras consecuencias menos evidentes.

Por la revelación de estas otras consecuencias la izquierda moderna, como frecuentemente en el pasado, como los administradores políticos del sistema. Ellos fueron los primeros en sacar conclusiones prácticas de la recientemente adquirida libertad del capital respecto del trabajo y de la también reciente libertad adquirida por la política de la remercantización del trabajo. El actual resurgimiento de la política neoconservadora, la reaspiración de nociones que la propia red de registros y balances de base clásica volvió inmenables, indica que tales conclusiones fueron extraídas. Al continuar estas nuevas políticas sin temor a un inminente retroceso, los administradores neoconservadores asumen la irreversibilidad del proceso que conduce posiblemente a una completa emancipación del trabajo y la marginalización de aquel trabajo que el capital pueda necesitar, residualmente, para su reproducción. Al asumir esto ellos pueden sentir otra vez que la historia "está de su lado". Este sentimiento genera una nueva dificultad para obtener la audacia política que las clases gobernantes no han exhibido en mucho tiempo.

La izquierda debería estar en deuda con los neoconservadores por exponer valores que requieren urgentemente de protección, valores que difícilmente interesarían a la izquierda hasta que nuevos peligros los tornaron visibles. No hay necesidad de preguntar qué es el martillo, sólo decir Heidegger, hasta que está roto. Algunas facetas vitales que la sociedad presentó a propósito de la revolución burguesa permanecieron invisibles para la izquierda mientras permanecieron "improbables" de ser percibidos y de ser propuestas. Bajo la amenaza neoconservadora, ellas se han vuelto problemáticas. ¿Cuáles son estos nuevos problemas?

Para empezar, los pobres son menos y menos importantes para la reproducción del capital en su tradicional rol de "efectivo industrial de reserva". Los pobres ya no son la condición para la tranquilidad de la noble tarea política de remercantización del trabajo y la limitación de la militancia de la clase obrera. El previsible principio dado por supuesto de la responsabilidad social de la sobrevivencia —y claro está el bienestar de aquella parte de la sociedad ahora directamente comprometida por el capital como productores (un principio que es resultado de endeudamiento de las presiones morales de la izquierda y las necesidades instrumentales del capital), sutilmente se han visto bajo ataque. En vista de la progresiva emancipación del capital respecto del trabajo, la reafirmación del principio no puede ser dejada a la racionalidad del proceso productivo. No se puede ver la lógica de la economía como un aliado. Tiene que ser renegociado y reimpuerto apelando a aquellos aspectos de la contructura que el capitalismo tendió a sustituir: democracia política como distinta de la autogestión de los productores.

Sin este nuevo anclaje los pobres de hoy están bajo una amenaza peor que la miseria de las tempranas casas de trabajo capitalista. Aquellas fueron al menos instituciones de "rehabilitación social" en términos de los requerimientos del capital creciente en fuerza necesidad de una creciente agerza de trabajo. Hoy sólo se puede usar la retórica de la rehabili-



tación en la que se envuelven las transferencias de bienestar, en vista de su incongruencia como un artificio para confirmar la inadecuación de los pobres e ilegalidad para la asistencia social, la misma retórica social darwinista que una vez sirvió para forzar a los pequeños productores dentro la disciplina de los trabajadores industriales, hoy de manera firme e irreversible los pobres como estigmatizados, los permanentes parias de la sociedad de consumo, desmerecidos del nivel de ciudadano. No es probable que las transferencias de bienestar sean eliminadas. El obsesivo ritual público de contar los logros de bienestar, invariablemente traducidos como el "sacrificio del contribuyente" es una herramienta utilizada para levantar una pared de incompreensión y extranamiento entre lo "adecuado" y lo "inadecuado" y profundiza el estigma ligado a la pobreza. Otra amenaza es, sir embargo, bastante clara: las transferencias de bienestar simplemente lleguen a ser instrumentos de privación de derechos individuales y de la abolición de los derechos ciudadanos por esa ascendente minoría de la sociedad de consumo que no puede probar su ciudadanía en el único modo que un mercado de consumidores admite. La realidad de tal amenaza es sólo documentada por la interferencia legalmente reforzada de las agencias de bienestar con la vida privada y familiar de sus "clientes": una impuesta "infantilización" de los recibidores del bienestar a través de la negación de sus derechos a una autónoma toma de decisión y la densa vigilancia de las autoridades siempre creciente tejada de los fondos de bienestar. Así los pobres no sólo se están volviendo más pobres. Se les está convirtiendo en una categoría desviada: un sector de la población definido como una entidad separada por el resto de la población como productores y siervos de derechos políticos y personales que se pensó que eran los logros más duraderos y universales de la modernidad.

Los pobres son los primeros en experimentar la amenaza a la democracia y los derechos de ciudadanía y de experimentación de una manera más directa. Pero ellos no son los únicos amenazados. La arena política está en proceso de adquirir un nuevo rol en la reproducción del sistema social. Su función en la reproducción sistémica fue confinada, a través de gran parte de la era moderna, a garantizar las condiciones para la tranquilidad de la producción de las relaciones capital-trabajo. Con la realización de esta función, la perpetuación de la estructura de dominación podría ser confiada a los mecanismos construidos dentro las relaciones capitalistas de producción. El capital comprometido a la reproducción por parte de la población como productores y siervos de la producción, podría permanecer como la fuerza más penetrante y disciplinadora: emancipado del trabajo, el capital no puede y no necesita acarrear esta función. La reproducción de la estructura de dominación se convierte directamente un asunto de ley y el orden, más que ser indirectamente un asunto de la "ética del trabajo". En otras palabras, la reproducción sistémica ha llegado a ser más que nunca una responsabilidad del estado político.

Bajo estas circunstancias las nuevas presiones se ejercen sobre la democracia política y la forma moderna de vida pública en general. Está claro que con la nueva y acrecentada función del estado, el juego político no puede ser dejado a los políticos "democráticos". Una considerable libertad de opinión y organización política, las cuales virtualmente disfrutaron todos los intereses a través de la mejor parte de la historia moderna (la creatividad de la modernidad que la

quiereza llegó a ver —o más bien a no ver— como problemática) fue más que tangencialmente relacionada a la relativa inconciencia del conflicto político en un sistema donde la dominación era garantizada primariamente a través de medios no políticos. Hoy, demasiadas cosas pesan sobre el conflicto político como los políticos lo ven: la existencia de la izquierda. Se pueden esperar dos tipos de asaltos a la democracia política tal como la conocemos y, claro está, signos de ambos ya son discernibles.

Primero, habrá intentos de preservar la fachada de la democracia política cuando los poderes políticos de la política de las formas públicas de la vida democrática. Esto se puede ver en el viraje de la real toma de decisiones desde las instituciones democráticas hacia las burocracias gubernamentales extrañas al control democrático. La creciente historia sobre los "secretos estatales" que institucionalizada para remover el diario trabajo estatal de control de sus súbditos. Esto es facilitado por los medios tecnológicos actualmente a disposición del gobierno, lo cual permite que las decisiones más elementales que afectan a la sobrevivencia de la ciudadanía sean tomadas e implementadas entre otras las instituciones democráticas tengan la oportunidad de intervenir. Por ejemplo, el moderno estado de guerra no requiere ya la movilización de las emociones populares para sostener guerras. Claro está, ni siquiera que se informe a la población que se está en estado de guerra. Específicamente en el caso de los grandes poderes, el lugar asignado al secreto de estado por la "amenaza externa" y los patrones de procedimiento que alimenta, es exagerado al relegar todo a la seguridad estatal excepto las más triviales deflecciones políticas.

Segundo, la escala de problemas abiertos a la discusión dentro del proceso democrático se está fundiendo. Esto se consigue declarando a un creciente nú-

mero de actitudes radicales fuera de los límites de la democracia al reducir el umbral de opiniones consideradas subversivas; la privatización de un número creciente de funciones previamente realizadas por el estado; y problematizando el lado visible de la democracia al reducirlo con la ayuda de los medios tecnológicos como la televisión y la radio. Se pueden esperar dos tipos de asaltos a la democracia política tal como la conocemos y, claro está, signos de ambos ya son discernibles.

Bajo estas circunstancias las nuevas presiones se ejercen sobre la democracia política y la forma moderna de vida pública en general. Está claro que con la nueva y acrecentada función del estado, el juego político no puede ser dejado a los políticos "democráticos". Una considerable libertad de opinión y organización política, las cuales virtualmente disfrutaron todos los intereses a través de la mejor parte de la historia moderna (la creatividad de la modernidad que la

quiereza llegó a ver —o más bien a no ver— como problemática) fue más que tangencialmente relacionada a la relativa inconciencia del conflicto político en un sistema donde la dominación era garantizada primariamente a través de medios no políticos. Hoy, demasiadas cosas pesan sobre el conflicto político como los políticos lo ven: la existencia de la izquierda. Se pueden esperar dos tipos de asaltos a la democracia política tal como la conocemos y, claro está, signos de ambos ya son discernibles.

Primero, habrá intentos de preservar la fachada de la democracia política cuando los poderes políticos de la política de las formas públicas de la vida democrática. Esto se puede ver en el viraje de la real toma de decisiones desde las instituciones democráticas hacia las burocracias gubernamentales extrañas al control democrático. La creciente historia sobre los "secretos estatales" que institucionalizada para remover el diario trabajo estatal de control de sus súbditos. Esto es facilitado por los medios tecnológicos actualmente a disposición del gobierno, lo cual permite que las decisiones más elementales que afectan a la sobrevivencia de la ciudadanía sean tomadas e implementadas entre otras las instituciones democráticas tengan la oportunidad de intervenir. Por ejemplo, el moderno estado de guerra no requiere ya la movilización de las emociones populares para sostener guerras. Claro está, ni siquiera que se informe a la población que se está en estado de guerra. Específicamente en el caso de los grandes poderes, el lugar asignado al secreto de estado por la "amenaza externa" y los patrones de procedimiento que alimenta, es exagerado al relegar todo a la seguridad estatal excepto las más triviales deflecciones políticas.

Segundo, la escala de problemas abiertos a la discusión dentro del proceso democrático se está fundiendo. Esto se consigue declarando a un creciente nú-

mero de actitudes radicales fuera de los límites de la democracia al reducir el umbral de opiniones consideradas subversivas; la privatización de un número creciente de funciones previamente realizadas por el estado; y problematizando el lado visible de la democracia al reducirlo con la ayuda de los medios tecnológicos como la televisión y la radio. Se pueden esperar dos tipos de asaltos a la democracia política tal como la conocemos y, claro está, signos de ambos ya son discernibles.

Bajo estas circunstancias las nuevas presiones se ejercen sobre la democracia política y la forma moderna de vida pública en general. Está claro que con la nueva y acrecentada función del estado, el juego político no puede ser dejado a los políticos "democráticos". Una considerable libertad de opinión y organización política, las cuales virtualmente disfrutaron todos los intereses a través de la mejor parte de la historia moderna (la creatividad de la modernidad que la

quiereza llegó a ver —o más bien a no ver— como problemática) fue más que tangencialmente relacionada a la relativa inconciencia del conflicto político en un sistema donde la dominación era garantizada primariamente a través de medios no políticos. Hoy, demasiadas cosas pesan sobre el conflicto político como los políticos lo ven: la existencia de la izquierda. Se pueden esperar dos tipos de asaltos a la democracia política tal como la conocemos y, claro está, signos de ambos ya son discernibles.

mero de actitudes radicales fuera de los límites de la democracia al reducir el umbral de opiniones consideradas subversivas; la privatización de un número creciente de funciones previamente realizadas por el estado; y problematizando el lado visible de la democracia al reducirlo con la ayuda de los medios tecnológicos como la televisión y la radio. Se pueden esperar dos tipos de asaltos a la democracia política tal como la conocemos y, claro está, signos de ambos ya son discernibles.

Una de las consecuencias de la emancipación del capital respecto del trabajo puede ser, en consecuencia, la aún más crucial consecuencia de la emancipación política respecto de las instituciones democráticas. Esto es de la mayor importancia dado el acrecentamiento de los poderes destructivos del estado y la más profunda penetración de las burocracias estatales dentro de esferas antaño relegadas a la vida privada. El poder político puede ser soberanía del primer factor no puede ser soberanía. Vivimos bajo la sombra de la destrucción masiva. Esto ha vuelto posible el fin de la historia y de la especie humana. Como tal, va más allá de la visión de la política tradicional y comprensión que el enfrentarse a los problemas cotidianos del bienestar humano. Pero la existencia de armas de destrucción masiva es también crucial para la política interna. Así como las últimas armas permiten la total aniquilación de los "enemigos externos", también permiten al estado llegar a emanciparse del control de su propia sociedad. Esto es el eslabón decisivo en la cadena de los factores que amenazan la supervivencia de los logros democráticos de la modernidad. La izquierda no puede hacer ningún progreso definitivo sin la destrucción de los elementos de destrucción masiva. Esto es sólo una preocupación de la izquierda, sino la clave para la viabilidad de su identidad como contructura de la modernidad.

El segundo factor que vuelve particu-

larmente siniestra la emancipación de la burocracia política del control democrático, es la creciente penetración de la esfera "privada" (el "mundo de vida" de Habermas) por el estado. Esta penetración, por supuesto, fortalece aún más la autonomía del estado: mientras mayor sea la penetración, menos ristas son las oportunidades para las instituciones democráticas de recaptura aquellas áreas de control de las cuales han sido expulsadas. Así, además de tener una relevancia política instrumental, esta penetración también tiene ramificaciones morales y debe ser resistida en ambos aspectos.

No es probable que la resistencia a estos desarrollos genere un movimiento masivo debido que la intrusión en la autonomía individual y la libertad subjetiva por las burocracias estatales tiene su contraparte en soluciones al problema de la autonomía provistas por el mercado. Del mismo modo que los tempranos estados capitalistas se beneficiaron del control sobre el cuerpo y el espíritu de los trabajadores fueron redirigidos y neutralizados como conflictos sobre la distribución del plusvalor, hoy la energía generada por el viraje hacia la autonomía individual y la subjetividad política es redirigido y neutralizado por la autonomía del control de los individuos del único modo: la autenticidad fuera de las mercancías de producción masiva proporcionadas, en una variedad siempre creciente, por el mercado. En las tempranas sociedades capitalistas organizadas alrededor de la producción, cada demanda de autonomía de construcción individual del individuo era limitada por la autonomía individual en autoderrotta tanto hoy como ayer. Al contrario de su intención, acaba contribuyendo al atrincheramiento del sistema que deseaba reformar.

Lo que en última instancia alimenta la creciente preocupación con las variedades de autonomía del individuo es la limitación de la libertad individual por la modernidad inducida. Debido a esto, los miembros de la sociedad de consumo buscan reubicarse en el mercado. Así, el acrecentamiento de la autonomía individual puede ser obtenido de mejor manera al atacar las fuentes más que los efectos. Hace falta una reconstrucción burocrática del mundo de vida puede aliviar la presión para buscar la clase de autonomía que el mercado puede proveer.

Todos los asuntos críticos de hoy apuntan al mismo problema central: la amenaza de la pérdida de la autonomía política respecto al control democrático, y el resultante libertad de las burocracias estatales de colonizar el mundo de los ciudadanos, convirtiéndolo así su dominación en permanente. Este problema central define a la izquierda hoy. El centro de la crítica de izquierda en el estado político no es exactamente una nueva idea. Efectivamente, antes de que la emancipación del capital respecto del trabajo alcance sus actuales proporciones, esta estrategia fue largamente mal dirigida y correctamente criticada por Gramsci como "estadolatría". La crítica de Gramsci es que la dominación del capital estaba fincada en la "sociedad civil", colonizada por el capital al relegar a la sociedad civil la reproducción del trabajo. Ahora, sir embargo, la sociedad civil está recientemente colonizada por el estado como una esfera de reproducción de consumidores, es decir, hombres y mujeres cuyos intereses en la autonomía

Ada Korn Editora

David Couzens Hoy (comp.), Foucault, Nueva Aires, Ediciones Nueva Visión, 1988

Dentro de la casi obvia disparidad de valores de una obra colectiva, este libro ofrece no solamente la novedosa evidencia de la influencia del pensamiento francés en el mundo anglosajón: también contiene artículos francamente estimulantes para una reflexión general sobre la problemática foucaultiana. En este sentido debe inscribirse la inteligente intervención de Richard Rorty al cuestionar la posibilidad misma de una epistemología en Foucault, a quien su confesado nietzscheismo conduciría a agostarse en propuestas puramente negativas traducidas, eso sí, en brillantes redescubrimientos del pasado. Las consecuencias beneficiosas de una lectura instalada en otra tradición cultural son perceptibles en el estudio de Michael Walzer, quien puede ser leído con desafiado lo que luce como una connotación visible pero poco confesada de la producción historiográfica de Foucault: el carácter errático de su base documental. Esta impugnation tiene todo que ver con otra más importante que Walzer está interesado en remarcar, y que se dirige a matizar la excesiva tendencia identificatoria operada por "el dispositivo Foucault" entre el arquetipo del concentrinario del Gulag y las prácticas del Estado liberal. Un buen correctivo teórico, por lo demás, para quienes desde la Argentina pretenden con Inmoderado afán imitativo imponer en los análisis históricos una temática masiva de los "microprocesos" antes de cuestionarse seriamente respecto de los aspectos fuertemente centralizadores del Estado argentino desde el siglo XIX.

Antoño Marimón El antiguo almirante de los héroes, Buenos Aires, Punto Sur, 1988

1. Comenzar una reseña bibliográfica con una actuación no es usual en este tipo de escrito. Pero aquí se hace necesario, porque quien escribe estas líneas es amigo de Antoño Marimón desde la época en que estudiaban en la Facultad de Filosofía y Letras de Córdoba. Época de iniciación en la literatura, de aprendizajes estéticos, de bares y lugares compartidos de lecturas comunes y fuertes utopías políticas y sociales. Quizá por esas experiencias cercanas alguna vez también hemos escrito fragmentos de la misma historia.

2. Como siguiendo una vieja costumbre de los años cordobeses cuando nos intercambiábamos poemas, Marimón me pasó hacia 1982 algunas primeras páginas de El antiguo almirante de los héroes. Más tarde vinieron otros. Así leí "El ausente", "Héro-

menes II y III de la Historia de la sexualidad pueden inducir. En todo caso, el carácter de esa poster escritura está por definirse más acabadamente, teniendo en cuenta sin duda las profundas modificaciones que aquellas elaboraciones introducen en el corpus foucaultiano. Mas si es verdad que en ellos hasta el estilo ha variado, y el relevamiento de los textos casi anónimos ha sido reemplazado por la lectura a veces meramente descriptiva de autores clásicos, aquella colocación diversa de la temática y del tratamiento debería incluirse dentro de una interpretación que atiende al conjunto de lo que abusivamente podría llamarse el proyecto teórico de Foucault. En este sentido el artículo de Arnold Davidson posee los valores conjuntados del conocimiento de la obra y de un afán didáctico plenamente logrado sin las recaídas en el aplastamiento del tema tratado. Arqueología, genealogía y ética serían así las categorías abarcadoras del conjunto de los escritos de Foucault, y a partir de ellas se ofrece una perspectiva de lectura situada, aunque que la distancia postulada por la vida, los libros y la muerte permite un acercamiento menos deslumbrado y más productivo a la prosa no sin belleza del autor de La historia de la locura.



Oscar Terán

rojo I", "Un teatro tallado en zafiro", "Un no tanto", "Y luego, en 1986, a su regreso de México, el original del libro terminado.

Trato de recordar el impacto de esas instancias de lecturas. Era un libro que se construyó como el desafío de narrar un "pa-



Educación de la Nación 1888 - 11 de setiembre - 1988 centenario de la muerte de D.F. Sarmiento

sado", la experiencia de un protagonismo intelectual y político que había sido clausurado violentamente por el golpe militar de 1976. Era también escribir un libro desde el lugar de la muerte, de la derrota y el exilio. "El ausente" fue por esa época el texto que más nos sedujo, quizá porque allí ya se condensaba lo que la totalidad del libro después expandiría en sus distintos matices. Publicado en Punto de Vista hacia 1983 se convirtió en el disparador de otro proyecto, que compartimos con Rafael Filippelli y Beatriz Sarlo, de "hacer una película". Esa película —llamada también "El ausente"— hoy está terminada y trabajó en la redacción del guión con su director Rafael Filippelli.

3. Releo o he leído El otro alimento de los héroes nuevamente en estos días. Después de las salvedades iniciales selecciono ahora alguna de las reflexiones suscitadas por esa lectura.

Desde el poema inicial, como advertencia, el libro anticipa que va a narrarnos una "memoria densa como un barco fantasma". En "Lorena", la experiencia de la cárcel es contada por una voz que se distancia mediante un tono moroso y la reflexión casi constante sobre lo que se cuenta. El narrador —por ejemplo— parece detener la acción, y en una situación parecida al off cinematográfico, dice: "La memoria parece una escritura interna: en la memoria veo la escena como proyectada por una ficción de otro individuo, disfrazada y borrosa por la luz de la lectura".

La memoria, entonces, es una realidad, es la narración que construye la sintaxis del texto de Antoño Marimón. Esto se repite en cada uno de los ámbitos que completan su diégesis: el familiar, el político, el estético. Un primer recuerdo de su madre y su abuela permite "aquejar" lo que abre la posibilidad del relato de un recuerdo" (pág. 75). En lo político, una búsqueda de "ordenación fiel a la cristalización de la memoria se concentra en un protagonista" (Figari en Astrólogo, el Gordo Ricardo en la serie de Héroe rojo). En lo literario, la iniciación en la escritura a través de la lectura de Kayvele. Aunque, en realidad, es la narración de los recuerdos de esa lectura a mediados de los sesenta. Y también un homenaje a la lectura que hizo de libro todo una generación.

Obviamente, Marimón sabe y nos está diciendo a lo largo de El otro

alimento de los héroes, que no se puede escribir una experiencia del pasado —por más importante que ésta sea— apelando solamente a la memoria. Es necesario que existan un proyecto estético que lo sustente, que haga esos materiales de la vida cobren sentido no sólo histórico sino estético, que se haga, en verdad, literatura. Narrar y reflexionar se entrecruzan, se alternan, se amalgaman. El pasado y el presente, igualmente. La cárcel como apertura de la escritura, el exilio como cierre de lo recordado y ya escrito. Cito: "Pero ¿cómo narrar la experiencia misma de lo que se produce conforme se pierde? ¿Cuándo comprendí que no hay poética sin partícula preciosa, y que al descubrir la lectura repinga tal que fuera pida por algo pintado? No lo sé".

Narrar y reflexionar es la única forma de contar la memoria, la experiencia, el pasado. No se trata de "ficcionalizar la teoría" ni de contar la experiencia como un "dispositivo". Lo esencial es la elección de una poética. Quizá por eso es El antiguo... se diferencia de libros como Respiración Artificial, de Ricardo Piglia, o de los que en sus antepasados han querido contar "los recuerdos de la muerte" o las "penas y los olvidos".

La poética de El antiguo... por otra parte, se narra a sí misma en la memoria de las primeras lecturas, en las reflexiones del tiempo siempre presente de la enunciación. Puede reconocérsela en las lecturas citadas o implícitamente citadas: Cortázar, Borges, Arlt, Machonón, Bataille, Blanchot, Artaud, Eliot. Desde la conjunción deliberada en lo textual de la poesía y la narración. Desde la reflexión sobre el lugar "ninguno" que según Marimón ocuparía la literatura. Veamos: por una parte existe la conciencia de que alguien debe contar las historias de esos héroes rojos que nacieron con el Córdoba porque eran como "un corte de historias sin escritura"; por otra, que "había aprendido que la escritura es soberana, no servil de nadie; ni del héroe, ni del dirigente, ni del partido". Una poética —cuenta yo ve— que si bien eran escuelas profesionales, un descontento que prevalecía entre los estudiantes para los cuales el estudio importaba más que una mera preparación para la vida profesional. El estudio de la filosofía no se correspondía con quien quería ganarse el pan sino más bien con hombres resueltos y famélicos, que precisamente por este motivo eran gustos difíciles de ser dijos. Bastaba, que el arte y la vida sólo podían contentarse de ningún modo con una sabiduría de la vida mundana, y para quienquiera que estuviese interesado en las soluciones de enigmas había disponible una amplia oferta de visiones del mundo y de sus partidarios. Pero ellos no sabían lo que querían. La universidad ofrecía normalmente la posibilidad de escoger entre escuelas

Carlos Dámaso Martínez

Martín Heidegger a los ochenta años

Hannah Arendt

Con sus ochenta años, Heidegger festeja también el cincuenta aniversario de su vida pública (que él inició no como autor —si bien había publicado un libro sobre Duns Scotus— sino como docente universitario. En apenas tres o cuatro años, después de estar primer estudio sólido e interesante pero todavía de alguna manera convencional, había resultado tan distinto del autor de aquel libro que sus estudiantes lo conocían a duras penas como tal).

Si es verdad, como afirmó una vez Platón, que "el principio es un Dios, y mientras mora entre los hombres salva a todas las cosas" (Las Leyes), entonces el principio, en el caso de Heidegger, no coincide ni con la fecha de nacimiento (26 de setiembre de 1889 en Messkirch) ni con la publicación de su primer libro, sino con los primeros cursos y seminarios que él tiene como Privatdozent y asistente de Husserl en la Universidad de Friburgo en 1919. La fama de Heidegger precede en cerca de ocho años a la publicación, en 1927, de Sein und Zeit (El Ser y el Tiempo); debemos por eso preguntarnos si el insólito éxito del libro —no sólo por la conmoción suscitada [adentro y afuera del mundo académico] sino también por su influjo extraordinariamente duradero, con el que pocos libros publicados en nuestro siglo pueden competir— habría sido posible si no hubiera estado precedido por la reputación que él ya había conquistado entre los estudiantes, según los cuales, de todos modos, el éxito del libro había simplemente confirmado lo que sabían desde muchos años antes.

Había algo de singular en esta fama precoz, acaso aun más extraña que la fama de Kafka en los primeros años '20 o de Braque y Picasso en el decenio precedente: también ellos eran desconocidos para el público que comúnmente se designa como el gran público, a pesar de que ejercían un influjo extraordinario. Pero en el caso de Heidegger no había nada de tangible que justificase su fama: no había escrito nada, salvo los apuntes tomados de sus lecciones, que pasaban de mano en mano. Se trataba de textos que eran generalmente familiares y que no contenían una doctrina que pudiese ser aprendida, reproducida o transmitida. En el caso de Heidegger se trataba de algo más que de un mero nombre, pero este nombre circulaba por toda Alemania como una especie de rumor acerca de la existencia de un rey oculto. Algo bien distinto de un "círculo" organizado y dirigido por un "maestro" (como, por ejemplo, Stefan George), que, aun cuando era muy conocido por el público, permanecía separado de él gracias a una aura misteriosa [los arcana imperii] en la que presumiblemente sólo los miembros del círculo estaban iniciados. En el caso de Heidegger no existían secretos ni pertenencia a grupo alguno; ciertamente las personas que le escucharon se conocían entre sí, porque eran todos ellos estudiantes y entablaban relaciones amistosas ocasionales. Aquí y allá se formaron cenáculos que nunca llegaron a constituirse en un círculo propiamente dicho, ni se desarrolló tampoco [entre sus secueles] esoterismo alguno.

¿A quienes llegaban las noticias sobre Heidegger y qué era lo que decían? En las universidades alemanas de aquel tiempo, en los años posteriores a la primera guerra mundial, no existía una verdadera rebelión sino un malestar difuso respecto del modo académico de la enseñanza y del prestigio que a ella se le otorgaba. Los eran escuelas profesionales, un descontento que prevalecía entre los estudiantes para los cuales el estudio importaba más que una mera preparación para la vida profesional. El estudio de la filosofía no se correspondía con quien quería ganarse el pan sino más bien con hombres resueltos y famélicos, que precisamente por este motivo eran gustos difíciles de ser dijos. Bastaba, que el arte y la vida sólo podían contentarse de ningún modo con una sabiduría de la vida mundana, y para quienquiera que estuviese interesado en las soluciones de enigmas había disponible una amplia oferta de visiones del mundo y de sus partidarios. Pero ellos no sabían lo que querían. La universidad ofrecía normalmente la posibilidad de escoger entre escuelas

En las raíces de las concesiones al nazismo del máximo filósofo contemporáneo está el apoliticismo de una parte de la cultura alemana del siglo XX. Un apoliticismo que evidencia ser una forma de éxtasis y de esteticismo. El error de Heidegger fue haber traducido a fórmulas políticas su pensamiento. Para aquél que intenta ejercer el oficio de filósofo, el texto de la Arendt le enseña el difícil arte de moverse en el límite entre el silencio del pensamiento y la riesgosa palabra del mundo.



—las neokantianas, las neogelagianas o las neoplatónicas— a la vida disciplinada académica, en la que la filosofía, rigidamente dividida en especialidades —epistemológica, estética, ética, lógica y demás—, no era transmitida sino sofocada por un aburrimiento infinito. Antes de Heidegger también hubo quienes se rebelaron contra esta confortable y, a su modo, sólida empresa. Antes de Heidegger, Husserl había lanzado la aplicación de retornar "a las cosas mismas"; y esto significaba "basta con las teorías, basta con los libros", esto es, la fundación de la filosofía como una ciencia rigurosa que había encontrado un lugar al lado de las otras disciplinas académicas.

Se trataba todavía de una protesta ingenua y no subversiva, pero era de todos modos algo en lo que tanto Scheler como Heidegger se apoyaban. Además, en Heidegger enseñaba Karl Jaspers, conocido rebelde que provenía de una tradición no filosófica. Es conocido que Jaspers mantuvo con Heidegger relaciones amistosas, precisamente porque el elemento rebelde en la empresa de Heidegger lo seducía como algo filosóficamente original en medio de todas las chácharas académicas en torno a la filosofía. Pero como estos pocos pensadores tenían en común era, para decirlo con las palabras de Heidegger, que "lo grababan distinguir entre un objeto de erudición y la cosa del pensamiento" (Heidegger, 1954) y que eran bastante indiferentes a los objetos de erudición. En aquella época las voces sobre la enseñanza de Heidegger llegaban a aquellos que eran más o menos conscientes de la ruptura de la tradición y de los "tiempos oscuros" que habían

so brevenido; ellos consideraban la mera erudición en las cuestiones filosóficas como un juego ocioso y por eso estaban dispuestos a pactar con la disciplina académica sólo porque permitía "lo que esos pensados" o, como diría hoy Heidegger, "la cosa del pensamiento" (Heidegger, 1969).

Las voces que los atraían hacia Friburgo del Privatdozent y más tarde a Marburgo (del joven profesor), decían que en aquellas universidades existía alguien que había realmente accedido a las "cosas" a las que Husserl había apelado, alguien que sabía que estas cosas no eran una tarea académica sino preguntas planteadas por los hombres que piensan —preguntas no de ayer o de hoy sino planteadas desde tiempo inmemorial— y que, precisamente porque él sabía que las mismas de la tradición estaban interrumpidas, estaba redescubriendo el pasado. Técnicamente era decisivo que, por ejemplo, no se hablase en torno a Platón, o se expusiese su doctrina de las ideas, sino que más bien, durante todo un semestre, se iniciara un diálogo que permitiera discutirlo paso a paso, hasta que la doctrina seguida por milenios, desapareciera para dar lugar a una problemática de gran relevancia y actualidad. Hoy todo esto nos parece muy familiar porque muchos siguen este método. Pero nadie antes de Heidegger

había intentado algo por el estilo. Las voces sobre Heidegger contenían simplemente esto: el pensamiento se ha convertido nuevamente en algo vivo; los textos culturales del pasado, que se consideraban muertos, en los hechos hablan de nuevo, y de este modo ellos revelan cosas completamente distintas de lo que erróneamente se creía. Existe un maestro: ahora se puede tal vez aprender a pensar.

El rey oculto reina en la esfera del pensamiento que, si bien pertenece completamente a este mundo, está tan escondida en él que nunca se puede estar completamente seguro de su existencia. Y sin embargo sus habitantes deben ser mucho más numerosos de lo que se cree. En efecto, ¿cómo se podría explicar de otro modo el influjo, sin precedente y fuertemente subterráneo, del pensamiento de Heidegger y de su enseñanza rica de pensamiento, un influjo que se extendió más allá del círculo de sus estudiantes y de eso que se entiende comúnmente por filosofía? En efecto, no es la filosofía de Heidegger, cuya existencia (con Jean Beaufret) podemos legítimamente poner

en discusión, sino su pensamiento el que ha contribuido de manera tan decisiva a formar la filosofía del espíritu de nuestro siglo. Este pensamiento pose una peculiar capacidad de penetración que (en términos lingüísticos) coincide con el uso transitivo del verbo "pensar". Heidegger no piensa nunca en *torno* a algo; él piensa *algo*. En esta actividad no del todo contemplativa, él penetra en el mundo, pero no para descubrir o sacar a la luz un fundamento último, sino para descubrir y descubrir que ha habido permanencia al desconocido en su forma presente. Antes bien, permanece en esta dimensión profunda con el objetivo de trazar senderos y de fijar "señales en el camino" (y precisamente *Señales en el camino* es el título de una recopilación de textos escritos entre 1929 y 1962 —véase Heidegger, 1967). Este pensamiento plantea tareas y puede interesarse por "problemas", pero posee particularmente un carácter específico con el que está especialmente ocupado o, para ser más precisos, que específicamente reclama su atención; pero no se puede decir que tenga una finalidad. Es incansablemente activo, y también la individualización de los senderos conduce más a la apertura de una nueva dimensión del pensamiento que a un objetivo predefinido. Fijados los caminos, los senderos pueden ser tranquilamente llamadas "carreteras" [Holzwege] (tal es el título con el que se diseñó otra recopilación de ensayos escritos entre los años 1953 y 1946). Ellos, precisamente porque no conducen a ningún lugar fuera del bosque y "se pierden súbitamente en el monte impenetrable" (Heidegger, 1950), son incomparablemente más gratos para el alma los bosques, donde se siente como su propia casa que en los bosques, donde los míticos cuidadosamente trazados en los que apresuran su paso las búsquedas de los especialistas de filosofía y de ciencias humanas. La metáfora de los *Holzwege* recoge algo esencial, más no tanto, como se podría pensar. La idea de que alguien desembocó en una senda sin salida, sino por sobre todo la idea de que, al igual que un leñador que trabaja en el bosque, el espíritu también él mismo ha trazado. Y abrir senderos constituye su ocupación al igual que abate árboles.

En esta dimensión profunda, que por primera vez ha sido penetrada y abierta por su pensamiento, Heidegger ha establecido una amplia red de sendas de pensamiento. El único resultado inmediato, que ha sido comprensibleamente advertido y que ha hecho escucha, es haber producido un sentimiento de la proximidad del mundo (en la que, por mucho tiempo, nadie se había sentido del todo cómodo), de la misma manera como los pasajes subterráneos y las operaciones de excavación causan el derrumbe de estructuras cuyos fundamentos no habían sido bastante seguros y profundos. Esta es de algún modo una tarea histórica, acaso incluso de primera importancia, pero que no inculca necesariamente a quien no pertenece a alguna corporación, incluida la de los periodistas. Que Kant, en una determinada perspectiva, pueda ser considerado legítimamente *altes Zerkmalen* (alguien que aplasta cualquier cosa) tiene poco que ver con el mismo Kant, independientemente de su rol histórico. Y en lo que respecta a la parte desempeñada por Heidegger en el derrumbe de la metafísica, que sea como fuere era inminente, le debemos agradecer el que este derrumbe haya sucedido de un modo digno de lo que la había precedido; a él le debemos también que la metafísica haya sido pensada hasta el fin, y no fuese simplemente sobrepasada por lo que le siguió. Heidegger habló en *Zur Sache des Denkens* (1969) del "fin de la filosofía" en *ser* se trata de un fin que debemos a la filosofía en su honor, un fin preparado por un pensador que estaba profundamente ligado a ella y a su tradición. Durante todo su vida Heidegger ha basado sus lecciones y seminarios sobre los textos de los filósofos, y sólo en su vejez osó dictar un seminario sobre un texto propio. *Zur Sache des Denkens* contiene en efecto el "protocolo de un seminario sobre la conferencia *Tiempo y ser*", que constituye la primera parte del libro.

He dicho anteriormente que se acudía a Heidegger para aprender a pensar, y que con sus lecciones se realizaba sobre todo una experiencia: el pensamiento como actividad pura —y esto no significa estar impulsados por la sed de conocimiento ni por la avidez de erudición. El pensamiento podría resultar una pasión que no tiraniza las otras capacidades y dotes sino que más bien las coordina y gobierna a través de ellas. Estamos tan habituados a las viejas oposiciones entre razón y pasión, entre espíritu y vida, que la imagen de un pensamiento que se realiza en la actividad pura —y esto no significa estar impulsados por la sed de conocimiento ni por la avidez de erudición. El pensamiento podría resultar una pasión que no tiraniza las otras capacidades y dotes sino que más bien las coordina y gobierna a través de ellas. Estamos tan habituados a las viejas oposiciones entre razón y pasión, entre espíritu y vida, que la imagen de un pensamiento que se realiza en la actividad pura —y esto no significa estar impulsados por la sed de conocimiento ni por la avidez de erudición. El mismo Heidegger expresó una vez esta unidad —basándose en una anécdota bien conocida— con una expresión lapidaria, cuando al comienzo de una lección sobre Aristóteles afirmó, en lugar de la acostumbrada introducción bio-

gráficas: "Aristóteles *comió, trabajó y murió*". Que tal unidad sea en sí realidad, como nosotros también podemos verificar, la condición principal de la filosofía de Heidegger. Pero debemos preguntarnos si hubiéramos podido realizar esta experiencia, sobre todo en este siglo, sin el pensamiento de Heidegger. Este pensamiento, que en su actividad apasionada nace del simple hecho de "ser-nacido-en-el-mundo" y que ahora "piensa *reina*" (Heidegger, 1959), no puede tener un fundamento —al conocimiento o al saber— que no sea la vida misma. El fin de la vida es la muerte, pero el hombre no vive en nombre de la muerte, sino porque es un ser viviente; y no piensa en nombre de cualquier resultado, sino porque es un "ser pensante, o sea meditante" (*Bidem*).

El pensamiento tiene como consecuencia que el pensamiento se relacione con el pensamiento, o sea culturalmente relacionado, o sea crítico. Ciertamente, después de las escuelas filosóficas de la antigüedad, los filósofos han demostrado una fatal disposición a construir sistemas, y hoy, cuando buscamos descubrir sus verdaderos pensamientos, nos encontramos en dificultad para desmontar los edificios que ellos han construido. Sin embargo, el fin del pensamiento no es el sistema, sino el pensamiento que tiene necesidades muy diversas, y en cuanto lo es profundamente legítimas. Si quisáramos medir el pensamiento en su inmediatez y apasionada vitalidad, o sea en sus resultados, entonces ocurriría como con el velo de Penélope: lo que es tejido durante el día sería inexorablemente destruido de noche, de manera tal que al día siguiente se debe comenzar de nuevo. Todo escrito de Heidegger, no obstante, resalta esencialmente a los a sus publicaciones anteriores, parece como si él mismo reconstruyera cada vez de nuevo, y sólo raramente retomara el lenguaje que él había acuñado con anterioridad: una terminología, sea como fuere, en la que los conceptos son sólo "señales", mediante las cuales una nueva dirección de pensamiento encuentra su orientación. Heidegger se refiere a tal especificidad del pensamiento que trabaja en el bosque, que el pensamiento constituye la cosa del pensamiento, pertenece constante y necesariamente al pensamiento; cuando, a propósito de Nietzsche, habla de "una falta de respeto del pensamiento, que comienza siempre de nuevo"; cuando dice que el pensamiento tiene el carácter de la regresión. Y él practica la regresión cuando somete *Sein und Zeit* a una crítica que muestra que el establecimiento de la proximidad de la verdad en Platón "no es asible", y habla en general de la "mirada retrospectiva" del pensador hacia su propia obra, que "debe *retractivo*", no en el sentido de una revocación sino como un nuevo modo de pensar lo que ya había sido pensado (Heidegger, 1969).

Todo pensador, si sólo se vuelve suficientemente atento, debe esforzarse para descubrir que ha emergido como resultado específico de su pensamiento; y él lo hace simplemente repensándolo (el dirá con Karl Jasper, "y ahora que se debería verdaderamente comenzar, ¡es necesario marcharse!".) El yo pensante no tiene edad, y el hecho que los pensadores, en cuanto habitan realmente en el pensamiento, resultan viejos sin envejecer, constituye su maldición y su bendición. La pasión del pensamiento se comporta como cualquier otro pasión, lo que llamamos comúnmente cualidades personales —cuyo conjunto, regulado por la voluntad, es conocido como "carácter"— sufren el asalto de la pasión, que aferra a la persona, se apodera de él y anula su carácter, que nada puede contra este asalto. El yo pensante, que se encuentra en el arreciar de la tempestad, como dice Heidegger, y para el cual el tiempo literalmente se detiene, no sólo carece de edad, sino también, aunque siempre específicamente diverso, de cualidad. El yo que piensa es todo menos el sí de la conciencia.

Además, el pensamiento (como una vez Hegel, en una carta de 1807 a Zillmann, dijo de la filosofía) es "algo solitario" y, esto no solamente porque yo estoy sólo en aquello que Platón llama el "silencioso diálogo consigo mismo" (*Sofista*, 263e), sino porque en este diálogo resuena siempre algo "indescible", que no puede ser expresado plenamente mediante el lenguaje y transformado en discurso, y que, por eso, no es comunicable, ni a los otros ni a quien hace la experiencia. Es probablemente este "indescible", del que Platón habla en la *Carta VII*, el que hace al pensamiento tan solitario, y el que constituye sin embargo el terreno fértil y variado en el que el pensamiento brota y en el que siempre se renueva. Podríamos también imaginar —si bien esto no es del todo el caso de Heidegger— que la pasión del pensamiento asalta involuntariamente lo más sociable de los hombres y, dada la medida que ella conlleva, lo abate.

Que yo sepa, el primero y el único que había hablado del pensamiento como un *pathos* que puede ser soportado ha sido Platón, que en el *Teeteto* (155d) consi-

dera al estopor el principio de la filosofía; él ciertamente no entendió con esto la mera sorpresa o el asombro que se apodera de nosotros cuando nos damos cuenta de esto. En efecto, el estopor con el que se inicia la filosofía —del mismo modo en que la sorpresa y el asombro pueden constituir el comienzo de la ciencia— vale para lo que es cotidiano, obvio, para lo que estamos habituados y que nos es familiar; este es también el motivo por el cual el estopor no puede ser aplacado por cualquier tipo de conocimiento, sino que puede tener un significado —en el sentido totalitario platónico— de la capacidad de sorprenderse ante lo simple; pero, a diferencia de Platón, él agrega: "de asumir y de aceptar este estopor como la propia morada" (Heidegger, 1954²). Este agregado me parece decisivo para reflexionar sobre Heidegger. En efecto, muchos hombres (al menos así se espera) conocen el estopor con la voluntad que el conlleva, pero indeciblemente no tienen su propia morada en el pensamiento. Cuando el estopor ante lo simple se apodera de ellos, y cediendo ante el mismo, se comprometen con el pensamiento, saben que están alejados de su lugar habitual en el *continuum* de ocupaciones en el que tienen lugar los negocios humanos, y después de un instante retornan a la vida cotidiana. Heidegger se encuentra por eso, en el sentido platónico, fuera de las habitaciones de los hombres; y también así "las tempestades del pensamiento", de las que Sócrates (según Jenofonte) fue quizás el primero en hablar, pueden ser bastante violentas, ellas son aún más metafóricas de lo que está contenido en la metáfora de "una época tempestuosa" (arraigada a otros lugares del mundo, la residencia del pensador es un "lugar de quietud" (Heidegger, 1969).

En principio es el mismo estopor el que provoca y difunde la quietud. Y es a causa de esta quietud que estar protegido contra todo rumor, hacer el silencio, por voz, resulta una condición indispensable para que el pensamiento se desvincule del mero estopor. En esta quietud adviene una singular metamorfosis referida a toda cosa que recae en la dimensión del pensamiento, entendido en el sentido heideggeriano. En su esencial exclusión del mundo el pensamiento es está siempre y sólo en relación con la cosa ausente, con lo que está ausente, con lo que está excluido de la percepción directa. Si nos encontramos cara a cara con alguno, lo percibimos ciertamente en su presencia corpórea, pero no lo estamos pensando. Y si se lo piensa mientras está presente, estamos secretamente sustrayéndonos de la relación directa. Para estar más próximos en el pensamiento a una cosa o a un ser humano que están lejos del mundo de la percepción directa. El pensamiento, dice Heidegger, es "llegar a la proximidad con lo lejano" (Heidegger, 1959).

Se puede comprender más fácilmente este punto recurriendo a una experiencia familiar. Nosotros emprendemos viajes para ver cosas en lugares lejanos; ahora bien, sucede frecuentemente que las cosas vistas se nos vuelven cercanas sólo retrospectivamente, gracias a la memoria, cuando no tenemos más la posibilidad de una impresión inmediata —es como si descubriésemos su significado cuando ya no están presentes. Esta inversión de relación —por la cual el pensamiento aleja lo que está próximo, retirándose de la proximidad y acercando lo que está distante a la proximidad— es decisiva si queremos encontrar una respuesta a la pregunta: "¿dónde nos encontramos cuando pensamos?" El recuerdo, que es el pensar se convierte en rememoración, ha desempeñado un papel tan importante como facultad espiritual en la historia de las reflexiones sobre el pensamiento, porque nos garantiza que la proximidad y la distancia, así como son dadas a la percepción de los sentidos, son efectivamente posibles de tal inversión.

En el pensamiento, como en la presencia sólo ocasionalmente, con algunas sugerencias por lo demás negativas, en torno a la "morada" en la que se siente en casa propia, o sea lo "morada" del pensamiento —como cuando afirma que el estopor del pensamiento "pertenece a la vida cotidiana [...] no satisface necesidades estimulantes o dominantes [...] el interrogar mismo está 'fuera del orden'" (Heidegger, 1953). En lo que respecta al mismo Heidegger, y su inversión en el pensamiento permea toda la obra de Heidegger, como una clave con la que todo se armoniza. La presencia y la ausencia, el esconder y el revelar, la proximidad y la distancia —su entrelazamiento y las conexiones relativas— no tienen nada que ver con la obvia verdad según la cual no se daría presencia sin la experiencia de la ausencia, así como la proximidad sin la distancia y el desentramado. Al pensamiento, al pensamiento de la morada del pensamiento, el "retirarse del Ser" o el "olvido del Ser" reinan en el mundo ordinario que circunda la morada del pensador, la "esfera familiar de la vida cotidiana"; el pensamiento, que por su misma naturaleza se atiene a lo que está ausente, está siempre co-

nectado al retirarse de este mundo. La superación [*Aufhebung*] de este retirarse está siempre comprometida con un retorno del mundo de los negocios humanos, y esto también en el caso en el que el pensamiento reflexiona precisamente sobre estos negocios, en la quieta separación que le es propia. Así, también Aristóteles, que tenía un vivo contacto con sus ojos el gran ejemplo de Platón, había acudido resueltamente al filósofo no jugar la parte de rey cuando se le ofreció el gobierno de Atenas, sino gobernar tal como *philosophon pragmatia*, la esfera de los negocios humanos. La "facultad de asombrarse", aun sólo ocasionalmente, ante lo que es simple es presumiblemente inherente a todos los seres humanos; y los pensadores que son bien conocidos, en el pasado como en el presente, deberían ser distinguidos por la capacidad de transformar esta facultad en pensamiento, y de desarrollar el pensamiento que era de todas formas más apropiado para ellos. De todos modos, la capacidad de asumir este estopor como morada propia" es otra cuestión. Es extraordinariamente rara y la encontramos documentada en un cierto grado de exactitud sólo en Platón, que se ha expresado más de una vez y muy drásticamente en el *Teeteto* (desde 173a a 176) sobre los peligros de tal morada. Precisamente en este diálogo, de manera manifiesta por primera vez, relata la historia de la búsqueda de una vía hacia el cielo, con los ojos mirando al cielo, observar las estrellas y caerse en un pozo, se ríe de quien, queriendo conocer las cosas del cielo, ignora aquellas que están a sus pies. Tales, si debemos creer a Aristóteles, quedó muy ofendido por ello —tanto más cuanto sus concudados estaban acostumbrados a despreciarlo por su pobreza— y demostró con una notable exactitud sobre los molinos que era fácil para los "sabios" hacerse ricos con sólo haber ocupado seriamente. Y ya que, como todos saben, los libros no son escritos por las muchachas campesinas, la servienta tracia debía todavía someterse a la opinión de Hegel, según la cual ella no tenía talento alguno para las cosas elevadas.

Platón, que en *La República* no sólo quería poner morada a los poetas sino también prohibir la risa, al menos a la clase de los guardianes, tenía la risa de los concudados más que la hostilidad de quienes tenían opiniones contrarias a su pretensión de una verdad absoluta. Tal vez fue el mismo Platón sabio que era probable que la mayoría del pensamiento, vista desde el exterior, se asemeja al país de los locos de Aristóteles. En todo caso, era consciente de que el pensamiento, cuando pretendía llevar sus productos al mercado, puede resultar un objeto público de risa. Y esto, entre otras cosas, pudo haberlo inducido, en edad avanzada, a ir tres veces a Sicilia para educar al tirano de Siracusa, enseñándole la matemática en tanto indispensable introducción a la filosofía, y por eso al arte de gobernar como rey filósofo. El no se da cuenta de que esta fantástica experiencia, considerada desde el punto de vista de la servienta tracia, parecía notablemente más cómica que la derivenza de Tales. Y en efecto, que yo sepa, ninguno ha leído jamás, y no conozco alguna descripción irrisoria de este episodio. Los hombres todavía no han descubierto la medida de lo que qué sirve la risa —caso porque los pensadores, que desde siempre han estado maldispuestos para la risa, les han dejado solos en este punto, aunque algunos de ellos se han atormentado para establecer qué cosa nos hace reír.

Ahora bien, todos nosotros sabemos que también Heidegger ha caído una vez en la tentación de cambiar su "morada" y de introducirse en el mundo de los negocios humanos. Y en lo que respecta al mundo, a él le fue peor que a Platón, porque en el caso de Heidegger el tirano y sus víctimas no se encontraban al otro lado del mar sino en su tierra. En lo que respecta al mismo Heidegger, creo que las cosas son distintas. El era todavía demasiado joven para aprender del *shock* de la colisión [con el mundo de los negocios humanos], que hace 35 años, después de diez breves meses agitados lo recondujo a su morada, y para insertar en su pensamiento la propia experiencia. Lo que él derivó de ésta fue el descubrimiento de la voluntad como "voluntad de querer" y por eso como voluntad de poder.

En la época moderna sobre todo se ha escrito mucho sobre la voluntad, pero se ha descubierto poco sobre su naturaleza, a pesar de Kant y Nietzsche. Sea como sea, nadie antes de Heidegger ha visto cómo ella se puede oponer a la esencia del pensamiento y tenga sobre él el efecto del desentramado. Al pensamiento, al pensamiento de la morada del pensamiento, el "retirarse del Ser" o el "olvido del Ser" reinan en el mundo ordinario que circunda la morada del pensador, la "esfera familiar de la vida cotidiana"; el pensamiento, que por su misma naturaleza se atiene a lo que está ausente, está siempre co-

leza del pensamiento, que no es un querer" (Heidegger, 1959).

Nosotros, que deseamos honrar a los pensadores, aunque nuestra morada se encuentra en el medio del mundo, difícilmente podemos no considerar ofensivo y hasta desagradable que Platón y Heidegger, cuando quisieron ocuparse de los negocios humanos, encontrasen refugio en la casa de los tiranos y los Führer. Pero esto debería ser imputado no a las circunstancias de su vida, y tanto menos a su carácter preconstituido cuando más bien a lo que los franceses llaman *una déformation professionnelle*. En efecto, la atracción por lo que es tiránico puede ser demostrada teóricamente en muchos grados pensadores (con la excepción de Kant). Y si la tendencia no es demostrable en lo que hicieron, esto ha sucedido sólo porque poquísimo de ellos estaban preparados para superar la "capacidad de asombrarse ante lo que es simple" y a "aceptar este estopor como propia morada".

En el caso de estos pocos, no cuenta en última instancia el lugar a donde la tempestad de este siglo los habría podido arrojar. En efecto, la tempestad que sopla a través del pensamiento de Heidegger —como la que después de miles de años emana de la obra de Platón— no proviene del siglo [en que ellos vivieron]. Proviene de los comienzos, y lo que ella deja tras de sí es algo perfecto que, como toda cosa perfecta [según las palabras de Rilke], vuelve a los comienzos.

[Traducción: Jorge Tula]

Nota

¹ Este episodio, —que hoy después que el rencor se ha calmado y, sobre todo, después que innumerables falsedades han sido aclaradas, es generalmente definido como el error— presenta múltiples aspectos, y entre ellos aquellos que se refieren a la época de la república de Weimar. Estos aspectos no están del todo claros para quienes vivieron en este época —sobre todo con la luz rosada con que es vista hoy la república de Weimar en contraste con el horror que le ha seguido, Además, el "error" de Heidegger definiría notablemente de los "errores" corrientes del período. ¿Quién, en la Alemania nazi, pudo creer, con Heidegger, que "la verdad interior de este movimiento [...] consiste en el encuentro entre la tecnología planetaria y el hombre moderno" (*Introducción a la metafísica*)? Es una cuestión sobre la que la literatura nacionalsocialista está completamente ausente —salvo, obviamente, alguien que había leído, a cambio del *Mein Kampf* de Hitler, algún escrito de los futuristas italianos, que tenía sus diadas relaciones con el fascismo, pero no nazismo. No hay duda de que estos escritos son una lectura interesante, pero el punto de la cuestión es que Heidegger, como muchos otros intelectuales alemanes de su generación, nazis y no na-

zis, no habían leído nunca *Mein Kampf*. El error de Heidegger es irrelavante si se lo confronta con los errores mucho más decisivos que consistían en ignorar [no sólo la lectura mucho más significativa de aquel tiempo, sino] en lugar de la realidad de las prisiones de la Gestapo y de las cámaras de tortura de los primeros campos de concentración, que comenzaron inmediatamente después del incendio del Reichstag, para refugiarse en razones evidentemente más significativas.

Robert Gilbert, poeta polaco y cronista alemán [que se embarcó de algún modo en Heine] describió en sus pocos versos inolvidables qué sucedió en la noche de 1933:

"Nadie tiene necesidad de pagar / con una marcha las puertas— / reventando violentamente, / la nación expulsando su pus, / como una plaga infecta."

[La fuga de la realidad se mostró mucho más característica si dudáramos que cualquier *Gleichschaltung* (alineamiento en favor del régimen; n.d.t.) de aquellos primeros años. El mismo Heidegger ha corregido su "error" más rápida y radicalmente que muchos de aquellos que más tarde quisieron juzgarlo. El asume riesgos notablemente mayores de lo que era habitual en la vida universitaria y literaria de aquel tiempo. Estamos todavía rodeados por intelectuales y llamados estudiosos, no sólo en Alemania, que, en vez de hablar de Hitler, Auschwitz, genocidio y de exterminio como estrategia de despolemento permanente, prefieren referirse, según su propio gusto e inspiración, a Platón, Lotze, Hegel, Nietzsche, Heidegger y Ernst Jünger, a los efectos de este lenguaje de fango al horrible fenómeno nazi con lenguaje de las ciencias humanas y de la historia de las ideas. Se puede decir que la fuga de la realidad se ha convertido al mismo tiempo en una profesión; [sobre todo en la literatura de la época de Hitler y de Stalin. En el caso de este último encontramos la noción de que sus delitos eran necesarios para la industrialización de Rusia —aunque haya sido bastante notorio el gigantesco fracaso. Por lo que respecta al máximo leonero todavía teorías complicadas y pretenciosas con aura espiritualidad el fango no habría tenido nada que hacer. Nos desplazamos así a un reino de los espíritus hecho de imágenes y de "ideas", sin separar de cualquier realidad documental y vivida, que todo pensamiento, aun el de los grandes pensadores, pierde toda consistencia: un error en el que las ideas, como formaciones de nubes, se transparentan unas con las otras y se mezclan sin esfuerzo.]

Obras citadas

Martin Heidegger, (1950), *Holzwege*, Frankfurt am Main, Klostermann [*Sendas perdidas*, Buenos Aires, Losada, 1960].
 (1953), *Einführung in die Metaphysik*, Tübingen, Neimeyer [Introducción a la metafísica, Buenos Aires, Nueva, 1953].
 (1954), *Aus der Erfahrung des Denkens*, Pfullingen, Neske [Del pensar: De la experiencia del pensar, Cuadernos Hispanoamericanos, 1954].
 (1954), *Vorträge und Aufsätze*, Pfullingen, Neske.
 (1955), *Gelassenheit*, Pfullingen, Neske [Serenidad, Bogotá, Rio de Janeiro].
 (1967), *Wegmarken*, Frankfurt am Main, Klostermann [*Ser, verdad y fundamento*, Caracas, Monte Avila, 1975].
 (1969), *Zur Sache des Denkens*, Tübingen, Neimeyer.

Novedades del Fondo

Albert Béguin. Creación y destino

Marcel Schwob. Ensayos y perfiles

Norberto Bobbio. La teoría de las formas de gobierno

Robert Darnton. La gran matanza de gatos

Karl Mannheim. Ideología y utopía

Jonathan Culler. Barthes

Walter J. Ong. Oralidad y escritura

Osvaldo Barsky et al. La agricultura pampeana

Roger Caillois. Los juegos y los hombres

João Gaspar Simões. Vida y obra de Fernando Pessoa



FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Suipacha 617, 1008 Buenos Aires

322-7262 / 322-0825 / 322-9063

Juliana y la intolerancia

Juliana, una pequeña de diez años, se convirtió en pocos días en algo mucho mayor y desmedido para su corta vida. Por una parte, se lo admita o no, se convirtió su destino en una bandera de acción política, con todas las vergas y excesos que la política tiene a veces en estos tiempos en la Argentina. Y por otra, como una gran bola de nieve engrosada inconscientemente por muchos protagonistas y comunicadores sociales, ella aparece hoy en clave de metáfora: por su intermedio hablan las consecuencias terribles que el terrorismo de Estado dejó en un tejido social lábil y poco sólido, donde las normas de convivencia civilizada y democrática han sido tan subestimadas y despreciadas, que todavía hoy, cuando se las menciona, no se sabe con certeza dónde está operando su real respecto o su uso pragmático para otros fines.

¿Cómo tomar un partido absoluto en el caso Juliana, salvo que se posea una consigna de antemano? He aquí el problema: a lo largo de los días se oyeron múltiples voces que tomaron partido, y pocas, muy pocas, fueron las opiniones que llamaron a la conciliación en aras de pre-

servar con armonía la identidad completa de la pequeña. Es obvio que esa identidad se compone de dos partes y que ambas tienen un sentido: vale el núcleo que proviene de sus padres de sangre asesinados por el terror de Estado, pero también vale el de sus padres adoptivos, máxime cuando integran un hogar bien constituido, son inocentes del crimen original e incluso llevaron la iniciativa en la reconstrucción del pasado de Juliana. No se puede borrar una cosa para privilegiar la otra, so pena de cometer un error muy grave, ya sea en nombre del afecto como en nombre de la moral y la memoria, o de ambas hechas una metáfora.

Se ha hablado mucho de lo que realmente "necesita" Juliana. Y sin embargo ello puede enunciarse en forma simple: necesita su casa, necesita de sus padres; de los que murieron a través del amor de quienes los sobreviven, y de aquellos que la adoptaron y amaron por diez años. No debería existir aquí una contradicción, ni mucho menos enfoques absolutos. Más cuando hay precedentes de hijos de desaparecidos que han encontrado una armonía entre esos segmentos, mediante reconocimientos amistosos, sistemas solidarios

de visitas, fórmulas de tolerancia y respeto.

¿Por qué aquí eso no se logró y se llevó el problema a los niveles de un debate enconado? Los episodios anecdóticos han recibido profuso espacio en la prensa y no es del caso repetirlos. El hecho es que un juez, Ramos Padilla, revocó abrupta y administrativamente la adopción y sacó a la niña del lugar en el que había vivido, y bien, con quienes en un sentido son sus padres. Fue una resolución violenta. El hecho es que otro juez, Sañudo, borró la resolución anterior y la niña fue devuelta al matrimonio Treviño entre policías, mientras activistas políticos montaban un escenario de protesta. También se trataba de una salida trabada por los gestos bruscos. Sin embargo cabe interrogarse, ¿es que la reparación de este dilema cabe sólo a la administración de jueces, o implica una actitud de comprensión más amplia de los protagonistas y de la sociedad? El que se haya llegado a esta batalla legal significa, con distintos grados de responsabilidad, la marca de un error.

Y éste consiste en que primara la intolerancia. Hubo sobradas muestras públicas de ella en medio del debate. El oportunismo de Neustadt y Grondona para apropiarse del caso, instaurando ellos, camaleones que sobreviven en los medios de comunicación después de haber servido a los proyectos políticos e informacionales de varias raleas de dictadores, vale como ejemplo. Pero como contraparte, quienes sostienen la tesis del "segundo secuestro" o concluyen, con un caso de terrorismo venial que se heredero de una tradicional cultura de izquierda, que el matrimonio Treviño sirve a una contraofensiva de la derecha en materia de vigencia de los derechos humanos,

también componen el mismo espacio. El dogmatismo ha propuesto siempre no reconocer las particularidades: en la historia de Juliana, la supremacía lineal del derecho de sangre es un caso de dogmatismo, pasa por encima de lo particular, e incluso lo sacrifica como si de esto dependiera el curso de recuperación de todos los niños hijos de desaparecidos. Habría que preguntarse también, yendo un poco más a fondo, por qué la discusión se dio bajo formas tan compulsivas y de toma de posición: los Treviño o los Fontana. ¿Es la pequeña un botín político, un disparador de contradicciones que están en otra parte, un motivo más de la sintomatología social de los argentinos en esta época de "internas" casi infinitesimales? Un colmo fue que hasta la propia CGJ recurriera a tomar partido; ¿por qué los responsables de esta organización social no pensaron en profundizar la conciliación de las partes y en acentuar el debate, antes de pronunciarse? ¿Ese frenesí por tomar partido no denuncia discursos cerrados frente al mismo problema del cual se habla, mientras la realidad va por sus propios carriles?

La realidad, en definitiva, es la niña y su verdadera historia, no la que escriben inquisidores de uno u otro signo. La reconstrucción de su vida debería encuadrarse en la reconstrucción de nuestro tejido social: por eso, si mantenemos su condición de metáfora, se trata de una tarea en algún modo colectiva. Y la normalización de su cotidianidad, la integración de sus afectos esenciales tiene que tener por signo la tolerancia, la aproximación de las partes ahora alejadas, el acto de amor que pasa por ceder y soldar las piezas de una herencia trágica.

La Ciudad Futura

El retorno de lo siniestro

Alicia Azubel

Desde hace un par de meses, un caso traumático ocupa páginas y páginas de periódicos, espacios de radio y TV, pero por sobre todo deambula en la intimidad de los argentinos de un modo lo suficientemente desgarrante como para ser tema de charlas penosas, debates y trifulcas pasionales entre amigos y rivales, y surge como cuestión inesperada en cualquier reunión, sin importar el motivo de la misma. Es un hecho verificable que el más trivial de los comentarios sobre el caso despierta un torrente de observaciones, lamentos, tomas de posición, críticas, sanciones, en las que se palpa una involucreción subjetiva tal, que, por cierto, despeja la pregunta referida a los resortes que este caso activa en su deriva social. Sólo aparentemente me refiero al caso llamado Juliana. Por esto no será necesario que la vuelva a nombrar en esta nota. Los desgarrados, los que escribimos y hablamos sobre esto, somos los adultos: jóvenes, padres y abuelos. Es posible que los chicos tengan pesadillas disparadas por este caso. Estoy segura al menos que así sucedió con mi hija de seis años. Pero ella y los hijos de padres desaparecidos tendrán que dar sentido a sus pesadillas cuando sus propias historias lo reclamen.

Hoy está más en juego la nuestra: heren-

manos, padres y abuelos de estos chicos que, no importa cuántos años han pasado, aún somos testigos y actores de lo que nos ha tocado vivir. El modo en que nos ubicamos frente a esa historia seguramente afectará la manera, más o menos traumática, con que ellos podrán ulteriormente enfrentar la propia.

Dicho esto, que seguramente irritará a quienes definen su posición en un supuesto altruismo en favor de "los niños", quiero situar el problema en relación al derecho de los abuelos de sangre de encontrarse o re-encontrarse con sus nietos, así como el derecho de los padres sustitutos respecto de sus hijos adoptados.

Es necesario recordar que todo esto es producto de una concepción política que generó acciones siniestras, que tuvo autores concretos y cuya responsabilidad no está desligada de nuestra responsabilidad ciudadana de sancionarlos. Si. Es absolutamente necesario... De lo contrario los abuelos ("las abuelas") toman el lugar de los represores para los padres sustitutos y para todo aquel que se incline por la "ley de crianza", y viceversa, los padres sustitutos toman el lugar de los secuestradores para los abuelos (o "abuelas") y para todo aquel que se incline por la "ley de sangre". Por esto es necesario recordarlo. Para no confundir-

nos. La responsabilidad de esto siniestro que retorna no es de los abuelos/as, ni de los padres sustitutos (a menos que ellos hayan participado efectiva o ideológicamente del secuestro de los padres de esos chicos), tampoco de uno y otro juez actuante. Habrá que distinguir responsabilidades determinantes con equivocaciones coyunturales. Sin embargo, la batalla entre las partes está declarada.

Hoy no alcanza, creo, con plantear que ambas partes son víctimas de una historia traumática que nos compromete a todos. El caso, es cierto, desafía el punto final en términos de memoria que con ser repetición. Cuando lo crucial se dirime en repetir para no recordar. Nuevamente, entonces, es la "identidad" de los adultos lo que podemos estar escamoteando, amparándonos en la preservación de la identidad en ciernes de los niños a los que se apela. El vacío, el agujero, la ausencia, por ahora parecen ser más nuestros que de ellos. Los desaparecidos son nuestros. Los desaparecidos, en cierto sentido, somos también nosotros mismos.

Recuerdo una entrevista a una actriz de renombre. Cuando fue excluida, por motivos políticos, de toda posibilidad de actuar en cine y TV en éste, su país, ella tenía 35 años. Cuando puede volver a actuar está cerca de los 50. Hay papeles —dice— que en ese lapso no pudo representar. Y que ya nunca podrá. Sus arrugas la denuncian.

Se trata entonces de soportar resignadamente las pérdidas? Creo que no. Por el contrario, se trata más bien de ir contruyendo el porvenir, en cada retorno del siniestro, de un modo tal que nos encuentre como actores en una posición diferente de aquella en que la historia nos situó. Sabemos: una historia de autori-

tarismos y verdades absolutas que desembocó en el terror.

Entonces: ¿Abuelos ("abuelas") o padres adoptivos? Es necesario construir el porvenir sobre la base del reconocimiento de ambas partes. Porque de lo contrario es nuevamente la guerra. Guerra que —esta vez sí— será principalmente responsabilidad nuestra. Sabemos: no es que no haya enemigos de la democracia, de la paz, de la justicia, del bienestar. Sabemos también que ellos han instrumentado nauseabundantemente este caso. Pero debemos saber también que no podemos oponer a la mentira y autoritarismo de derecha, una mentira y autoritarismo de izquierda. Mucho menos cuando aparecen revestidos de "informes psicológicos" insostenibles teórica y profesionalmente.

Es necesario decirlo: bloquear a un chico toda posibilidad de interrogarse por sus orígenes, puede ser tan grave para su porvenir subjetivo como obligarlo a enfrentarse a una historia que es contada por otros como absolutamente propia. Los chicos también tiene sus derechos. Por ejemplo, a dudar respecto de sus orígenes, a tomarse su tiempo para reconocerse en aquellas historias que le conciernen.

Nuestra responsabilidad, la de los abuelos/as, la de los padres sustitutos, reside en ir contando esas historias, en no negarles la posibilidad de acceder a ellas, aun cuando sean contradictorias. Finalmente, no se trata más que de nuestras historias. Debemos respetar el derecho de los chicos a construir la propia.

Alicia Azubel. Psicóloga. Docente de la UBA.